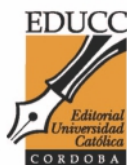


COLECCIÓN EDUCACIÓN SECUNDARIA:
**SENTIDOS,
CONTEXTOS
Y DESAFÍOS**

Vení que te cuento... Relatos de un día en la escuela secundaria



Serie Mundos escolares

Vení que te cuento...

Relatos de un día en la escuela secundaria

Esta producción pudo realizarse gracias a los aportes del Fondo de las Naciones Unidas (UNICEF), la Facultad de Educación (Equipo de Investigación de Educación de Adolescentes y Jóvenes -Unidad Asociada CONICET) y la Editorial de la Universidad Católica de Córdoba.

Vení que te cuento...

Relatos de un día en la escuela secundaria



Alassia Badino, Serena

Veni que te cuento...relatos de un día en la escuela secundaria / Serena Alassia Badino ; Aldana Rosa Allende ; Ramiro Bachella ; coordinado por Juan Gabriel Scarano Tessadri ; dirigido por Horacio Ademar Ferreyra y Olga Concepción Bonetti. - 1a ed. - Córdoba : EDUCC - Editorial de la Universidad Católica de Córdoba; Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Unicef Argentina, 2015.

E-Book.- (Educación secundaria: sentidos, contextos y desafíos. Mundos escolares)

ISBN 978-987-626-283-5

1. Educación Secundaria. I. Allende, Aldana Rosa II. Bachella, Ramiro III. Scarano Tessadri, Juan Gabriel, coord. IV. Ferreyra, Horacio Ademar, dir. V. Bonetti, Olga Concepción, dir. VI.

Título

CDD 373

De la presente edición:

Copyright © 2015 by UNICEF – EDUCC Editorial de la Universidad Católica de Córdoba.

Dirección editorial:

Elena Duro (Especialista en Educación UNICEF-Argentina)

Carla Sleik (Directora de Publicaciones Editorial Universidad Católica de Córdoba)

Dirección académica de la colección:

Horacio Ademar Ferreyra

Coordinación Serie Mundos escolares:

Adriana Carlota Difrancesco

Silvia Noemí Vidales

Arte de tapa y diseño de interiores: Fabio Viale

Impreso en Argentina – *Printed in Argentina*

Todos los derechos reservados – Queda hecho el depósito que prevé la ley 11.723

ISBN: 978-987-626-283-5

Integrantes del equipo de trabajo responsable de esta publicación

Director:

Horacio Ademar Ferreyra

Codirectora:

Olga Concepción Bonetti

Coordinador:

Juan Gabriel Daniel Scarano Tessadri

Sistematización, compaginación y puesta en texto:

Marta Pasut

Autores:

Serena Alassia Badino, Aldana Rosa Allende, Ramiro Bachella, Agustina Del Valle Barletta, María Raquel Barrionuevo, Sabina García y Bazán, Alejandro Bosack, Gabriela Viviana Brocca, Mario Antonio Bruno, Nazarena Garbelotto, Carolina Mónica Carrizo, Luz Milagro Cofanelli, María Agustina Degaudencio, Rocío Belén Del Prado, Nicolás Agustín Depetris, Trinidad Fares, Patricia Galarza, Paula Jimena García Veritá, Tomás Esteban García, Martina Denis Gasparotti, Ignacio Gentili, Mabel Gilardi, Daniela Giraud, Vanesa Gonzalez, Federico Griffone, Florencia Hobus, Liliana Juárez, María Fernanda Juares, Cristina Maris Lucero, Mélani Ayelén Maccari, Esteban Madero, Sebastián Mendoza, Lautaro Mercado, Norberto Palancar, Juan Pablo Pistelli, Gladys Teresa Rosales, A. Emir Salomón, Stéfano Tiezzi, Estela Nancy Valles, Ivana Waigadt y Juan Manuel Zimmermann

Lectura crítica:

Gabriela Noemí Alessandroni y Silvia Noemí Vidales

Agradecimientos

El equipo de investigación de la Facultad de Educación de la Universidad Católica de Córdoba y UNICEF Argentina agradecen a los directivos, docentes y estudiantes que pusieron en palabras las particularidades de sus días en la escuela secundaria, y a las instituciones de pertenencia de las provincias de Córdoba, Entre Ríos y Buenos Aires. Del mismo modo, a los miembros del jurado que supieron leer la letra y el espíritu de cada relato y a los gobiernos educativos de las provincias participantes por su apoyo.

Presentación

En el mes de octubre de 2014, la Facultad de Educación, a través del equipo de investigación de Educación Secundaria Unidad Asociada CONICET, de la Universidad Católica de Córdoba, con el apoyo de UNICEF Argentina, lanzó una convocatoria –dirigida a estudiantes, docentes y directivos de las escuelas de las provincias de Buenos Aires, Entre Ríos y Córdoba– titulada “Un día en la escuela secundaria”. El objetivo apuntaba a identificar, sistematizar y difundir lo que piensan, hacen y sienten los verdaderos protagonistas de las instituciones, a través de relatos que mostraran, desde la propia experiencia, el desarrollo de una jornada escolar.

Hubiese sido fácil considerar que la fecha era un poco insólita, ya que noviembre es algo así como el viernes del año, ese último día de la semana que anticipa la tranquilidad venidera. Profesores, directivos, estudiantes, la totalidad del personal está –en ese mes– abocado a hacerlo todo ya, porque el año se acaba: unos necesitan cerrar notas, otros quieren levantarlas, hay quienes ya quisieran estar fuera de la escuela porque –total– todo ya está definido, hay que preparar actos, dejar todo perfecto... La escuela entera va de un sitio a otro tratando de conservar la calma y de llegar a tiempo con lo que se ha programado. Sí, docentes y estudiantes están agotados en cada noviembre con aires de verano, pero la convocatoria se les presentó como un desafío.

Por eso –y para sorpresa de los escépticos– la invitación a relatar experiencias escolares tuvo una aceptación extraordinaria. Antes del 30 de noviembre, fecha límite de las presentaciones, se recibieron 402 relatos de docentes y de estudiantes. Los trabajos fueron valorados durante los meses de diciembre y enero por un jurado internacional, integrado por 29 profesionales de la educación de diferentes áreas¹. De cada categoría se seleccionaron 15 relatos. En todos se da cuenta de las diferentes ópticas y realidades de las escuelas secundarias de las provincias de Córdoba y Entre Ríos².

La lectura de los relatos de estos “días en la escuela secundaria” ha sido realmente interesante. Nada es rutinario en la institución. *“La escuela es uno de esos lugares con un encanto particular, uno nunca sabe qué le deparará la jornada, pero sí se puede afirmar que no hay dos días iguales múltiples cosas transcurren por ella, y nunca*

¹ Véase en el apéndice 1 la nómina de los miembros del jurado.

² Véase en el apéndice 2 la procedencia institucional de los relatos seleccionados.

salimos igual que cuando entramos” –dice una de las docentes que respondió al reto³–.

La lectura del material permite infinitas reflexiones. Quien lo lea desde la primera hasta la última página, encontrará un hilo conductor que lo llevará a variadas interpretaciones, pero este compendio podrá también ser leído a partir de distintos recorridos. Hay textos que resaltan las relaciones que se tejen en la institución, relatos que invitan a observar qué es lo que pasa en la escuela. Son las narraciones que “hablan” del clima que sobrevuela en los patios, en las aulas..., del vínculo entre profesores y estudiantes o entre pares. El lector podrá atravesar esa atmósfera leyendo sucesivamente un relato de un docente y luego, uno de un estudiante: a veces, las impresiones serán coincidentes en otros casos, la divergencia servirá para prestar atención a determinados planteos. Hay relatos concurrentes de unos y de otros que destacan la apertura de la institución hacia el contexto en que se encuentra. Están los de docentes y estudiantes que ensalzan el valor del trabajo en equipo y los de docentes que –a través del relato- reafirman su vocación.

En los relatos de docentes y directivos se advierte, esencialmente:

- El amor por la tarea:

“Quienes abrazamos esta apasionante vocación, debemos asumir el compromiso de reinventarnos cada día para que la escuela sea el lugar donde logremos ‘permanecer’, cumpliendo cada uno con las obligaciones correspondientes, tejiendo lazos que sean lo suficientemente sólidos como para ahuyentar todo intento de abandono y de deserción, fortaleciendo el sentimiento de ‘pertenencia y amor’ hacia el lugar que nos cobija durante un período tan importante en nuestras vidas”⁴.

- El respeto por el estudiante:

“A mí, esas etiquetas[las que docentes y estudiantes suelen aplicar a distintas personas] me duelen, y sólo deseo que desaparezcan definitivamente. ‘Erradiquemos etiquetas’ sería la bandera que arriaría al final de esta tarde tormentosa. Y bajo la lluvia, las etiquetas claudicarían chorreando y limpiando carteles para dejarlos luminosos y con la esperanza de cambiar la historia de sus portadores.”⁵

“No puedo evitar sentirme molesta cuando veo que no se los diferencia como seres humanos distintos, me parece que debe ser horrible estar destinado a ser tildado igual a otra persona solo por nacer el mismo día...”⁶

- La confianza en los jóvenes:

“Sentí en todo momento, desde lo más profundo de mis convicciones, que – seguramente y luego de esta experiencia- estos alumnos serán ciudadanos

³ María Raquel Barrionuevo (docente): “El día que llegaron los murciélagos a la escuela”.

⁴ Gladys Rosales (docente): “La escuela secundaria: oportunidades para seguir reinventándonos”.

⁵ Cristina Maris Lucero (docente): “Interior panóptico”.

⁶ Carolina Mónica Carrizo (docente): “Yo soy...”

comprometidos con la cosa pública, con la política, sin temor de expresar sus ideas serán participantes activos en este sistema democrático, que tanto nos costó conseguir, y estarán capacitados para el abordaje de la variedad de dificultades que hoy afligen a la sociedad en general.”⁷.

“A quienes no creen que estos chicos son el cambio, yo les digo que para mí son - junto con mi familia- el motor que hace que todos los días ponga mi despertador y - en vez de enojarme y tirarlo al suelo- lo apague (aún antes de que suene) y con una sonrisa de complicidad suba a mi bicicleta y llegue feliz al colegio: mi lugar”.⁸.

“En este mundo de sueños, de objetivos por cumplir, la fuerza de los jóvenes es crucial: el debate termina con un aplauso ensordecedor, y la mirada atónita de los docentes.”⁹.

- La capacidad de reaccionar positivamente ante imprevistos:

*[Ante la comunicación de los padres del embarazo de una estudiante]
“¿Entonces... vamos a ser abuelos! (Y lo dije así, enfáticamente, como si realmente mi propia hija Florencia, por entonces de los mismos quince años que Julieta, estuviera embarazada). Sucedió a continuación un momento mágico, de felicitaciones y alegría por la próxima llegada de un nuevo ser a este mundo. Allí pude apreciar que se aflojó el rictus que portaban los futuros abuelos en cada uno de sus rostros, supongo que por la preocupación acerca de la reacción de las autoridades de la escuela ante tan magna noticia. Luego, la charla transcurrió por los carriles naturales que corresponden al abordaje de la situación de embarazo adolescente en la escuela: la comunicación a los profesores y compañeros, cómo transcurrirán los meses de gestación, cómo la cuidaríamos, la garantía de la escuela hacia Julieta de poder continuar estudiando embarazada y luego como mamá, etc.”¹⁰.*

Para algunos profesores, la escritura del relato ha servido para compartir los interrogantes que se plantean a menudo.

“¿Qué hacer ante casos como este? ¿Habría que interiorizarse en las situaciones aducidas? ¿Tenemos que colocar directamente un aplazo? ¿Es más adecuado descontar puntos hasta que el trabajo sea entregado? ¿O confiamos directamente en la posibilidad de superación de nuestros estudiantes, en sus justificaciones y en que estas son también instancias de aprendizaje?”¹¹.

“¿Cómo puede ser que un chico llegue al secundario pensando que no sirve para Educación Física? ¿Dónde estaba el profesor cuando el niño sentía eso? ¿Por qué le negaron la oportunidad de aprender y lo etiquetaron de inservible para la actividad física? ¿Por qué esos padres no lo llevaron a una plaza o un parque para jugar y divertirse? ¿Por qué?”¹².

7 Mario Antonio Bruno (docente): “Adolescencia, Política y Democracia”.

8 Vanesa Gonzalez (docente): “La Legislatura en manos de los alumnos”.

9 Paula García Veritá (docente): “La Centenaria, participación, debate y compromiso”.

¹⁰ Alejandro Bosack (docente): “Julieta y el presidente”.

¹¹ Norberto Palancar (docente): “Mojado..., pero satisfecho”.

¹² Carolina Mónica Carrizo (docente): “Yo soy...”

Hay relatos en los que se manifiestan deseos de avanzar en los cambios institucionales y/o personales:

“Sin embargo, en esta escuela, formadora histórica de docentes, –como en otros sitios–, aún persiste un prejuicio. Aún da miedo que el espacio público sea compartido. Tal vez tengamos que escuchar más a los jóvenes, nuestros alumnos, alma y sentido de una institución que promueve igualdad y respeto por los derechos humanos, con memoria y con presente.”¹³

“Tengo muchas preguntas sin respuestas. En primer lugar, tengo que analizar mi práctica (en cuanto a la selección de las actividades). Debo buscar un sentido al comportamiento de los alumnos que, a pesar de tener la edad y los intereses en común, responden de maneras diferentes a una misma actividad. En los cinco años que llevo desempeñándome como docente de Educación Tecnológica, es la primera vez que un grupo de alumnos no se interesa por un proyecto, al menos de esta característica. Debo detenerme sobre esto y reflexionar.”¹⁴

Y otros que ponen en evidencia el orgullo de ver cómo los estudiantes son capaces de enfrentar desafíos:

“Verlos debatir me ponía la piel de gallina. Durante los ensayos en clase había ciertos alumnos que siempre debatían, pero también habían viajado chicos muy tímidos, algunos de ellos con problemas graves que traen desde su casa, desde ausencia de acompañamiento de sus padres hasta violencia familiar. Era algo que no podía olvidar. Pero ese microclima limó todas las asperezas y, por momentos, todos fueron iguales, defendiendo un mismo ideal. No olvidaré más esas caras. No importa cuántas horas demandó el viaje. La simple recompensa de ver en varios rostros la mirada de alegría, de esperanza, de afecto, fue suficiente para darme cuenta de que parte de mí quedó en ellos, en su corazón. Tal vez algunos consideren utópico que acciones como estas reviertan otros problemas, pero para mí es un avance, un granito de arena que viene de la mano de la educación y de los que educamos.”¹⁵

Hay quienes, en sus textos, dejan traslucir el clima institucional que permite la tarea conjunta:

“Pero, a veces, hay tardes que no son tan tranquilas. Son esas tardes en que sentimos –junto con los preceptores y algunos tutores– que nos atropella la realidad: una pelea entre las chicas, amenazas de un varón a otro, robo de celulares en un curso, padres desesperados porque encontraron a su hijo fumando un porro y nos piden consejo o estudiantes que –de repente– se descomponen en hora de clases y hay pedir urgentemente una ambulancia. Es en esos momentos cuando, como cuerpo docente y directivo nos proponemos hacernos cargo de que la escuela que

¹³ Paula García Veritá (docente): “La Centenaria: participación, debate y compromiso”.

¹⁴ Estela Nancy Valles (docente): “Dos aulas, dos mundos”.

¹⁵ Vanesa Gonzalez (docente): “La Legislatura en manos de los alumnos”.

creíamos conocer y en la cual nos formamos durante tantos años ya no existe, y de que estamos trabajando para que esta nueva escuela sea cada vez mejor.”¹⁶

O el compromiso que cada docente asume ante su tarea:

“Me voy pensando en Sergio. Me llevo a Romero con su problema, a Argüello que llevó la nota escrita en su angustia a Olivero, con su actitud a Jeremías, que volvió a la hora a dar vueltas sin sentido y a Balverdi, que hoy me duele mucho...oohhh...Me llevo un poco de todos, lo mejor, lo peor, los defectos y las virtudes. Ya estoy sintiendo las gotas de lluvia que me refrescarán un poco y mojarán mis ojos, los calmarán, los acariciarán. Me llevo en mis pupilas escenas que recordaré esta noche para repasarlas, y mi mirada penetrará en cada suceso para intervenir con lo mejor de mí”.¹⁷

Con respecto a los relatos de estudiantes, si el lector elige leerlos uno tras otro, tal vez advierta en ellos la respuesta a las diversas actitudes de los docentes. Los jóvenes son el espejo de cada práctica y en la sinceridad de sus relatos está presente el agradecimiento a sus profesores, a la escuela, a los compañeros, a la familia, al sitio al que pertenecen, pero también la crítica que necesariamente lleva a la reflexión. Lo más importante es leerlos libres de prejuicios. No juzgar por el contenido o la forma de expresión. Leerlos para aprender a conocerlos y comprenderlos. No hay que olvidar que más allá de un sitio donde los jóvenes se preparan para continuar estudios superiores, conseguir un trabajo, “forjarse un destino”, etc., la escuela secundaria “sirve” para divertirse, relajarse, descubrir amigos, afianzar relaciones, experimentar... En la escuela, hay adolescentes y jóvenes que van desarrollando habilidades para responder a distintas demandas de los adultos, que van construyéndose a sí mismos..., pero también hay otros que se sienten menospreciados, solos, y que pasan por las aulas como escondidos.

Uno de los relatos comienza con esta frase:

“Cada día en la escuela representa una batalla por vivir. Vivir un día puede ser bueno, malo, aburrido o interesante, pero si estás rodeado de gente a la que aprecias, un día en la escuela puede ser una aventura única”.¹⁸

Y esta certeza acerca del valor del entorno aparece en varios de los relatos. Por ejemplo:

“Cada uno tiene su opinión y comentario respecto a este contraturno, pero lo que podemos decir entre todos es que es un excelente lugar para aprender miles de cosas

¹⁶ María Fernanda Juares (docente): “Un día en mi escuela”.

¹⁷ Cristina Maris Lucero (docente): “Interior panóptico”.

¹⁸ Federico Griffone, Stéfano Tiezzi y Ramiro Bachella (estudiantes): “Adormilados”.

nuevas, adquirir nuevos conocimientos, fomentar valores, desarrollar nuevas técnicas y hábitos ya sea en el ámbito laboral/educativo o en cualquier espacio que estemos, en sí, a pesar de que a algunos no nos guste, uno aprende muchas cosas aunque no se dé cuenta, esto a la larga se podrá ver claramente.”¹⁹

Algunos estudiantes destacan, en su narración, la práctica de su institución de trasladarlos a conocer otros sitios. Una joven cuenta:

“Esta experiencia me pareció fascinante, la posibilidad de conocer la ciudad de Buenos Aires de otra manera, no solo como la muestran los noticieros, y de poder aprender de cada sitio que visitamos en ella. Me divertí mucho, creo que la confianza con las maestras se afianzó y que en ningún momento la pasé mal. Me gustaría que todos los años realizáramos, por lo menos, un viaje de este tipo, ya que enriquece nuestros conocimientos y fortalece nuestras ganas de aprender.”²⁰

También está presente el disfrute en eventos especiales que cada escuela organiza:

“Ha sido un día atiborrado de experiencias, risas pero también un día de conocimiento con el amplio sentido que posee esta palabra: conocernos a nosotros mismos en una situación de gran responsabilidad, como esta de organizar un evento, y con las responsabilidades que implica. También conocimos a algunos de nuestros compañeros del colegio con los cuales, por cuestión de afinidad o por el simple hecho de no hallar motivo válido, no hubiera sido posible entablar un lazo en otra circunstancia distinta a esta. Por eso me encantan y disfruto mucho de estas jornadas recreativas de la Institución, puesto que siempre -por más pequeñas que sean- me llevo un recuerdo imborrable y un nuevo aprendizaje.”²¹

El relato sirve –además– para hacer evidente el orgullo que implica participar en las tareas solidarias que propone la institución:

“Rápidamente todos acordamos revivir la obra de la forma más linda y noble: llevándola a una escuela Integral para niños con capacidades diferentes. Damos fe de la increíble disposición con la que se organizó la visita. Para el día pactado, logramos armar el escenario con la escenografía correspondiente, se prepararon los actores con su vestuario característico y con muchas ganas de compartir. Se realizó la interpretación con éxito y los niños se encontraban muy contentos, pero todo no terminaría allí. Pasamos el resto de la mañana compartiendo con ellos, hablando, jugando y realizando actividades varias. Para el final, los chicos fueron a comer y nosotros volvimos contentos por haber hecho una obra de bien con gente que lo necesitaba, y todavía nos encontramos con intenciones de volver.”²²

“Reflexionamos sobre la inclusión de Corazones Abiertos (grupo que desarrolla actividades solidarias compuesta por alumnos del colegio) a la Cooperativa Escolar.

¹⁹ Tomás Esteban García (estudiante): “El mejor de todos”.

²⁰ Serena Alassia Badino (estudiante): “Una experiencia diferente: un viaje a Buenos Aires”.

²¹ Florencia Hobus (estudiante): “Un día atiborrado de experiencias”.

²² Emir Salomón y Juan Manuel Zimmermann (estudiantes): “Meses de recuerdos en un día de nostalgia”.

Todos coincidimos que fue muy acertada. Es muy lindo estar todos juntos Bajo El Mismo Sol asomándonos a la solidaridad.”²³

Y, de pronto, en el fárrago de relatos de unos y otros, el lector puede encontrar correspondencias imprevistas, como ésta: en el texto de una profesora²⁴, resalta, entre otros, este párrafo:

“Cuando se producen ciertas acciones por parte de los estudiantes que interrumpen el normal desarrollo de las clases, tales como esconderse cartucheras, o molestar de manera infantil no acorde a la edad real, por mencionar sólo algunas, les resalto los hechos históricos que protagonizaron jóvenes de su misma edad tanto en nuestro país como en el mundo, citando ejemplos como la Revolución de Mayo, la Reforma Universitaria de 1918, el Mayo Francés, el Cordobazo, la Primavera de Praga, etc. Aprovecho -de esta manera- la historia para que reflexionen sobre su accionar”.

Y más adelante, ya en los relatos de los jóvenes, es posible encontrar fragmentos que – de alguna manera- dialogan con el anterior:

“En el primer módulo, tenemos Historia con la profesora Gladys Rosales. Ella nos habla todo el tiempo, realmente sabe mucho porque nos habla de todo lo que pasó en nuestro país y en el mundo como si estuviera contando su propia vida. Sabe muchísimo, y nos enseña muchísimas cosas. A veces, uno se pregunta ¿para qué me sirve esto? Y después, en las noticias, ves algo sobre nuestro país y decís: Yo lo sé a esto, me lo enseñó mi profesora de Historia. Ahí es cuando te das cuenta de que, con tantas cosas que te hacen hacer, terminás juntando un montón de conocimientos”²⁵.

“Por suerte, entramos al aula con Biología. Aquí, la profesora es la mejor, no solo porque nos da libertad en hacer lo que queremos, siempre y cuando sea con respeto hacia ella y hacía el resto de los compañeros, sino también por la forma que tiene de enseñar, aconseja mucho y nos explica con detalles cada problemática o cada concepto de su materia o de la vida en general. En su clase podemos sacarnos muchas dudas. Siempre nos responde con la mayor sinceridad todas las preguntas que le hacemos, siempre está dispuesta a ayudarnos en todo, en su hora la pasamos re bien y nos divertimos mucho. Esta profesora –Laura- se presta mucho para pasarla bien.”²⁶

En definitiva, cada uno puede armar su propio itinerario y también ir eligiendo –al azar- los textos por los motivos que le apetezcan: docente o estudiante, corto o extenso, temática que parece anunciarse en el título, procedencia de sus autores...

²³Luz Milagro Cofanelli (estudiante): “Nueve... ocho...”

²⁴Gladys Rosales (docente): “La escuela secundaria: oportunidades para seguir reinventándonos”.

²⁵Trinidad Fares (estudiante): “Minuto a minuto”.

²⁶Aldana Rosa Allende, Agustina Del Valle Barletta, Rocío Belén Del Prado, Martina Denis Gasparotti, Melani Ayelén Maccari (estudiantes): “Maldito viernes”.

Cualquiera sea el camino que se inicie, es probable que, en algún momento, el lector descubra la paradoja que trasciende estas escrituras: la convocatoria invitaba a contar **un día en la escuela secundaria**, pero en los relatos de ese día en particular hay tanto pasado y tanto futuro en confluencia, que el límite entre dónde empieza la escuela secundaria y dónde termina “la otra parte del día” se va diluyendo. Más que un lugar y un tiempo determinado, pareciera que un día en la escuela es la conjunción de muchos pasados, de grandes expectativas hacia el futuro y de una época en la vida que marca y acompaña para siempre.

Equipo de
Investigación

ÍNDICE DE CONTENIDOS

DOCENTES / DIRECTIVOS	17
Mojado..., pero satisfecho. (Norberto Palancar)	17
Lunes de Noviembre. (María Agustina Degaudencio)	29
El día que llegaron los murciélagos a la escuela. (María Raquel Barrionuevo)	37
Julietta y el Presidente (Alejandro Bosack)	40
Adolescencia, Política y Democracia (Mario Antonio Bruno)	43
Interior panóptico (Cristina Maris Lucero)	48
El ángel de la motoneta. (Patricia Galarza – Mabel Gilardi)	56
Yo soy (Carolina Mónica Carrizo)	59
La escuela secundaria. Oportunidades para seguir reinventándonos. (Gladys Teresa Rosales)	73
La ley en manos de los alumnos (Vanesa Gonzalez)	77
Golondrinas (Liliana Juárez)	80
La centenario: participación debate y compromiso (Paula Jimena García Veritá)	82
Un día en mi escuela (María Fernanda Juarez)	84
Dos aulas, dos mundos (Estela Nancy Valles)	86
Y otra vez no llovió. (Daniela Giraud)	91
ESTUDIANTES	96
Minuto a minuto. (Trinidad Fares)	96
El mejor día de todos. (Tomás Esteban García)	98
Una experiencia diferente: Viaje a Buenos Aires. (Serena Alassia Badino)	101
Problemas de un adolescente que trata de ser normal. (Sebastián Mendoza)	107
Treinta y seis esclavos cautivos y uniformados. (Sabina García y Bazán)	110
Nueve...ocho...(Luz Milagros Cofanelli)	113
Un viaje a Buenos Aires. (Juan Pablo Pistelli, Nazarena Garbelotto, Lautaro Mercado)	117
Algo más que solo alumnos, (Ivana Waigadt)	120

En el mundo escolar todo puede pasar. (Gabriela Viviana Brocca)	123
Un día atiborrado de experiencias. (Florencia Hobus)	128
Crónica de una pasión metalera. (Esteban Madero)	132
Meses de recuerdos en un día de nostalgias. (A. Emir Salomón, Juan Manuel Zimmermann)	134
Adormilados. (Federico Griffone, Stéfano Tierzi, Ramiro Bachella)	142
Maldito viernes. (Aldana Rosa Allende, Agustina Del Valle Barletta, Rocío Belén Del Prado, Martina Denis Gasparotti, Mélani Ayelén Maccari)	145
Un viernes en nuestros zapatos. (Agustín Nicolás Depetris - Ignacio Gentili)	148
Reflexiones para seguir mejorando la escuela	151
Apéndice 1: Miembros del Jurado	160
Apéndice 2: Procedencia institucional de los Relatos	160
Referencias Bibliográficas	161

DOCENTES / DIRECTIVOS



Mojado..., pero satisfecho

Norberto Palancar

La mañana del viernes de octubre ostenta un gris plomizo, con un cielo amenazante de lluvias pronosticadas y ausentes por varias semanas. Arribo a la escuela a las 7:23 AM e ingreso por un portón lateral, abierto de par en par y con una persona de maestranza que recibe con una amable sonrisa a alumnos, padres y profesores que elegimos ese acceso para entrar a la escuela, y el cual con el toque de timbre se cerrará.

Camino unos pocos metros y me dirijo de inmediato al curso en el que tengo clases en el primer módulo, a escasos siete minutos. No ingreso al aula, pero percibo que ya hay muchos alumnos en su interior sin que hayan encendido la luz de los tubos fluorescentes. En el mismo momento advierto, a través del extenso patio interno y en dirección opuesta al aula, que algunos profesores en una sala están reunidos tomando algún café, y aguardando que se inicie la larga jornada de viernes. Decido ir hacia allí. En el trayecto cruzo a un profesor y amigo que se dirige hacia un pasillo interior, nos saludamos, en diez segundos hablamos dos palabras circunstanciales y cada uno continúa su camino. No alcanzo a ingresar a la sala de profesores cuando toca el timbre para iniciar el primer módulo. Retorno sobre mis pasos, me dirijo al curso, y noto que algunos profesores se quedan allí.

Al ingresar al quinto año B, saludo con énfasis, pero pocos responden. Cada uno está en su cosmos: planificando la salida de la noche, realizando tareas para las materias de esa mañana, corrigiendo alguna actividad, preguntando datos, obnubilados con algún celular o, simplemente, conversando. Pienso que este, junto a los recreos, debe ser uno de los momentos en que cada alumno se siente como fuera de clases, pero en el aula, adentro de la escuela, en un instante de reencuentro con “el otro”, y que cada uno recordará toda una vida.

Les anuncio a todos que la clase va a empezar y, automáticamente, el grupo de más de treinta alumnos se dispone para ello. Ingresas la preceptora, saluda. No alcanza a llegar a la mesa de profesores, me proporciona el libro de temas, el parte diario, me solicita que tome asistencia y continúa su camino hacia otro curso. Leo la lista de alumnos, primero mujeres y luego los varones, y

en vista de la jornada de capacitación sobre Educación sexual integral que se realizará próximamente, me pregunto por qué a nadie se le ocurrió una única lista en donde la igualdad los ubique sin importar que sean de uno u otro sexo. Anoto los ausentes y -ante algunos silencios- varios alumnos “justifican” espontáneamente a dos estudiantes por estar afectados en el Proyecto ONU. En ese momento, algunos rezagados ingresan al aula presurosos. Saludan a los compañeros ubicados en su círculo cercano de bancos y sillas, con la escala de tiempo en “clave adolescente”, muy particular, casi sin prisa ni contexto y luego se acomodan en el aula. Curiosamente, son los mismos que reinciden en sus tardanzas a través de varios viernes. ¿Qué decisión tomar frente a los alumnos que sistemáticamente llegan tarde a la primera hora de clase en la escuela? ¿Preguntarles el motivo de manera pública o privada? ¿Colocar la tardanza o interiorizarse y atender a los motivos de la situación? ¿Debería ser una tarea de la preceptora, autoridades de la institución, profesores, o de todos los nombrados? ¿Proceder con parámetros de justicia para con aquellos que siempre están cumpliendo con los tiempos? Lamentablemente, en esta escuela no tenemos un gabinete psicopedagógico, porque no es sólo “colocar la tardanza o la falta”. ¿Qué impacto tiene esto en la trayectoria escolar de estos estudiantes? ¿Qué función cumplen las familias en estas circunstancias? Personalmente creo que hay escenarios en los que los docentes podemos actuar e involucrarnos, más allá de que muchos opinen que estudiaron sólo para dar clases de su materia en particular. Pero no basta con una acción quijotesca, sino más bien colectiva, consensuada y acordada, que se vería fortalecida por el trato casi familiar que existe en la institución.

Comenzamos la clase de Música, orientada en la jornada a aspectos teóricos, retomando lo abordado el día anterior en un medio módulo. Explico nuevamente las pautas para la presentación de la evaluación anual integradora exigida por la institución, y les indico las calificaciones y los criterios que se tendrán en cuenta para las notas de cada alumno. Además, entrego siete síntesis que habían sido solicitadas el lunes anterior (fuera del horario de la materia), una por cada grupo y siguiendo la línea de la metodología de estudio que se aplica en la escuela. Realizo una devolución y les explico la calificación a cada grupo. Algunos intentan modificar su nota desde la retórica, y distingo que lo hacen por un reclamo individual de obtener una mayor calificación y no en función de un equipo de trabajo, responsable de lo realizado. Tampoco veo el interés por aprender de los errores, sino la búsqueda directa de una calificación lo más alta posible. No importa que se les haya indicado la ausencia de citas de fuentes utilizadas. Tampoco la copia burda y textual de fuentes de internet. Importa sólo la calificación. Y pienso, ¿qué alumnos estamos formando? ¿Los

estamos educando, instruyendo? ¿O dejamos que otras realidades extraescolares los abruman y les generen expectativas y exigencias de corto plazo en un escenario de competición? Frente a esto, decido profundizar los parámetros de organización que deben utilizar en el momento de realizar un trabajo en equipo. ¿Es realmente un trabajo colectivo, o sólo la acción de uno de ellos expresada de manera solidaria con la inscripción de los nombres de todos en las hojas foliadas? Desde que tengo memoria, muchos cuestionan la manera de trabajar en grupos que se efectúa en la escuela secundaria, tanto de manera presencial como extraescolar. Aspectos como cantidad de integrantes, momentos y lugares de reunión, actividades escolares y no escolares realizadas en dichos encuentros y otros elementos extras, configuran una preocupación de muchos padres y profesores que se expresa en reuniones de entregas de libretas, como una tarea potencialmente problemática. Por ello, les explico que las calificaciones son varias: por trabajo individual, por trabajo colectivo, por aportes al grupo, por materiales de trabajo, por el fundamento de lo presentado. Particularmente creo que hay una distancia entre lo que se considera trabajo en grupo y trabajo en equipo. Y en función de ello, trato de que los alumnos experimenten las dos formas, pero con un sentido de maduración a través de todo el transcurso del ciclo lectivo anual.

Rápidamente se reúnen en grupos de trabajo pequeños (ya constituidos en una clase anterior) y comienzan a resolver las consignas para planificar una instancia de integración con los contenidos de la asignatura, de manera original y creativa. Se levantan, preguntan, consultan entre ellos, me llaman. Algunos discuten, otros hablan, otros miran por la ventana el día gris con el presagio cada vez más cercano desde los sentidos de la vista y el olfato, de una lluvia inminente. Todos los grupos están trabajando de manera concentrada en el diseño de un listado de los contenidos más importantes abordados en el año, para luego aplicarlos a través de una estrategia de presentación práctica en la integración. Los alumnos están habituados a este tipo de evaluaciones, y se considera una prioridad como política institucional que ya tiene varios años de trayectoria, en el sentido de que cada alumno -de manera individual y/o colectiva- tenga que acreditar los contenidos desarrollados durante todo un año de cursado. Si bien no hay ninguna investigación científica que lo evidencie, consideramos y verificamos a través de nuestra experiencia a lo largo de muchos años, que -de manera general- estas integraciones promueven y evalúan progresos intelectuales en los alumnos, desde las tres perspectivas implicadas: mecánica, lógica y creativa, concordando con cada aspecto una nota cuanti y cualitativa.

De repente observo, hacia la parte posterior del aula y entre dos grupos que están revisando trabajos prácticos en carpetas de la asignatura para una de las consignas, que una alumna está con la cabeza sobre el banco, dormitando. Presencio la acción sin interrumpir el trabajo áulico, ya que no es la primera vez que ocurre. Luego se incorpora lánguidamente y comienza a utilizar su celular, como si estuviera sola. Si bien las normas son claras al respecto y he retirado numerosos celulares en horas de clase utilizados para fines privados, en este caso decido, con criterio, no expresar nada en ese momento para no quedar enfrentado al resto de los alumnos. Esta es la viva expresión de una situación que se repite y me preocupa desde hace muchos años en los últimos cursos de la educación secundaria: una alumna de un programa de intercambio, recién ingresada, que asiste a una escuela que tal vez no haya elegido, que no puede comunicarse de manera fluida en el idioma del país en el que se encuentra – importante barrera comunicacional- sin relación con sus compañeros ni comunicación por parte de ningún responsable familiar ni institucional, y sin ningún parámetro para evaluar su “presencia ausente”. En este caso la alumna es danesa, y la pregunta es ¿cómo proceder? Algún docente, en clave de humor, seguramente habrá pensado, “Tengo que capacitarme en mi espacio curricular, en formatos, en didáctica, en Educación Sexual Integral, en el censo, en el Programa Nacional de Formación Permanente y ahora tal vez tenga que aprender idioma danés”. Pero es todo un desafío posible, alumnos de Canadá, Estados Unidos, Francia, Alemania, Finlandia, Noruega, han demostrado que el tiempo, como aliado, ayuda a derribar las barreras del idioma, mostrando un horizonte de inclusión y optimismo. Vale la pena intentarlo, ya que está demostrado que se abren posibilidades magníficas de integración, pero -como se expresó más arriba- es necesario que se ocupen de manera conjunta, colectiva, todos los responsables, lo que no equivale a que solo lo hagan algunos que quieran o puedan.

Me acerco e intento hablar con mi inglés precario, tal como ocurrió en clases anteriores y luego a través de otra alumna, que se desanima con un *Profe, no se haga problema, ya está, no entiende nada de nuestro idioma*.

Me intereso, pregunto, y descubro que los mismos alumnos, como no pudieron comunicarse fluidamente con ella, prácticamente ignoran su presencia. Intento convencerlos acercándome a los grupos, para que la incorporen y pueda realizar las actividades de integración, por lo menos, para no quedar en una situación de desidia y aislada de todos. Una compañera le hace señas, le habla lentamente en inglés, la mira a los ojos... La estudiante de intercambio hace lo mismo y expresa unas pocas palabras, gesticula... En su perfecta cara nórdica se dibuja una mueca de desconcierto, mira hacia un

costado, alguien le acota una frase en inglés, y ella asiente y se ubica junto al grupo seleccionado. ¿Podrán incorporar al grupo a alguien de una cultura diferente? ¿Habrá algún prejuicio etnocéntrico en los adolescentes y profesores frente a los que no comparten un mismo idioma, costumbres o códigos de un determinado grupo? Seguramente podré deducir conclusiones cuando pasen a exponer lo que están preparando para la integración, pero, por lo menos, la alumna ya no dormita ni utiliza el celular.

Y vuelvo a plantearme el protagonismo controvertido que le cabe a ese genial aparato de comunicación y diversión, el celular, que –lamentablemente, por su uso indiscriminado y desmesurado- se ha ubicado en no pocos sitios de debate relacionados con el mundo de la educación, el trabajo, las relaciones humanas y hasta el ocio. Creo que en las escuelas aún se necesita reflexionar sobre la reglamentación de su uso, ya que -cotidianamente y en todo horario- se observan situaciones de estudiantes y docentes, que proceden a su manipulación directamente, sin ninguna relación pedagógica, ni siquiera de manera moderada o reservada frente a todo un grupo espectador. Una cosa es la legislación, y otra lo que se hace con ella o lo que ocurre en las aulas. Privado o personal, no pedagógico, sí. ¿Y cuál es el límite, o qué docente revisa diez, veinte o treinta celulares que no se desvíen de su uso pedagógico cuando se autoriza como recurso de búsqueda y procesador de información? ¿Y cuáles son las sanciones reales en el caso de no cumplirse con esta norma? ¿Corresponde sanción en todos los casos? ¿Y siempre se procede igual frente al que no cumple, sea docente o estudiante? La reglamentación indica que, en el caso de un alumno, se le debe retirar el celular y entregarlo a la autoridad de la institución para que sus padres o un mayor lo puedan recuperar. Pero en muchos casos el alumno se niega y lo guarda. Toda esta situación genera un contexto de tensión extrema, ya que los padres -por presión de sus hijos- tienen que asistir de manera urgente a la escuela, la autoridad explica la situación, y el docente tiene que cargar sobre sus espaldas con la recriminación de alumnos, padres y alguno que otro docente. Así es como muchos deciden ignorar la realidad.

Y retorno a la idea que desarrollé más arriba, ante otras situaciones: la solución pasa por el trabajo en conjunto, mancomunado, responsable, siempre buscando un aprendizaje o intentando corregir, hablando, otorgando y solicitando confianza. Y en estos aspectos hay mucho para trabajar.

Vuelvo a mi escritorio, me siento un minuto para completar el libro de aula, pero inmediatamente llegan tres alumnos coordinadores que representan, cada uno, a un grupo de trabajo. Consultan, evacúan sus dudas y se retiran.

Culmino de escribir temas, actividades y de firmar, y comienzo nuevamente a recorrer el aula. Explico, por tercera vez, la dinámica de lo pretendido y sorteamos el orden para la exposición del trabajo, para dentro de quince días. Ya conocidas las fechas, algunos argumentan que tal día no van a asistir a la escuela, por diversos motivos. Comienza nuevamente un aparente confuso diálogo grupal, ya que casi todos discuten, pero -en el fondo- presiento que es la manera de reaccionar para evitar ser los primeros en realizar el trabajo a la vista de todo el curso. Se establecen acuerdos y todos los grupos aceptan lo establecido.

Para finalizar la clase les solicito la entrega de un trabajo práctico que, debido a la ausencia de varios alumnos durante las dos semanas anteriores, no habían sido entregados. Dos alumnos me expresan que algunos integrantes habían faltado ese día y que justamente ellos tenían ese trabajo y que, por lo tanto, no podían entregar o hablar de lo que habían escrito. Y rememoro que en más de dos decenas de años de dar clases en educación secundaria, presencié varias situaciones de este tipo, a modo de “deja vu”. Y me parece también que se ajusta perfectamente para ser un postulado de las extravagantes leyes de Murphy, que podría ser redactado como: “Si soy un estudiante de educación secundaria, integro un grupo de trabajo y hay que presentar una tarea, es probable que el responsable de entregarla, no asista por diversos motivos a la escuela ese día”. Desde el primer día de clases, les explico a todos que cada trabajo práctico tiene que estar en la carpeta de cada alumno.

Pero hechos así se reiteran a menudo. ¿Qué hacer ante casos como este? ¿Habría que interiorizarse en las situaciones aducidas? ¿Tenemos que colocar directamente un aplazo? ¿Es más adecuado descontar puntos hasta que el trabajo sea entregado? ¿O confiamos directamente en la posibilidad de superación de nuestros estudiantes, en sus justificaciones y en que estas son también instancias de aprendizaje?

Decido que todos los grupos entreguen el trabajo el próximo lunes, y que lo lleven al curso en donde voy a estar dando clases. No sé si me equivoco en igualar a todos, pero creo que les di una oportunidad a algunos estudiantes para que revisen su responsabilidad.

Al terminar la hora, saludo. Algunos siguen trabajando, otros se reúnen en la puerta del sector exterior del aula y otros se dirigen hacia el kiosco a comprar alguna golosina para desayunar. Casi con el mismo toque de timbre, una música con un volumen tal que no deja distinguir su ritmo invade el patio de la escuela. Es viernes. Algunos alumnos de sexto año ofician como musicalizadores oficiales, y reúnen a sus compañeros en torno a los dos grandes

parlantes del hall de ingreso al teatrillo de la escuela, que da al patio cubierto. La ceremonia se repite en todos los recreos del último día de la semana, enarbolando su culto a la amistad y la popularidad ganada a través de los seis años transcurridos en la institución. Atravieso el patio, entre sonidos, ritmos, algunos perros adoptados por la escuela que buscan comida arrojada por los alumnos, intercambio algún saludo y, presuroso, me refugio en la sala de profesores. Tomo un café rápido, leo en el pizarrón las novedades institucionales y, de manera automática, me dirijo al primer piso donde se encuentra tercer año B, para el que está programada una evaluación escrita de Historia.

Subo las escaleras, atravieso un pasillo y llego al curso antes del toque de timbre. Están los treinta y nueve alumnos en el aula, la gran mayoría sentados, repasando nerviosos con sus libros, apuntes y carpetas en sus bancos. Algunos se acercan y rezongan por mi prematura llegada, y otros, en su rebeldía ante la autoridad (en el sentido pedagógico) cuando me ven ingresar, salen al recreo, hacia el patio.

Retumba el timbre y, para muchos estudiantes de ese curso, repiquetea de una manera más enérgica que de costumbre. Ingresan los que estaban en la galería interna y se escucha algún que otro grito, pero rápidamente el curso queda en silencio para escuchar las consignas. Tenían que estudiar el periodo que se inicia con la independencia nacional y llega hasta los gobiernos de Rosas. Explico de manera general de qué se trata, los criterios con los que serán evaluados. Busco siempre que no perciban la evaluación como algo estructurado, tedioso, estresante, sin utilidad, con un único fin de la calificación sino como una instancia mediante la que se puede aprender un desafío que pone a prueba conocimientos, experiencias, información, interpretación y reflexión. Y que les sirva para su presente y su futuro.

No hace falta expresar el famoso “saquen una hoja”, ya que todos la tienen sobre el banco. Les indico el título, les solicito que escriban sus nombres y les dicto una consigna general. Inmediatamente se escuchan algunas quejas:

-¿Tenemos que copiar?

-¿Y cuántas consignas son?

Algunas alumnas observan que manipulo papeles y sonríen de manera cómplice. Seguidamente reparto las hojas impresas con un listado de diez enunciados y una grilla al lado de cada acontecimiento. Tienen que determinar, en cada una, si el enunciado es verdadero o falso y justificar los falsos. Con mucha curiosidad leen las propuestas, están muy interesados, no sé si por los

diez puntos o por la sorpresa de la situación (todas las evaluaciones que preparo tienen estructuras diferentes y, en cada oportunidad, los alumnos están esperando ver “con qué va a salir el profesor”). Un alumno dice

-Profe, no vamos a poder terminar la guía de trabajo, y tampoco vamos a llegar a hacer la integración final.

La guía de trabajo es un proyecto extenso de actividades de fin de año, y esa integración es un juego de preguntas y respuestas, por equipos, al estilo programa televisivo. Tal vez la deducción fue, “mucho trabajo, poco tiempo, nos salvamos de algunas de esas exigencias”.

Como la instancia es por parejas, comienzan a debatir. Evacuo todas las dudas y les digo que nadie se puede levantar, hasta por lo menos treinta minutos después. Digo esto para que cada pareja pueda proceder de manera autónoma y para que no se levanten a cada instante para preguntar cosas que ellos mismos pueden solucionar. Me piden con la mirada y varios se levantan igual. Me dicen: *Tenemos una duda, ¿la número tres es verdadera o falsa?* Preguntan la misma consigna que ellos tienen que resolver, les digo que por media hora perdí la memoria. Y ellos me responden que también. Decido no continuar el diálogo para no desconcentrarlos.

Alguien levanta la mano y de manera inmediata dice: *Profe: ¿puede haber algún error en la redacción de la uno? ¿No te confundiste?* Aprovecha la situación otra alumna y dice *¿Y en la ocho? ¿Puede ser que tengamos que justificar solamente dos puntos en total?* Tal vez algún gesto de mi cara le indicó a esta alumna que debía revisar nuevamente sus respuestas, muy distantes de esos dos puntos, ya que automáticamente volvió la mirada hacia su compañera de banco, y continuaron debatiendo, preocupadas e indecisas.

A medida que pasa el tiempo escriben, me miran, dialogan, debaten, ensayan respuestas, borran, tachan, todo en un ambiente de aprendizaje y respeto absoluto. Me siento pleno y orgulloso por ellos, ya que es un grupo franco que exige, pero aprende, que demuestra interés por el conocimiento, que no deja que el profesor se desplome en la rutina y en el automatismo de la educación. Sus edades son de entre catorce y quince años, y tampoco dejan de tener la espontaneidad e ingenuidad de los preadolescentes y adolescentes.

Repentinamente alguien mira por la ventana y comenta exclamando: *¡Se largó con todo!*

El presagio temprano se cumplió, y no cesará por las siguientes cuatro horas. Un alumno me mira y exclama, con un toque de ironía o quizás de

oportunidad para su compañero y él: *Profe, vaya a entrar el auto al patio que cae piedra...*, haciendo referencia a lo que sucede cada vez que hay tormentas fuertes: un desfile de profesores ubicando sus vehículos en el inmenso patio interno techado del colegio. Observo por la ventana desde el primer piso que da a la calle y no alcanzo a distinguir nada, porque la cortina de agua es densa y copiosa. Vuelvo la mirada preocupada, hacia el curso y advierto que los alumnos que están ubicados cerca de la ventanas ya están más interesados en lo que pasa afuera que en sus actividades. Pero la gran mayoría, o no le dio importancia, o ni se enteró de la situación climática y sigue enfrascada en sus debates intelectuales.

Luego de una hora reloj, comienzan a entregar los que terminaron la instancia y se dirigen al patio, dejando la puerta abierta del aula. Un grupo pequeño se reúne en el pasillo y, de repente, una alumna me pide ingresar al aula: *Profe, ¿puedo ver lo que puse en mi prueba?* Le respondo que eso será posible luego de que terminen todos, y se retira rezongando. Queda una pareja, que decide utilizar el mayor tiempo posible, pero -finalmente-entrega a diez minutos del toque de timbre. Desde la puerta les indico a todos que ingresen al aula para realizar una puesta en común sobre las respuestas. Veo que un grupo de unos cinco varones sale corriendo para evitar ingresar al aula nuevamente y cuando expreso que voy a poner tardanza al que no está en el aula, vuelven sobre sus pasos y se apresuran a ingresar. Pero no todos retornan, y me debato entre anotarlos o no en el parte diario. ¿Es la misma situación que había ocurrido en el primer módulo con los alumnos de quinto año que llegaron tarde? ¿O es una travesura inocente a diez minutos del toque de recreo y como expresión de desahogo por la situación que han traspuesto? ¿De qué manera puede influir en un alumno atravesar una instancia de evaluación y darse cuenta de que sus respuestas no coinciden con las de otros de sus compañeros? ¿Qué papel juega la presión que muchos padres ejercen sobre las calificaciones de sus hijos estudiantes? Finalmente los anoto y decido consultar luego con la preceptora del curso.

Algunos ingresan preocupados, ya que consultaron en el pasillo y había respuestas que no coincidían, y eso le generó dudas. ¿Este escenario no es una forma de aprendizaje, con una marcada actitud hacia la superación de posibles errores? Creo que también puede haber un seguimiento familiar en pos de buenas calificaciones, y por el año en el que estoy con ellos compartiendo el aula, hay de las dos cosas en juego. Quizás más de la primera.

-Profe, ¿puedo ver que puse, que estoy en dudas...?

Al explicar cada una de las respuestas percibo que se combinan expresiones de satisfacción y júbilo con algunas de desencanto y resignación, pero no de abatimiento.

-¿Para cuándo las traes? Tratá de que no sea para fin de semana, porque si me va mal no me van a dejar salir...

Creo oportuno en la misma clase, y cada vez que el tiempo me lo permite, indicar las respuestas de lo que se solicitó al culminar la evaluación. Tal vez no a todos les interese, pero muchos lo retribuyen con atentos gestos en sus rostros. Y yo conjeturo que ayudo a revisar o consolidar aprendizajes, o a plantear una manera diferente de pensarlos o replantearlos.

Toca el timbre, saludo de manera colectiva y me retiro, entre chicos que caminan junto a mí y me comentan que les fue bien o mal.

Media mañana y segundo recreo. La lluvia comienza a problematizar la jornada, ya que la institución está ubicada en un barrio de arterias que se anegan. Y el meteoro vierte una cantidad inmensa de agua en poco tiempo. Se inundan las calles y observo que, por el portón lateral por el que ingresé muy tranquilo temprano a la escuela, ahora abierto, comienza a entrar agua de manera preocupante. En forma inmediata brota, de las alcantarillas internas del patio, a modo de geiser desde los sumideros, un torrente de agua. El patio empieza a anegarse. Algunos alumnos atraviesan caminando adrede por el lugar -o no tan adrede- buscando regresar a cada aula ya con varios toques de timbre, que se camuflan con el ruido del agua que arrecia sobre las chapas del techo del patio. ¿En qué condiciones transcurrirán las clases a partir de este momento?

Intento llegar a mi próximo curso, otra división paralela de Música de quinto año. Ya el agua alcanza en casi todo el patio unos tres centímetros de altura. Antes de entrar, una alumna me dice

-Profe, hay agua en el aula.

De la calle al patio y del patio a las aulas. Observo que otro grupo de alumnos se está trasladando del lugar. Muchos aún están dando vueltas, intentando poner a salvo bicicletas y motos en el centro del patio. En pocos minutos el agua sube hasta diez centímetros en algunos lugares de la escuela. Consulto a dos integrantes del equipo directivo, para que nos asignen una nueva aula. Y partimos los treinta y uno hacia la sala de video del primer piso. Al llegar al lugar, nos encontramos con que ya lo ha ocupado otro grupo de alumnos, que tienen una clase expositiva con el cañón multimedia ubicado allí.

Nos envían a la planta baja, al laboratorio de físico-química, en el lateral Este del patio inundado.

Muchos alumnos protestan, se quejan, se mojan. Otros, tolerantes, no dicen nada. Atravesamos el salón biblioteca-video de la institución, y allí hay otro curso en situación particular, con algunos que miran por la ventana y otros ubicados en grupos sentados. Pedimos permiso y pasamos. Llegamos al laboratorio, y un grupo de alumnos que había quedado del curso que estaba en la sala de video del cañón, se resiste a subir al primer piso. Llega un directivo y nos manifiesta que debemos subir nosotros, ya que -por las descargas eléctricas- la clase de video se ha suspendido. Vamos nuevamente arriba, y volvemos a pasar por la biblioteca, que se ha transformado en un aula-recreo. A esta altura, a través del patio y el portón abierto que da a la calle, el agua ya despliega veinte centímetros por sobre el nivel de las veredas.

Llegamos al aula transitoria y -con un retraso de casi treinta minutos- comienza la accidentada clase. Ahora el gran desafío es intentar retornar al "cauce" natural de su planificación. Comenzamos a trabajar, pero a los pocos minutos llegan dos directivos a examinar la existencia de filtraciones en algún lugar de la sala en la que nos encontramos. Toman nota de un par de sectores y se retiran.

Los alumnos hacen algunas preguntas sobre aspectos de la integración que tendrán que exponer hacia fin de trimestre, ya que el trabajo de la clase apunta hacia ello, y toca el timbre del último recreo. Decido no bajar a la sala de profesores y me quedo junto a muchos alumnos que también permanecen allí sentados. Varios están en los pasillos con su celular comunicándose con familias o amigos. Algunos me manifiestan que los padres están intentando llegar a la escuela para buscar a sus hijos, aunque las callesadyacentes estén inundadas y aún falta un módulo completo para culminar el horario escolar de la jornada. Se escucha el timbre, pero más la lluvia que cae intensa. Intento continuar la clase, pero a esta altura muchos alumnos ya fueron retirados de la institución por las condiciones climáticas y por la coincidencia con el horario laboral comercial de salida de muchos de sus padres. Continúo con los estudiantes que no se han retirado -casi un cincuenta por ciento del grupo original- y la clase transcurre de manera casi familiar. Uno se acostumbra a planificar y exponer clases para treinta o cuarenta alumnos y -cuando por circunstancias excepcionales, como la relatada- el grupo se reduce a la mitad, se pueden profundizar diálogos y aspectos que antes no habían sido pensados. Por ejemplo, y dentro de las actividades que un grupo estaba preparando para la integración anual, se propuso una filmación realizada fuera del horario escolar, pero con un

inconveniente a la hora de la edición. Entonces allí el diálogo transcurre entre posibilidades de selección de algún software libre, además de otros aspectos, como la propuesta de escenas, contenidos de la materia a integrar, la ejecución de instrumentos musicales sencillos, o el diseño del informe digital. A medida que la clase avanza, cada vez más alumnos son retirados por sus padres, y no alcanzo a llegar al final del medio módulo que me quedo sin alumnos. La clase planificada de manera similar a la del primer módulo (en el quinto año paralelo), no llega a desarrollarse a la mitad de lo programado, y el viernes próximo, los dos quintos años A y B, ya no serán tan paralelos. Espero, pero ya ni el timbre anuncia el cambio de hora.

Bajo del primer piso, me despojo de mis zapatos y medias, me arremango el pantalón hasta la altura de las rodillas y me dispongo a avanzar hacia la vereda. Allí el panorama es desolador. El agua cubre la calle y en ambos márgenes de las veredas hay autos atascados y alumnos que intentan llegar descalzos a alguna camioneta. Pego la vuelta y retorno al centro del patio, ya con mi horario cumplido largamente, porque son las 13:00 horas PM.

Me siento algo... ¿cansado, agotado, exhausto? No sé si son las palabras. Quizás sea el trajinar de la jornada, las situaciones atravesadas, la entrega, la recepción, el flujo de intercambio de energía y conocimiento con un centenar de adolescentes de diferentes edades y realidades diversas o tal vez el intento de dar respuesta a todas sus demandas, de estar a la altura de lo que ellos necesitan y, fundamentalmente, de que no perciban su paso por la escuela secundaria como un tiempo de permanecer y transcurrir sin sentido. Tal vez las palabras sean: *mojado..., pero satisfecho.*



7:00 Traspaso el ingreso al Colegio que, obedeciendo a los tiempos que corren, ha dejado de ser el espacio despejado para ser una moderna reja que intenta no deslucir la arquitectura inicial del edificio, ni quitar esa sensación de desliz hacia la calle. Entro al hall y recibo los primeros saludos del día, algunos soñolientos, otros intercalados entre miradas que apuran un ansioso o inútil repaso a hojas sueltas.

A las y diez suena el timbre. Hoy la formación es bulliciosa: están todos los cursos. También se llevará unos minutos más que de costumbre. Esta mañana están (estamos) de vuelta los chicos de 5º que han misionado en El Soberbio, el grupo de 4º que ha viajado a Buenos Aires para participar del lanzamiento de *Scholas Ocurrentes*, y los de 3º han regresado de su campamento en Córdoba. Los observo ordenarse y experimento la grata sensación de la tranquilidad de tenerlos de regreso, sanos y salvos, impacientes por relatar vivencias. Lentamente llega el silencio, el “*buenos días*” para alumnos y profesores de la Rectora, y el acto siempre movilizador de izar la Bandera. Mientras ocurre, el campo visual denuncia, a la izquierda, rollos de afiches y otros enseres en ruidosas bolsas que el silencio exagera, y las típicas mochilas cuyo tamaño es inversamente proporcional al de su dueño. Enseguida, la convocatoria a que algunos abrevien sensaciones y experiencias. Y entonces, la oración que nos invita a rezar Vero acierta en lo que anima el espíritu esta mañana: agradecer.

Nuevamente el bullicio, que ahora acompaña el ingreso al aula. Primero, los de 6º grado, que suben conteniendo la carrera, con su cargamento que acusa una mañana artística para ellos. Rápidamente recuerdo que estoy invitada a compartir con estos niños la actividad integradora de Plástica, que este año se centra en producciones colectivas.

A Paula -la Rectora- y a mí nos gusta acompañar este pasaje a la tarea cotidiana, mientras charlamos con profesores o repasamos lo planificado para el día.

En minutos, todos están en su ocupación y bajamos a Rectoría para iniciar la nuestra.

7:30 Primera tarea del día: me dirijo a Biblioteca para cerrar con Laura los títulos de la lectura de verano. Urge comunicarlas. En nuestra ciudad, las

librerías trabajan por encargos que nunca se sabe cuánto demorarán en llegar. Laura, la novel graduada en Bibliotecología es, además, Profesora de Lengua. Es muy joven. Ha sido mi alumna en primer año de su Profesorado, por lo que nos comunica un vínculo forjado de sentimientos, sustancias y principios de ese tránsito. Inmediatamente nos enfrascamos en propuestas, lecturas, sugerencias, consejos... para este proyecto bienintencionado de fomentar la lectura como entretenimiento, que ya lleva ocho años, ha superado algunas críticas y considerado otras, pero que siempre se ve reivindicado cuando se acerca fin de año y los lectores comienzan a indagar sobre qué obra "les toca" estas vacaciones. Me complace la libertad con que propone y opina, su forma franca de expresar lo que piensa del proyecto y de su aporte a la formación de lectores críticos y autónomos. De pronto, en medio de nuestro intercambio literario, Laura, con toda su frescura exclama: *¡Ay, Agustina, siento que no he leído nada! ¿Cómo hacés para leer tanto?* Me río y respondo: *Fácil, Laurita, cuando vos nacías yo ya tenía tu edad. Vos estás en marzo y yo en noviembre.* Nos reímos ambas, intenta desplazar la verdad de la excusa, situación que vuelve a divertirnos. Finalmente salgo de la Biblioteca con la nómina definitiva en mi mano, resultado de las idas y vueltas del sublime acto de seleccionar obras literarias para nuestros alumnos, labor que nos suscita sana envidia por la expeditiva gente del área de exactas.

Antes de ir hacia mi espacio, ingreso en Rectoría. Ya Mabel nos ha dejado preparado el mate. Es interesante advertir cómo en nuestra provincia esta tradición ha logrado su lugar en ámbitos impensados. Sin embargo, aunque lo disfrutamos en nuestras reuniones de trabajo, no es parte de este paisaje, y permanece a la expectativa de ser rápidamente ocultado. Paula ha estado abriendo correos, respondiendo algunos, enviando y reenviando otros. Animosa, me comenta la invitación para participar en un concurso de relatos y me lee el afiche. Me mira y tengo la certeza de que espera entusiasmo de mi parte. *En noviembre... a quién se le ocurre...*, respondo derribando impunemente sus expectativas que, no obstante, la incitan a reenviar la propuesta a los profes y pensar en divulgarla entre los chicos. Mientras compartimos mates, termina de comentarme las novedades que la tecnología nos acerca: debe abocarse a terminar de controlar el censo del personal, algunas respuestas para el campamento de profesores, y que, además, desde Supervisión nos comunican que nos han aprobado el Acuerdo Escolar de Convivencia que presentáramos en tiempo y forma en marzo mail que, inevitablemente, convoca la ironía. Nuestra agenda compartida prevé reunión con Laura y Daniela -el equipo de Orientación Psicopedagógica- y Stella, nuestra Asesora Pedagógica también entrevista con los padres de Juana. La personal, invitaciones a presenciar exposiciones, muestras, trabajos..., actividades que reflejan el trabajo anual y a

las que, enhorabuena, alumnos y profesores tienen el hábito de invitarnos. Anidamos la esperanza de que pueda cumplirse.

Suena el timbre y un rumor creciente se cuela hasta nosotras y en un instante todo lo invade. Aprovechamos que el primer recreo no interrumpe trabajo, y escapamos hacia la Sala de Profesores, a compartir estos diez minutos con ellos. Hoy, los recientemente nacidos mellizos de Fabio se adueñan del protagonismo temático de la charla recreadora.

8:50 La metálica señal arranca quejas de los retrasados en el quiosco, aviva ansiedades en los incumplidores y, a esta altura del año, lamentos en casi todos.

Salgo al pasillo para intentar influir en la conciencia del fin del recreo. En el camino me cruzo con Luciano, Raúl y Juan Cruz, de 6º año. Llevan sus camisas fuera del pantalón, semiabiertas a la remera de onda. Me miran, me indagan con la mirada. Me saludan. Respondo. Los veo avanzar paseando en cámara lenta su casta de promo '14, en los últimos derrames de insolencia adolescente. No les digo nada, dejo pasar lo que en abril hubiese sido motivo de desaprobación y orden directa de componerse la ropa. Me asalta la idea de que en un mes los veré impecables sobre el escenario, conmovidos, estrenando gastadas palabras de despedida, en el ambicioso intento de aprisionar sus 7 años en el Colegio.

Estoy ingresando a mi oficina y vienen a buscarme Anahí y Esperanza, de 6º grado, para que cumpla con mi compromiso de verlos pintar un mandala gigante. Llego al gimnasio, único espacio posible para la tarea. Margarita, su profesora de Artes Plásticas los está agrupando en parejas para que cada uno pegue su papel afiche blanco al de su compañero. Luego lo unirán al de otros, y estos cuatro a otros cuatro. Es precisa e insistente en que deben hacerlo del lado brillante, el que quedará para abajo, pues es más fácil pintar del opaco. Es notable la fruición con que un niño se aboca a la tarea de unir prolijamente papeles. Pronto las órdenes tienen voz infantil. No falta quien no ha traído su afiche y no ha podido comprar en el recreo. Obtiene su permiso para ir hasta el quiosco para hacerlo. Margarita comprueba que faltará uno, pues Tomás no ha venido a clase, quebrando el cálculo de pares, y no duda en abrir su cartera y pedirle al olvidadizo que compre dos. Le pregunto si cree que terminarán la pintura en la hora de clase. Me mira confusa y me pregunta: *¿Por qué? ¿Ya es la hora?* Le respondo que no, que solo es que me parece una tarea que debe de llevar más tiempo. (Pecado de omisión: no le he dicho que a las 9:30 tengo entrevista con un papá.) Me tranquiliza. Está segura de que acabarán. Ya está

listo el tablero gigante de afiches que, desparejos en geometría y blancura, logra ser un espacio que invita a ser pintado. Martina en el centro, y, sostenido por ella, un tirante de lana atado a un lápiz manejado por Francisco, ofician de gran compás que dibuja los círculos del mandala. Terminada esta tarea, Margarita los reordena, les hace sacar de sus bolsas chillonas pinturas y rodillos. Aprovecha el límite amarillo de la cancha de voleibol, los hace sentar sobre la raya y enuncia la consigna que, lejos, será la más acatada del día, si no de la semana: *Quien quiera pintar más al centro se descalza, para no ensuciar, porque va a tener que pisar sobre el papel.* No termina de dar razones cuando todos están sin zapatos. Los veo cargar de vivos colores sus rodillos y arremeter sobre el diagrama. Les miro los pies y descubro cuánto tienen para decir las medias de un niño...

A punto de aceptar la invitación a decorar el mandala, me avisan que ha llegado el papá de Juana. Me excuso y, aunque sé que es casi seguro que no ocurra, les digo que regresaré para verlos terminar.

Entro en la Rectoría y, por primera y única vez en esta mañana, la puerta se cierra. Es la tercera cita del año, en el primero de Juana en el Colegio. Nos acosa el fracaso de que no hemos podido lograr mejorar sus actitudes al contrario, pareciera complacerse en el desafío displicente hacia compañeros y adultos. Las citas han alternado el diálogo con preceptores, Gabinete y nosotras, en concurrencias alternadas de la mamá o del papá. La experiencia, los análisis de Daniela (nuestra Psicóloga), el sentido común, la intuición puestos al servicio de poder captar porqués con el único propósito que nos anima: ayudar a Juana. Como siempre, planteamos la cuestión en términos de preocupación.

"Ya le dije que la voy a cambiar de escuela...", "No es la solución, notamos que ella...", "Tiene mi carácter, la madre...", "Sus compañeros se quejan, dicen...", "...porque en su otra escuela era líder..."

Se escucha el timbre. Esta vez es un chirrido opacado por la fuerte puerta de madera. El alboroto se filtra, lejano, y aquí el diálogo continúa.

"Yo trabajo todo el día, no le falta nada...", "Hemos conversado con ella, dice...", "Está yendo a una Psicóloga...", "¿Qué les ha dicho?", "No sé, la madre se encarga...", "...si quiere vivir como le gusta va a tener que estudiar, en este país la plata...", "Debemos estar en sintonía familia y escuela en para qué educamos...", "...malos ejemplos...", "...celular...", "...yo me saco...", "...", "...".

Finalmente, la entrevista termina. Por supuesto, nos quedan muchos cabos por atar del torbellino del intercambio, y la sensación de que seguirá

siendo una intervención ardua, que requerirá de la energía de todos. Es un padre joven, que ha desplegado su concepción vital a ritmo de zapping, con furtivas miradas a dos celulares, modernísimos, que no evitó ubicar al alcance de su vista. Nos sentamos y lentamente reacomodamos al nuestro el compás que marcó el diálogo y la breve historia de Juana con nosotros. Me siento cansada, evidentemente la altura del año (¿o mis años?) me torna menos resistente a entrevistas con dinámica de retuque. Cuando abrimos la puerta, la elocuencia del entrepiso vacío y calmo me hace inferir que el recreo ha pasado y el tercer módulo de clase, avanzado. Como para despejar la reciente y creciente preocupación, comento lo vivido en el gimnasio: entusiasmo, técnicas y estrategias, las conversaciones previas con Márgara sobre objetivos en la selección de esta tarea..., hasta que llego a la reveladora imagen de ciertos pares de medias, que oso interpretar con mirada de madre.

Por la puerta asoma el Padre Roberto, con su calidez habitual en sonrisa y saludo. Hemos compartido con él una semana en aldeas aborígenes de El Soberbio. Entra y es momento de revivir emociones, anécdotas, vivencias fuertes. Hemos inaugurado una experiencia que anhelamos incorporar a nuestro proyecto pedagógico. Evalúa y nos entusiasma: “Indudablemente, para los chicos, una experiencia movilizadora, que irá decantando. 95% de aspectos positivos y 5% de cuestiones que ajustar, para las próximas. Ya conversaremos con tiempo.” Casi todo el año la comunidad se pensó en misión tanto quienes fuimos como quienes trabajaron para conseguir recursos y acompañaron en oración hemos sido partícipes. Nuestra intención no se limita a compartir realidades, sino a generar interrogantes que ayuden a los adolescentes a un año de egresar, a pensarse en acción en medio de esa realidad, a ir construyendo su proyecto de vida. La visita es rápida. Ya ha estado con chicos y grandes en esperado encuentro de su palabra y Sacramento. Saluda y se va. Sin prejuicio sobre el lugar común, comentamos que es una bendición contar con padre Roberto.

10:55 Stella despliega su cosecha de hojas de carpetas disímiles en la caligrafía que las ilustra. Esta vez nos centraremos en la intervención que, desde mediados del segundo trimestre está llevando adelante en los segundos años. Junto a ella, intentamos desentrañar causas del alto porcentaje en la desaprobación de materias. Releemos encuestas, repasamos notas de su conversación con los chicos, sus observaciones, nos informa progresos. Nos empeñamos en evitar sentirnos sorprendidas por algunas respuestas, pero, en algunos casos es irremediable. Encontrar honestamente causas y soluciones es arduo. Asesorar a ciertos profesores, más. Analizamos emergentes, variables,

asignaturas desaprobadas, edad de los chicos, situaciones y percepciones personales. Sinceras respuestas acerca de que no estudian, de que no hacen la tarea, de la imposibilidad de encontrar un lugar silencioso en sus casas para hacerlo, de la pérdida de noción del tiempo cuando están conectados, de la profesora tal que se apura, del profesor que falta y después no repasa, etc., etc., multiplican y diversifican nuestro norte. Lentamente el análisis desemboca en una dañosa realidad imposible de evadir: la discontinuidad pedagógica. Feriados, jornadas institucionales, capacitaciones obligatorias, y, lo que más nos preocupa, desde lo humano y lo pedagógico, afonías, disfonías, malestares ocasionales de profesores que obligan a interrumpir el proceso. A tiempo se nos unen Daniela y Laura, que aportan desde la Psicología y la Psicopedagogía. Hemos estado trabajando con ellas sobre esto para que, como dice Paula, “de preocuparnos pasemos a ocuparnos”. La conversación entra en un terreno fuertemente marcado por saberes teóricos y propuestas de experiencias. Es de esas que, a pesar de que la motiva una problemática, disfruto escuchando y compartiendo con especialistas que, sin jactancia y sin miedos, llaman a las cosas por su nombre y proyectan soluciones. Pensamos acciones sobre las urgentes, las otras, inexorablemente, van a parar a la carpeta denominada “2015”.

Daniela y Laura mencionan nombres, y viramos hacia lo que tienen para contarnos de situaciones personales. Desde hace unos años, ellas nos han familiarizado con palabras y conceptos impactantes como bullying, pánico, autoflagelación... Estas conviven con otras situaciones personales que no por menos graves y más reparables, son menos atendidas. Hoy nos convoca un adolescente cuya reciente historia nos envuelve en la impotencia y la tristeza. Internamente, en un acto de autodefensa, me niego a considerar semejante pronóstico. Más sobrehumano es el esfuerzo para esquivar la insensata idea de que todo tiempo pasado fue mejor. La desecho definitivamente cuando comenzamos a pensar su trayectoria especial para que pueda culminar su año lectivo.

La vida de estudiantes y profesores ha seguido su curso durante esta hora. Las luces verdes que delatan su presencia en diferentes espacios (S.U.M., sala de conferencias, salón de actos, sala de informática...) indican lo vívido de las nuevas conceptualizaciones de *espacios, lugares, puentes, integración, complejidad*,... La luz verde fue una feliz idea del Padre Cacho, nuestro Apoderado Legal que, cansado de que se quemaran equipos por quedar encendidos ante el apuro de alguien por partir a otra escuela, hizo instalarlas a

modo de indicio. Ahora, si a alguien le ocurre, no falta quien avisa y, menos aún, quien solidariamente asume la tarea de apagarlo.

Intento poner la cabeza en lo que me falta hacer esta mañana Miriam, nuestra Secretaria, se asoma a mi oficina y corrobora parte de nuestro análisis del día: dos profesores con licencia por enfermedad. A acometer sobre la carpeta de currículum y rogar encontrar quienes, a esta altura del año, estén disponibles y en esos horarios, por quince y veinte días

11:45 Es casi mediodía de este lunes de noviembre. El ingreso al aula luego del recreo es, decididamente, remolón. Los angostos pasillos tienen la virtud de justificar la circulación lenta. A esta hora, la llegada al aula desde la sala de profesores establece, patente, estados de ánimo, cansancios, franjas etarias, haber de clases de la mañana. El ceño de los preceptores me comunica que, en algunos casos, los minutos de alargue del recreo les incauta la paciencia. Por el extremo del pasillo avanza el *staff* joven, en charla audible y con el ánimo suficiente como para compartir con ellos un comentario y cambiarles el gesto en sonrisa. Ostentan este talento con todos. Agradezco tenerlas a esta hora de la mañana, dispuestas a contrarrestar la incompatible energía de los adolescentes, en este tramo en que sobra la inquietud y escasea la concentración.

Retomo la escalera por ¿qué vez? en la mañana. Mariela se anuncia con su habitual saludo a viva voz, acostumbrada a espacios amplios y abiertos. Se le suma Sergio, que llega preguntando por la fecha del campamento de profesores, idea que todo el año rondó a la gente de su área. Los miramos, sonreímos, y adelanta:

-Lo hacemos, ¿no? Seamos los que seamos. Nos atrevemos a responderle que sí, que estamos viendo, preguntando, porque es noviembre...

-Mejor -interpone Mariela-, lindos días, sol, invitan al aire libre. Es solo una noche, por ser la primera vez.

Hoy el saludo es rápido y el intercambio, vertiginoso: buena señal para el momento del día en que traen sus novedades. Los chicos aguardan, y se alejan mientras terminan las frases, levantando sus manos en un saludo y con esa actitud que alimenta el imaginario de que claro que es más fácil la clase en zapatillas y con equipo de gimnasia. Agradecemos ese contagio de entusiasmo y retomamos los últimos comentarios del día, mientras atravieso la puerta interna que comunica Rectoría con Dirección de Estudio. Releo lo agendado para este lunes y compruebo que, para variar, se fue entre lo programado y lo imprevisto, dejando pendientes. Apago la computadora y me convengo en voz

alta: *Bueno, mañana será otro día.* Procuro engañarme una vez más porque sé que lo no resuelto, que tiene nombres y rostros, me retraerán unas horas más tarde, hasta que mi esposo, avezado intérprete de los tonos de mis silencios, me pregunte: *¿Qué te preocupa?*

Carrerillas que suenan a ruedas de mochilas y el griterío infantil del ingreso del primario es señal inequívoca de que ya estoy fuera de horario. Enciendo el celular y me llega un whatsapp de mi hija universitaria, casi impecable en tildes y comas, como reafirmando su destino de hija única de madre profesora de lengua, que en su inconsciente alarde de adecuación del mensaje al receptor refunda mi férrea opción por la ajenidad al código virtual. Le respondo lentamente, y me apuro, o deberé esperar a que termine la formación del turno que se inicia.

Cierro ventanas y puertas. Salgo al pasillo y me topo con un festival de colores, brillantes al sol. ¡Lo terminaron! Es el mandala que han dejado desplegado para que se seque. Lo observo, lo disfruto. La variedad de trazos prueba que es una auténtica producción colectiva. Me acerco, me agacho y lo tiento con la punta de los dedos en distintos lugares. Está seco. Lo tomo con cuidado, lo llevo a resguardo, intento acomodarlo para no deslucirlo.

Admito que esta será una imagen que me acompañará el resto del día. Entonces, celebro los aires pedagógicos que vienen a refrescar mi polisémico noviembre: que los límites del aula sean tan cambiantes e incommensurables como la creatividad de los profesores, y que la extraordinaria cotidianeidad de un lunes de noviembre pueda caber en un relato de 10 páginas.



El día que llegaron los murciélagos a la escuela

María Raquel Barrionuevo

La escuela es uno de esos lugares con un encanto particular, uno nunca sabe qué le deparará la jornada, pero sí se puede afirmar que no hay dos días iguales, múltiples cosas transcurren por ella, y nunca salimos igual que cuando entramos. Cada uno de los actores institucionales incorpora múltiples aprendizajes en el quehacer con otros. Estudiantes, docentes y directivos vivimos cada día situaciones diversas, construimos diferentes relaciones, planificamos y desarrollamos nuevos proyectos.

Para poder contextualizarlos, la institución en la que se desarrolló este día de clases es una escuela con cuatro niveles (Inicial, Primario, Secundario y Superior) y con una población de 970 alumnos solo en el nivel secundario, repartida en turnos mañana y tarde.

La actividad que se desplegó estaba encuadrada en el marco del Proyecto de Investigación “Actitudes de adolescentes hacia personas con discapacidad” y fue llevado a cabo por docentes de la casa y tres jóvenes de la carrera de Psicología, de la Universidad Nacional de Córdoba. Uno de estos estudiantes es altagraciense y conocedor de la apertura de la escuela al trabajo en redes con acciones de esta envergadura. Por tal motivo solicitaron desarrollar el Proyecto mancomunadamente con la escuela. Así decidimos -en conjunto- escoger, para la muestra, un tercer año del turno mañana.

Se llevaron a cabo diversas sesiones: primero, con expertos en el tema de la Organización No Gubernamental CRECER, que brindaron información directa sobre la discapacidad y discusión guiada en una segunda sesión, con cortometrajes que culminaron con una charla a cargo de un deportista de la ciudad que participa de los juegos paraolímpicos en natación la tercera sesión fue en un club cercano a la escuela, con la presentación del equipo de básquet adaptado (en sillas de ruedas), conformando equipos mixtos en un partido amistoso.

Corría la mañana del 12 de junio pasado, una jornada espléndida de sol a pleno, cuando alrededor de las nueve horas llegó al establecimiento el equipo de “Los Murciélagos” (jóvenes de la ciudad de Córdoba, son campeones mundiales de fútbol adaptado para personas no videntes) para llevar a cabo la cuarta sesión. La mañana se vistió de gala con tantos aprendizajes y las emociones nos invadieron.

Desde su llegada, los jóvenes no videntes se desenvolvieron con tanta soltura que era increíble ver cómo se entremezclaban con los chicos en el recreo

sin siquiera conocer físicamente el lugar. No es fácil atravesar el SUM (Sala de Usos Múltiples) con tanta población en ese momento. Fue admirable la organización que desplegaron para cambiarse, y siempre con mucho humor. Luego, todos se dirigieron a la cancha: ellos y el grupo experiencial. No pudimos menos que autorizar a participar de la actividad a todos los otros cursos que quisieran hacerlo: no se da a menudo la posibilidad de tener estas vivencias, verdaderos ejemplos de vida. Apareció la diversión en un gran clima de respeto y escucha, ya que se necesitaba silencio para comunicarse dentro de la cancha. Normas, trabajo en equipo, escucha ¡cuánto para rescatar!

Ya en la cancha se sumaron a la experiencia alumnos de sexto grado de primaria que estaban con sus profesores de educación física. Los deportistas con discapacidad visual, jóvenes como los nuestros, todos estudiantes, brindaron una clase instructiva y demostrativa de fútbol adaptado (veinticinco minutos de duración, aproximadamente). En este tránsito por diversos lugares del colegio, como -por ejemplo- bajando las escaleras, me cuestionaba acerca de las instalaciones edilicias y la necesidad de adecuarlas.

Luego se llevó a cabo una práctica deportiva de fútbol adaptado, supervisada también por las personas con discapacidad (otros veinte minutos).

Por último se conformaron equipos mixtos de deportistas con discapacidad y grupo experimental para jugar un partido amistoso de unos treinta minutos de duración, de fútbol adaptado para no videntes. Para ello se vendaron los ojos del grupo experimental para simular la discapacidad sensorial. También participaron docentes.

Mientras los veía jugar, venían a mi mente nuestros escoltas de la bandera (uno de nivel primario y uno de nivel secundario tienen discapacidades físicas). ¡Cuántos ejemplos que confirman que con constancia y tesón se pueden lograr los objetivos!

Mucha solidaridad, respeto por las diferencias y contemplación del otro como persona. Grandes y chicos entusiasmados en esta tarea, los alumnos nos sorprendieron con la naturalidad propia de los adolescentes. Los adultos sumamente emocionados.

Por último, y ya habiendo culminado el partido, pudimos sentarnos con el equipo que nos visitaba y los alumnos del grupo experimental, cada uno pudo expresar lo que sentía en este proceso de empatía, de ponerse en el lugar del otro.

¡Cuántos aprendizajes en tan solo una mañana de clases! Conceptos, valores, procedimientos. Conocimientos teóricos y prácticos entremezclados, la importancia de cumplir con la normativa para organizarnos y ordenarnos, el respeto por el otro, la solidaridad, el trabajo en equipo.

Estas son las pequeñas grandes cosas que hacen que cada día siga apostando a la tarea escogida, con la convicción de que humanizar la escuela nos ayuda a crecer como personas, porque –como dice Francesco Tonucci- “Es necesario pensar la escuela como un lugar capaz de suscitar emociones culturales”.



El poema que podría escribir sobre una jornada escolar comienza así: “Un día como tantos otros, igual, con su misma rutina, las mismas voces, el mismo ir y venir por los pasillos y las aulas”.

Seguramente, el colega de Matemática cuestionaría la idea de que las jornadas educativas son rutinarias. En tal sentido, la literatura pedagógica proclama que las situaciones escolares están caracterizadas por la inmediatez, la imprevisibilidad, la simultaneidad, la pluridimensionalidad y –creo que la más significativa- la fuerte implicación personal de todos y cada uno de los actores.

Un buen día lunes estaba caminando a las 7:20 h de la mañana en dirección a la escuela para hacerme cargo de mi labor cotidiana: ejercer, precisamente, la dirección de la secundaria.

Mis elucubraciones previas al ingreso al “santuario” del saber y “purgatorio” de la adolescencia, giraban en torno al primer acto oficial escolar cotidiano: el izamiento de la bandera, ritual un tanto devaluado en su sentido y dimensión, por razones que sí, vienen al caso, pero ralentizarían este relato. El lunes, se sabe, es el día de los adormilados (docentes y alumnos), por ello mi obsesionado diálogo interior giraba acerca de cómo incentivar a los remolones a participar del saludo a la enseña patria. Con el poder que me otorgan el micrófono y los dos parlantes estratégicamente ubicados en esquinas opuestas (por el vértice) del patio central, imaginé que -en lugar de reprochar a los ausentes- felicitaría a los presentes por el digno aporte de cantar una parte del “Sube, sube, bandera del amor...”.

Y así fue. La escuela comenzó su jornada a las 7:40 h, puntualmente, con el izamiento de la bandera y el cálido reconocimiento del director del establecimiento a los concurrentes al patio esa mañana otoñal, fresca pero poco ventosa.

Los chicos ya estaban en las aulas y Ofelia -la secretaria- no se había acercado a la dirección, señal inequívoca de que teníamos el plantel docente completo, sin llamados telefónicos anunciando carpetas médicas ni atascamientos de tránsito o pinchaduras sorpresivas de neumáticos.

A continuación, y como todas las mañanas, nos juntamos con mi compañera de equipo, Blanquita, para revisar nuestra agenda y organizar el trabajo cotidiano. Como buena profesora de Sistemas de Información Contable, la vice tenía las tareas programadas registradas y encolumnadas en su agenda, que pasó a describir una por una:

- *Tenemos que llamar al encargado de mantenimiento, ya que -el viernes- el ayudante de laboratorio nos informó que hay una canilla que pierde luego, a la bibliotecaria, para ver cómo hacemos para conseguir los libros que pidió la profe de Literatura.*
- *En el segundo módulo te toca observar la clase de la profesora nueva de Química, tan jovencita ella... (Esa tarea me estaba encomendada, por ser profesor de esa “casquivana” asignatura).*
- *Bueno Blanca-respondí- Y en los recreos- continuó ella- turnémonos para ir de visita a la sala de profesores, para charlar con ellos, conocerlos más y, de paso, que cuando toque el timbre algunos “remolones” salgan rápido hacia sus aulas.*
- *Y no olvides, por favor, enseguida, de hablar con la preceptora de primer año, ya que los chicos el viernes a última hora dejaron el aula bastante sucia y, por orden mía, la señora no hizo la limpieza en ese salón.*
- *Recordá, Ale, que los padres de Julieta P., de cuarto A, te pidieron una cita para las diez y media.*

La mañana siguió transcurriendo apaciblemente, casi podría decir que con la misma rutina y las mismas voces: los profes empoderados con los recursos históricos y eficaces de sus saberes disciplinares y pedagógicos, sus cuerdas vocales, la tiza y el pizarrón, los estudiantes discurriendo felices en los recreos los preceptores atentos a los partes de inasistencias y las huidas a los baños, la zona de dirección y secretaría con nuestros cotilleos habituales.

A las diez y media en punto, avisa Ofelia: *Llegaron los padres de Julieta P.* Confieso que sentía un poco de intriga por el tema que los convocaba a la escuela en primer término, porque Juli era excelente como alumna y persona y, en segundo lugar, porque jamás había visto antes a sus progenitores.

- *Adelante, por favor tomen asiento y pónganse cómodos.*
- *Gracias, no queremos quitarle mucho tiempo ya que sabemos que está ocupado (frase típica de un papá).*
- *Le venimos a decir... (La mamá fue mucho más directa) que nuestra hija está embarazada.*

(Ustedes lectores ¿esperan puntos suspensivos que señalen que se produjo un silencio o un corte en la conversación? Les aclaro que nada de eso ocurrió).

-*¡Entonces... vamos a ser abuelos! (Y lo dije así, enfáticamente, como si realmente mi propia hija Florencia, por entonces de los mismos quince años que Julieta, estuviera embarazada).*

Sucedió a continuación un momento mágico, de felicitaciones y alegría por la próxima llegada de un nuevo ser a este mundo. Allí pude apreciar que se aflojó el rictus que portaban los futuros abuelos en cada uno de sus rostros,

supongo que por la preocupación acerca de la reacción de las autoridades de la escuela ante tan magna noticia.

Luego, la charla transcurrió por los carriles naturales que corresponden al abordaje de la situación de embarazo adolescente en la escuela: la comunicación a los profesores y compañeros, cómo transcurrirán los meses de gestación, cómo la cuidaríamos, la garantía de la escuela hacia Julieta de poder continuar estudiando embarazada y luego como mamá, etc.

Por suerte estamos en el siglo XXI y en la Argentina –pensé- y este acontecimiento – el primero en nuestra escuela en muchos años- debe resultar formativo, fundamentalmente en valores, para todos y cada uno de los integrantes de la comunidad educativa.

Llamamos a Julieta a la dirección, felicitamos a ella y al futuro padre (¡quien otro podría ser sino el propio presidente del Centro de Estudiantes!), nos abrazamos, emocionamos y un poco también lloramos, los adolescentes y los adultos en comunión.

Un poco de razón le asiste al profe del Álgebra y la Geometría pero el comienzo del poema ya estaba escrito, sólo falta que lo complete:

“Un día como tantos otros, igual, con su misma rutina,
las mismas voces, el mismo ir y venir por los pasillos y las aulas.
El Sol asoma por las ventanas orientales,
la bandera flamea orgullosa en el patio de los encuentros y las sonrisas.
Estudiantes sin uniformes mentales,
docentes con dignidad profesional,
y preceptores acompañando,
construyen la identidad y el sentido de la escuela.
Un día como tantos otros,
sin embargo... diferente.”



Como una manera de iniciar el relato resulta muy oportuno destacar que este es mi último año en la escuela secundaria. Luego de más de cuarenta años de trabajo, seguramente, a partir del próximo año me acogeré a los beneficios de la jubilación. Necesitaba decir esto por cuanto -y a partir de esa perspectiva-he vivido con total intensidad esta, mi última experiencia educativa, ya que efectivamente -y más allá del transcurso del tiempo- cada año, cada comienzo de ciclo lectivo es una experiencia única e irrepetible. Entre la variedad de vivencias de este año, rescato, primeramente, la que -en orden de aparición- me impactó de manera especial.

Las clases dieron comienzo formalmente (hablamos del ciclo lectivo 2014, por supuesto) el 7 de marzo (viernes), ya que -si bien estaba previsto para el día 5 de marzo- una huelga docente de 48 horas retrasó su inicio. No sé si es porque los directores o encargados de los actos que evocan las distintas efemérides saben que tengo un posicionamiento muy crítico con respecto a la manera en que se abordan actualmente los acontecimientos relacionados con el golpe de estado del 24 de marzo de 1976 o, por el contrario, porque confían en mi criterio moderado para emprenderlo, lo cierto es que todos los años -indefectiblemente- me encomiendan su recordación. Este no fue la excepción y, por lo tanto, el día 14 de marzo, recibí la notificación formal de que el día 21, es decir una semana después, debía realizar la conmemoración respectiva. Ese mismo día 14 iniciaba, con los alumnos de 6° año de la especialidad Economía y Administración (una de las tres que tiene nuestra escuela), el dictado de la asignatura Ciudadanía y Política. Pensé que la oportunidad era propicia para plantearles el compartir con ellos la organización de este acto, siempre polémico y sujeto a muchas susceptibilidades.

Hice la propuesta (pensemos que se trataba de mi primer día de clases con un grupo en el que había alumnos a los que conocía de años anteriores y otros con los que recién nos encontrábamos). Lo concreto fue que la respuesta me sorprendió. Inmediatamente se conformaron -por afinidad- cuatro comisiones de trabajo de las que surgieron diferentes ideas e intenciones. Tengamos en cuenta que la clase se extiende por un módulo y medio, sin embargo, hubo tiempo para discutir en comisión las ideas surgidas. Aunque no se llegó a definiciones, se acordó trabajar durante la semana previa al acto "fuera del horario de clases", lo que aumentó notablemente mis expectativas y

también mi complacencia y gratificación por los momentos vivenciados en ese espacio tan corto del primer día de clases. Estos momentos resultarán altamente significativos ya que ese día marcaría definitivamente todo el desarrollo posterior del ciclo lectivo en esa asignatura que, además, hacía su debut en el nuevo plan de estudios, en reemplazo de historia.

Las reuniones de los grupos de trabajo continuaron durante toda la semana luego de debatir diferentes propuestas, se acordó que la modalidad del acto sería evocar lo que la historia ha rescatado como “la noche de los lápices” (cuando un grupo de estudiantes secundarios fue duramente reprimido y muchos de ellos desaparecidos por reclamar el boleto estudiantil). El primer paso convenido fue ver la película que se encontraba en la videoteca del colegio, luego se repartieron los roles de los dieciocho alumnos -ocho actuarían como estudiantes, seis como represores y los restantes cuatro serían los encargados de preparar el marco histórico referencial del suceso y además, disponer las formalidades del acto-. Todo esto en menos de una semana.

Llegado el día 21 de marzo previsto para la recordación, se terminaron de ajustar detalles su desarrollo respondió totalmente a las expectativas que me habían generado sus propuestas: parte de las escenas del film fueron recreadas en vivo con la crudeza con que se conocen y merecieron -tanto en el turno mañana como en el turno tarde- la aprobación de toda la comunidad educativa y ¿para qué negarlo? sentí íntimamente una enorme complacencia.

Este evento operó como movilizador de otras temáticas que, de acuerdo con el programa de la asignatura Ciudadanía y Política, se fueron desplegando en el transcurso del ciclo lectivo con la misma modalidad de debate e intercambio de ideas. El tema corrupción y política fue el que más polémica generó, más aún luego de ver el film “Asesinato en el senado de la Nación”, que rememora la problemática de las carnes en la década infame.

Más adelante, otro acontecimiento similar al del 24 de marzo, pero de características muy diferentes vendría a movilizar una vez más la idea de intercambio y debate entre los alumnos, ya instalado a partir de la propuesta del viernes 14 de marzo. En este caso, el proyecto denominado “legislador por un día”, promovido por el Poder Legislativo de la provincia de Córdoba, llegaba vía inspección general a todas las escuelas de nivel medio de nuestro departamento Presidente Roque Sáenz Peña y, por supuesto, incluía también a nuestro colegio. La idea consistía, básicamente, en desarrollar un proyecto de ley sobre un tema de alto impacto social, el que -una vez elaborado- sería

puesto a consideración y debatido en el mismo recinto de sesiones, en el que habitualmente se reúnen los legisladores cordobeses para tratar distintas problemáticas del quehacer provincial y legislar sobre ellas.

Nuevamente, y tal como ocurrió aquel 14 de marzo, conocida la propuesta en el mes de junio y previéndose el debate final en la legislatura cordobesa en el mes de octubre, los mecanismos ya aceitados se pusieron en marcha. Las distintas comisiones de trabajo que permanecían conformadas se pusieron en acción. De la intensa discusión surgieron cuatro proyectos sobre diferentes cuestiones: narcotráfico, deuda externa, corrupción y violencia familiar y de género. Durante las clases siguientes, cada comisión de trabajo fue haciendo los aportes que justificaban la importancia y la elección del tema. El hecho de estar muy consustanciados con los argumentos seleccionados, hacía que los debates fuesen particularmente acalorados y con pocas definiciones que orientaran sobre cuál de los cuatro sería el definitivo a proponer en Córdoba. Solo debía optarse por uno de ellos. El proceso tuvo continuidad y recién en el mes de setiembre se dispuso un día para que cada comisión -a modo de bloque político- expusiera sus fundamentos y se votara el proyecto definitivo. Ello ocurrió luego de la semana del estudiante. El tema que obtuvo el mayor número de votos, aunque ajustadamente, fue: "Violencia familiar y de género".

El paso siguiente consistió en conformar un partido político con todas sus autoridades. Este partido recibió el nombre de "Soberanía Nacional". Se redactó el texto definitivo con todas las formalidades que requiere un proyecto de ley, para lo cual se recibió la muy valorable colaboración de dos abogados docentes de la institución. El texto fue aprobado por la organización sin realizarse ninguna corrección. Se designaron -tal lo requerido desde la legislatura- un jefe de bloque, un secretario legislativo y, como nuestro colegio era mayoritario en número de alumnos (participarían dos escuelas más del departamento), debimos designar un presidente provisorio que se encargaría de llevar adelante y dirigir el debate. Todo ello se cumplió en un plazo perentorio y de inmediato se inició la tarea de ensayar el tema para su exposición, debate y defensa en el recinto del poder legislativo de la provincia. El día señalado finalmente fue el jueves 9 de octubre. Todo había sido previsto: el presidente de bloque actuaría como vocero de la propuesta, apoyado por otros legisladores y sería el encargado de su defensa y de responder a los eventuales cuestionamientos de los demás bloques la presidente provisoria de la legislatura (una alumna) fue convenientemente ilustrada respecto de la importancia de la función y se preparó con mucha responsabilidad.

Y llegó el gran día: el viaje hacia la ciudad de Córdoba, las energías, el arribo a la legislatura y luego de la recepción. Se instalaron los distintos bloques y partidos políticos. El presidente provisorio de la legislatura, Dr. Sergio Busso, hizo la apertura formal de sesiones para luego cederle el lugar a la alumna Elisa Pérez, quien condujo el proceso hasta el final de las sesiones.

La jornada fue de un alto voltaje político. Los alumnos, ya acostumbrados al debate, dieron definiciones contundentes sobre el proyecto, lo defendieron con explicaciones muy sólidas y lograron, en la votación general, su aprobación definitiva. También fueron debatidos con criterio y responsabilidad los dos proyectos restantes presentados por las demás escuelas. Los cuestionamientos y la falta de firmeza en la argumentación para la defensa de uno de esos proyectos -falencias que se manifestaron ante las preguntas y objeciones realizadas por los legisladores de nuestro partido Soberanía Nacional- hicieron que uno de ellos fuese rechazado y el restante, aprobado.

Un párrafo especial merece la alumna que tuvo la responsabilidad de presidir los debates y actuar como presidente provisorio de la legislatura: superó largamente las expectativas, continuó los lineamientos que había evidenciado el presidente doctor Busso, concediendo la palabra a los legisladores que así lo solicitaban e impidiendo que el debate se convirtiera en una simple discusión en la votación de los distintos proyectos obró con cordura, manejando adecuadamente los tiempos para permitir a los legisladores pensar y luego levantar la mano a los fines de la emisión definitiva de los votos que aprobaron y rechazaron los diferentes proyectos.

En este instante, mi pretensión es volver al comienzo de este texto y -de alguna manera- también a la propuesta inicial: el relato de “Un día en la escuela secundaria”. El día elegido por mí fue el momento fundacional de todo lo ocurrido a lo largo del año, ese 14 de marzo -primer día de clases con mis alumnos de sexto año de la especialidad Economía y Administración-. En ese momento surgieron muchas de las acciones que se fueron desarrollando con posterioridad, siempre con la modalidad intercambio y debate, que obliga -además- a trabajar distintas fuentes de información. Todo lo que se fue sucediendo vino como consecuencia de ese día.

Sentí en todo momento, desde lo más profundo de mis convicciones, que -seguramente y luego de esta experiencia- estos alumnos serán ciudadanos comprometidos con la cosa pública, con la política, sin temor de expresar sus ideas serán participantes activos en este sistema democrático, que tanto nos

costó conseguir, y estarán capacitados para el abordaje de la variedad de dificultades que hoy afligen a la sociedad en general.

Por eso lo considero, de manera muy personal, como mi “Día en la escuela Secundaria”.



Lugar. Mi lugar. Ni el peor ni el mejor. Panóptico.

Día viernes, turno tarde, día del cual muchos son devotos.

Escucho a la preceptora, ésa de la voz brava:

-¡El lunes tiene que venir sin falta con su madre! ¡Tráigame el cuaderno de comunicado y vaya sabiendo que va a tener amonestaciones! Vaya...vaya.

No quiero espiar, pero necesito saber qué hace ese chiquito. Saco un ojo por la puerta que da a la galería. Va mudo, muy enojado, con las cejas juntas, camina lento y en balanceo hacia el curso que queda como a una cuadra de la preceptoría.

De repente, se le aparece Olivero, quien lo intercepta a mitad de camino y le dice algo burlesco, aparentemente.

Argüello intenta sacarlo de encima a empujones firmes y le dice:

-Salí, dejá e jodé!. Salí che/?=&&**

Olivero ríe sin sonido y le da unos puñetazos por la espalda e insiste con dichos a media voz que no puedo escuchar a pesar de que también paro la oreja y la agrando. A Argüello esta situación se le hace insoportable, pega media vuelta y regresa a la preceptoría y pasa frente a mí pero no me ve, va ciego y siento que me salpican sus lágrimas. Intento desplazarlas de mi camisa azul, pero no siento nada mojado. Es mi impresión, pienso y lo observo con una etiqueta en la espalda que leo bien a pesar de estar lejos: EL PEOR DEL CURSO.

Entra nuevamente a la preceptoría. Me paro cerca.

-¿Trajo el cuaderno de comunicado Argüello?, o ya sé, lo tiene llenito, seguramente bien llenito -Dice la preceptora.

- No, lo que pasa que Olivero me está jodiendo, recién me atajó, me pegó y fue él preceptora. Por qué me echa la culpa... Sí, es cierto, yo rompí el vidrio la semana pasada, lo del celular también es cierto, fui yo, le digo la verdad, pero de esto no tengo nada que ver.

-Vamos, vamos a buscarlo...-dice la preceptora.

-Profe...mire...Olivero se metió en el 3º B...

-¡Vamos a buscar su cuaderno de comunicados, Argüello!

Pasan frente a mí, pero no advierten mi presencia. Argüello va sentenciado, sin estar todas las cartas dadas vuelta, ahí va, con su mochila de sucesos que hoy no le favorecen y lo cargan de culpas.

Algo hay que hacer, pienso...y no hay dudas, la etiqueta está. Llamo a la auxiliar y le pregunto:

- *Usted, alcanza a leer lo que dice en la espalda de Argüello?*

-*No, no dice nada.*-Me contesta.

Nadie puede leerla, pero saben que la tiene de manera permanente. Está ahí, firme, se fue formando sola. Al principio era un esbozo luego, con el tiempo, se fue divisando más y, al final, todo el mundo la conoce sin verla. Yo la veo, yo la siento, la leo, está clarita, y veo que no es la única, la portan muy pocos y me producen dolor, y no me acostumbro. Cada día que las veo me afirman diversas sentencias, y pienso en hacerles frente, quiero quitarlas. A mí, esas etiquetas me duelen, y sólo deseo que desaparezcan definitivamente. "Erradiquemos etiquetas" sería la bandera que arriaría al final de esta tarde tormentosa. Y bajo la lluvia, las etiquetas claudicarían chorreando y limpiando carteles para dejarlos luminosos y con la esperanza de cambiar la historia de sus portadores.

El reloj avanza, más aún si el tiempo es entretenido en prestar atención de lo que pasa a mi alrededor. El lugar es panóptico y mi interior también. Puedo ver desde una mirada interior, puedo encontrar respuestas que no salen a la luz, puedo sentir un suceso como propio, qué hermoso es ver más allá de lo que los demás ven. Qué interesante es presentir muchos hechos antes de que sucedan o poder imaginar cuáles son los motivos por los cuales suceden. No es mágico, ni azaroso. Tiene que ver con el ser, con los sentimientos, y ahí se encuentran mis ojos, están dentro, están en el lugar preferido porque es desde ahí donde mejor se ve, un lugar indescriptible. Ojos que entienden, ojos que conocen, ojos que se maravillan, ojos que comprenden y que sienten. No son los buenos ojos, son los ojos justos, que no juzgan, ni perdonan, no echan culpas, miran, maravillosamente miran. Son las ventanas abiertas hacia afuera, por las cuales pueden salir el entendimiento, la comprensión y una actitud de mejorar todo, absolutamente todo, con sólo mirar, y mirar de esta manera.

Desde aquí y al abrirse la puerta sin picaporte, hacia la galería, observo una buena imagen: alumnos, como reguero de indios sentados que portan computadoras. Me llama la atención y la curiosidad. Me acerco y no rechazan mi visita, ni esconden nada, sólo levantan la vista hacia mí un instante y siguen

en lo suyo. Hacen lo que nos gusta hacer a todos: juegan. Parece ser ese juego tipo Sonic y otros como el counter strike, creo...

Entre dos, sonrían levemente, disfrutaban cuando ganan o dan un chirlo en el hombro al otro cuando pierden, pero siempre tienen una sonrisa tirada para un costado del rostro.

Enseguida dejo de existir, y puedo avanzar de uno en uno, me apropio de alguno que otro juego y puedo horrorizarme cuando veo matanza o festejar cuando algún muñequito no cae al vacío y hago mi propio juego en el que soy invisible entre ellos y nadie me percibe. Sin darme cuenta, me apropio de la sonrisa de alguien y se deposita en el costado de mi rostro. Ya no soy la profe, ni soy nadie, sólo me siento sombra entre chicos disfrutando o ¿por qué no? luz que se proyecta desde atrás.

Me alejo y me pongo al frente de esa tribu, y me embeleso en esa postal tan bella que todo profe ansía: chicos alegres, inquietos en la tranquilidad, entretenidos, pensantes, interesados. Se me ocurrió pensar: esta es el aula de galería más perfecta por la cual estaría interesado cualquier profesor. Mis ojos ven cuadros que guardo en mi interior, los archivo haciendo un álbum que ojalá no olvide nunca. Será un cuadro más de mi colección que saldrá a relucir cuando los recuerdos jueguen y el olvido reniegue, porque aparecerán en mi memoria una sobre otra situación. A veces me siento un duende metido entre adolescentes, atemporal, inconsciente, meterete, irrespetuoso, genio, bueno, ególatra, certero, etc. y me río de estos pensamientos tan raros....soy tan sólo un docente que dejará pronto esta actividad aunque nunca este sentimiento de serlo.

Ellos no se van porque no hicieron firmar la nota... me pregunto si no la firmaron a propósito porque aquí se los ve muy cómodos y en disfrute.

Ese se va, el Jeremías se va. Es que justo vino su madre, de casualidad, y se lo lleva...y sí, va "canchero" mostrando su pulgar arriba y con actitud de ganador. Sólo un momento de mirada y pronto se olvidan de él.

A paso ligero y largo aparece Micaela, de 4º, con un compañero. Trae libros, le echo una revisada de parada, y veo algunos que me resultan familiares: *Cien años de soledad*, *Prohibido suicidarse en primavera*, y otros...

Les consulto si les gustaron y me dicen:

- No sé...sí....más o menos...

- *Son muy buenos.*-Les digo, e intento comentárselos, pero me interrumpen, diciendo:

- *Están pesados profe...*

- *Ah, sí, pónganlos ahí, sobre el armario...*

-*Lo que pasa es que el bibliotecario nos ha penado...no quiere que dejemos los libros en cualquier lado, pero es un viaje...con tanto peso.*

-*Pues pónganlos ahí, no hay problema...*

Los dejan y se van...

Y vienen otros, con una montaña de diarios que han usado en Lengua y los quieren devolver...

-*Bueno, sí, déjenlos ahí.*

Salen por una puerta y entra el bibliotecario por otra...un hombre cascarrabias, serio, súper exigente, pulcro, ordenado al máximo. Huele profundo, se toca la cara y a rabo de ojo mira los libros sobre el armario, donde jamás pueden estar y donde yo di permiso para que los colocaran. Se pasa nuevamente la mano por la cara como despejándose la bronca y, sin mediar saludo, me pregunta lo que yo me esperaba...:

-*¿Quién dejó esos libros ahí?*

Pensé a cien km. por hora: ¿qué le contesto...?

-*Sabés cómo me gustan los libros...Necesito verlos cerca... ¿Leíste Cien años de soledad?*

- *Sí, como tres veces.* -Me dice-*Y siempre lo guardé donde correspondía.*

Y le recuerdo pasajes tan lindos y le hablo de lo que compartimos en textos de lectura.

Sin darse cuenta (o sí) cargó con los libros hacia la biblioteca de la escuela que también queda como a una cuadra desde mi lugar.

Pero al hacer unos cinco pasos, gira sobre sí y me dice firmemente:

-¡*QUE NO VUELVA A PASAR!*

-¡*Y los diarios te los dejas para leerlos el fin de semana!!*

La próxima vez, educo en el orden, me prometo.

Hoy decido diseminar los panfletos que tengo guardados en mi cajón por toda la escuela y que afirman: SIN MOSQUITOS NO HAY DENGUE. Y coloco uno cerca de 1°C y cuando lo ve Paola, pasa la vista ligeramente y pregunta: ¿Qué es eso?

-Lea. -Le digo

-¿Es un concurso?

-Lea

Y se queda ahí y se agregan otros...

Cuando vuelvo, en uno de los muros donde pegué el panfleto, alguien le ha agregado, con fibrón rojo: SIN MOSQUITO NO HAY DENGUE NI PICAZÓN

Y sí, pensé... paraqué cuestionar.

Sigo con unos diez panfletos encima...

Algunas puertas de la galería que dan al patio de tierra están abiertas para provocarme un asombro. Paro ahí y tomo aire a bocanadas y lo suelto de a poco, parece un suspiro...veo chicas sentadas que me miran y escuchan mi comentario a nadie:

-¡Qué plantones de lechuga!

Realmente hermosos...exageradamente me enamoro de ellos, sí, se destacan en toda la siembra...Ya no me miran para nada y me siento sola y libre, atino a admirar con todos los sentidos los plantones que se perciben frescos, brillantes, rugosos tiernos, siento el olor a lechuga. Inmóvil y admirada pienso en todo el proceso a cámara rapidísima, chaplinesca, los chicos aligerados y a pasitos tan cortitos van y vienen y eligen las mejores semillas, otros labran la tierra, la siembra es lo más gratificante, y charlan mucho y meten ideas y retan a alguno que no participa o no está haciendo bien lo que debe hacer, también ríen y mucho. Siembran vida...qué maravilloso.

A Leandra le pregunto:

-¿Para cuándo la cosecha?

-La semana que viene....el lunes.

Allí estaré, e intentaré acariciar los plantones, me llenaré los ojos de verdor, mi gusto por los lechugones harán agua mi boca, y las yemas de mis dedos analizarán cada parte de sus hojas, el olfato será agudo y profundo y

todo junto degustaré en casa con los míos, teniendo en cuenta todo en cada masticación.

Sigo adelante con los panfletos que pretendo terminar hoy, busco lugares donde pegarlos y descubro tantos intersticios, rincones, escondites pequeños, y encuentro huellas frescas y antiguas. Hay grafitis, palabras de amor, que me recuerdan algún beso escondido, improperios, halagos, palabras cargadas de bronca, protestas, dibujos de corazón sobre corazón con flechas, de órganos sexuales masculinos y femeninos, letras de todas formas que me entretienen bastante y me llevan a todos lados, no dejo nada sin mirar... el baño es un lugar de expresión sin límites... el patio de grandes espacios para dibujar y hay dibujos abstractos que llaman la atención y mis panfletos seguramente pasarán desapercibidos. Toda una mezcla perfecta, de humanos jóvenes. Y al observar todo esto, me siento un historiador escolar, donde todo refleja algo y cada marca tiene su pasado, su momento, su estado emocional, cada palabra, cada dibujo tiene su porqué y su tiempo.

Me detengo en un cartel referido a la educación sexual integral, hecho por los chicos, tan claro y directo, sin tapujos, que me hace reflexionar sobre mi época escolar donde todo era tan distinto y esto tan inconcebible... No creo que todo tiempo pasado haya sido mejor... tampoco estoy segura de que sea mejor lo de hoy. Se acerca Pablito y mira junto a mí el afiche... que habla de los condones y me comenta deliberadamente algo, que me resulta difícil responder. Le digo lo que me pasa y que no soy yo la que mejor puede hablar sobre este asunto, y lo derivo a quienes considero pueden ayudarlo. Si no soy capaz de responder, derivo, y sigo mi camino.

Y hoy miro caras, rostros distintos, pieles, ojos, cejas, frentes, mentones... seres. Miro sonrisas, dolores, tristezas, angustias, resentimientos, enojos, disfrute, alegrías... oh, Dios, cuántas posibilidades tengo con estos ojos dispuestos a mirar intensamente, mensurablemente, ojos de luz porque dejan claro lo que observo, ojos, mis ojos, regalo superior.

Al ingresar a la secretaría, observo una ficha de pase a otra escuela. Es de Balverdi. Se va, se va, está libre por inasistencias y ¿por qué?, me pregunto. Me duele que se vaya y se me cruzan sus ideas, sus chistes, sus historias, sus lágrimas, su risa incontrolable, conversaciones especiales con él. Y pienso motivos... Sé que es buen alumno... y lo quiero... y no me quedo con eso. Busco su teléfono, consulto a sus compañeros, llamo a su padre -que no me contesta- y pienso en el slogan de una película: "Ni uno menos". Aligero la consulta para encontrar el deseo de que si se va, sólo será para mejor. Pero me vuelvo

testaruda y quiero rescatarlo...Balverdi me conmueve, los alumnos me conmueven, los humanos me conmueven.

Y llega Flo, preceptora de 1º año, y me pide que hable con Romero, que se porta re mal y tiene un pésimo carácter, dice que no ríe nunca. Ahí llega, cabizbajo, con su mochila prendida en la espalda. Lo miro a los ojos, le froto la cabeza e instantáneamente afloran lágrimas a modo de goteo, y son muchas, tantas como angustias en su vida. Parece que las hubiera acumulado ahí en su cerebro o, quizás, sus pensamientos diarios sean vasijas contenedoras de cultivo de lágrimas.

Leo su historial y le comento:

-Acá dice que su padre... que su madre... que la psicóloga... tantas cosas hay de usted.Y Ud. ¿qué dice de usted?

Hablaremos...sí, enseguida hablaremos...

-Quiero saber de Ud. quiero escucharlo.

Y su risa está, la veo retenida, no hay chico que la pierda y quiero que aflore, que se muestre, es bella, es amplia, es única. No quiero ser sólo yo quien la disfrute, quiero extenderla a todos, porque es maravillosa y nadie se la puede perder. Quiero que la conozca la Sra. auxiliar, el Director, la profe de Química, la coordinadora, la preceptora, el Sr. del correo, la chica del quiosco, que nadie se la pierda un don de él que solidariamente se transforma en alegría, en energía, en vitamina para todos.

Me quedan dos o tres panfletos, y se los doy a una menuda niña del 1º B y le digo:

-Ponelos donde mejor te parezca...

Lo lee y me pregunta...

-¿Lo puedo llevar a mi casa?

-A donde más se necesite...gracias.

Y alzo mi cartera vieja de trabajo que tiene el mismo peso que cuando la traje, pero ahora llevo el alma con un cúmulo de situaciones y la siento con una mezcla de alegría, dolor, angustia, afecto y ansiedad y, sin querer, tropiezo con...

-¿Cómo le va? -Me dice.

-¿Se acuerda de mí?

-Sí.-le contesto.

-A ver y ¿cómo me llamo?...

-Mmmm... (Mi problema con los nombres...) *te tuve en primer año...*

-*Qué difícil... no recuerdo tu nombre pero te conozco mucho a vos...Sos quien me regaló el llavero que tenía un tigre plateado. Sos quien no tenía para comprar el cuaderno de comunicado y lo pedimos fiado en el kiosco... ¿lo pagaste, no?*

-Sí, más vale.

-Sos quien se fue al IPPEM...y después volvió...

-Sos quien había roto la paleta del ventilador.

-Sí...uhhh. Sí, soy Sergio.

-Hasta mañana-Le digo, y me da un beso.

No es mi mérito recordar todo de él, es suyo. Es muy particular, sumamente sensible, de gesto dolorido, observador y calculador. Discutidor. Gusta de un conjunto de cuarteto al cual sigue a todos lados, ganador de dos o tres peleas en la escuela, sigue llevando la gorra, muy parecida a la de aquellos años, si es que no es la misma. De nariz ancha, labios gruesos, una cicatriz en el pómulos izquierdo, sus ojos son brillantes, de color café y pequeños. Siempre lleva un llavero con un tigre plateado de la presilla del pantalón jean azul.

Me voy pensando en Sergio. Me llevo a Romero con su problema, a Argüello que llevó la nota escrita en su angustia a Olivero, con su actitud a Jeremías, que volvió a la hora a dar vueltas sin sentido y a Balverdi, que hoy me duele mucho...oohhh...Me llevo un poco de todos, lo mejor, lo peor, los defectos y las virtudes. Ya estoy sintiendo las gotas de lluvia que me refrescarán un poco y mojarán mis ojos, los calmarán, los acariciarán. Me llevo en mis pupilas escenas que recordaré esta noche para repasarlas, y mi mirada penetrará en cada suceso para intervenir con lo mejor de mí.



El ángel de la motoneta

Patricia Galarza - Mabel Gilardi

Suena el despertador, el verdugo de todas las mañanas, corro...

La ducha, el cepillo, la taza y el café que se enfría. De pronto

-¡¡¡Mamá!!!! ¿A qué hora volvés?

Mi respuesta es automática...la de todos los días...

-¡¡¡Depende de cómo transcurra mi mañana, hijo!!! (Al mismo tiempo, en mi cabeza aparece el deseo de que sea una mañana tranquila, sin corridas y sin apremios).

Me sobresalto, las agujas del reloj corren apresuradamente, mucho más rápido, que los pensamientos en mi cabeza. El beso y el chau de mi hijo me acompañan en el trayecto, hacia mi querida escuela.

Llego a las 7:15 hs.,

-¡Buenos días señor!

A medida que avanzo, mis ojos de madre se mezclan con los de la preceptora y digo:

-¿Qué pasó, se cayó de la cama?...¿No leíste la nota?...¿Si la mamá la firmó! ¿Qué pasó con su uniforme señorita?...¿Mire la remera que se puso!... ¡Ya estoy llamando a la mamá!

Y entonces se escucha:

- ¡No!... ¡Por favor no la llames!.. Lo que pasa, que mi mamá la lavó y no se secó!

Otro de los alumnos, corre al encuentro e interroga:

- ¿Falta algún profe hoy?

- Epa, te pintaste, parece que...

- ¿Hay acto, hoy?...

Y, al mismo tiempo, superponiéndose las voces, otro alumno de otro curso, pregunta insistentemente, aguardando una respuesta rápida y precisa, colocándose para eso, frente de mi rostro:

-¿Habrá gimnasia?

- Mirá... Parece que... ¡anoche llovió!

Sigo avanzando entre preguntas, respuestas, advertencias, y...digo:

-¡Buenos días compañeras! ¿Qué tal, señora portera?

Y de esta manera me aproximo a mi espacio físico, donde me espera mi ardua tarea.

-¡Hola!, ¿Alguna novedad?... ¿Falta algún profesor hoy?

Llega el momento en que los educandos están a punto de izar la bandera. Corro y pregunto:-¿Quién tiene que pasar hoy?, ¡Vamos, vamos a formar!

Y luego nos dirigimos al aula.

Mientras camino, el bullicio, las risas, los manotazos, los empujones, los chistes... El patio se va desalojando y los jóvenes se refugian en las aulas, donde los profesores de diferentes asignaturas y de todos los años, pertenecientes al turno mañana, llevarán adelante una difícil misión: acaparar la atención y enseñar.

La Preceptoría, mi lugar de trabajo, lejos está de toda tranquilidad. Ni bien me instalo, surgen los más variados pedidos:

-¿Podés llamar a mi mamá para que me traiga la carpeta y el cuadernito que me los olvidé?

-¿Viste dónde dejé la mochila?

-Alguien tomó mi campera y no la encuentro...

-Perdí mi protector bucal ¿vos lo viste?

Sí, aunque parezca increíble, también salgo en busca de un protector bucal, sin tener la menor idea dónde lo dejó ni por qué lo perdió.

En el trajín de atender pedidos de profesores, alumnos y padres...¡¡¡TIMBRE!!!! ¿Ya?

Y en el salón cubierto, en los pasillos y en el patio, una personita que trata de pasar inadvertida, llama mi atención. Es delgado, muy delgado, está despeinado, viste ropa grande y muy descuidada. Se aferra al piso con unas zapatillas que se destacan por los numerosos agujeros, pero...lo que más me llama la atención son sus llamativos anteojos de sol, que lo distinguen del resto del alumnado. Tal vez quiera, de este modo, adquirir personalidad.

Me pregunto quién es. Rápidamente comienzo a indagar, hurgo en su legajo y advierto así, en la escasa documentación que ha entregado, cómo se llama, de qué colegio viene y -lo que más me deja perpleja- que es INDOCUMENTADO.

Llamo de inmediato a la última escuela a la que ha asistido, pero me entero de que no hay identidad. Así ha llegado y de la misma manera ha pedido el pase.

Durante el transcurso de la mañana lo llamo y advierto que, tras ese rostro pálido, tras su silencio, hay mucho dolor. Lo interrogo para lograr un acercamiento afectivo, pero responde solo lo necesario, con un SÍ o un NO, suficiente para darme cuenta de que necesita contención, afecto y protección.

Observo que esa figura delgada y humilde carga una historia de vida muy triste. Con la autorización del Equipo Directivo del Colegio, llamo al Juzgado de Menores, cuento la situación del alumno y descubro que el padre no lo ha reconocido nunca y que la madre ha iniciado año tras año el trámite de la documentación y lo ha abandonado cada vez por lo lento y burocrático.

Rápidamente, sin dudar, recorro a las autoridades del colegio y a las autoridades competentes, buscando ayuda y una solución. Mientras tanto,

dialogo con él, indago y descubro a un jovencito desmotivado, convencido de que no es nadie, de que no será nadie y de que ni siquiera aparecerá en los registros de ninguna escuela, por no tener un documento que lo identifique, derecho fundamental de todo ser humano. Pienso y pienso y me pregunto una y mil veces, qué puedo hacer para ayudarlo, para darle una alegría, una caricia al alma, algo que lo haga sentir bien, sentirse considerado, valorado. Por lo pronto, hago conocer su historia de vida a todo el plantel de profesores y a los administrativos, a cargo de su educación, quienes se emocionan, se conmueven y se ponen a disposición para lo que se necesite.

Seguidamente invento un número de Documento, para que el sistema del colegio lo identifique. ¡Un gran logro! ¡Ya aparece en la lista como alumno regular!

Voy a Cáritas, institución benéfica que se encuentra en las cercanías del colegio, para solicitar un par de zapatillas, y paliar así una de las necesidades muy visibles.

Cristian, un administrativo, llega a la Preceptoría. Trae algo para obsequiarle. Advierto que son zapatillas nuevas. Busco al alumno y lo pongo en antecedentes. Cuando está frente a él y recibe las zapatillas nuevas con un abrazo, no puedo dejar de emocionarme. La vista se me nubla y late muy fuerte mi corazón.

Junto con las zapatillas, llegan también bolsas con medias.

Después vienen las vacaciones de invierno. Lo espero como todos los días pero no vuelve. Hago todas las averiguaciones posibles, hasta dirijo una carta al juez de menores con la denuncia de su abandono sin éxito alguno. Sus compañeros dicen que suele andar en una moto. Una sensación de tristeza me embarga, cierro los ojos e imagino que mi alumno, nuestro alumno, protagonista de esta historia, recorre los caminos del mundo con su moto, sus hermosas zapatillas, sus medias nuevas, sus excéntricos anteojos de sol y en uno de sus bolsillos su DOCUMENTO DE IDENTIDAD.



Yo soy...

Carolina Mónica Carrizo

En una habitación iluminada tenuemente, en un silencio “ensordecedor”, me encuentro sentada frente a mi computadora, solo ella y yo... Miro a mi alrededor: juguetes en el piso, mochilas sobre las sillas, el mantel doblado sobre la mesa, ¿doblado, dije? Bueno... amuchado con miguitas de comida. Todavía persiste el olor a la cena y la sobremesa resuena en mis oídos, mi corazón está inquieto recordando lo que pasó hace apenas un rato...

-Mami ¿podemos jugar en la pieza después de comer?

-No, mamá tiene mucho que hacer y necesito tranquilidad, asíque terminan de comer la fruta y se ponen el pijama, se cepillan los dientes y...¡¡¡la ca-mi-taaaa!!!

- Pero ¡un ratito no más!

-¡¡¡Nooooo!!!!

-Oh... ¿por qué?

-Porque yo lo digo y punto.

-¿A esta hora te vas a poner?

- Sí, a esta hora. Necesito estar tranquila y que nadie me moleste.

-¿Nosotros te molestamos?

-No, no dije eso, quise decir que nadie me interrumpa porque tengo que concentrarme...

-¿Y nosotros?

- ¡Ustedes se duermen!

-¿Vas a venir a darnos el besito de las buenas noches?

-Sí, ya voy...

Al rato...

-¡¡¡Maaaaaaa!!! ¿Cuándo venís?

-¡¡¡Ya voy, les dije!!! ¡Estoy haciendo un trabajo! ¡Hagan silencio que la bebé no se puede dormir!

-¡¡¡Maaaa!!! Dale, ¡¡Venííí!!

-¡¡Basta!! ¡Se callan! ¡No quiero que vuele una mosca!

-Pero, ma...

-Shhhhhh ¡¡¡Silencio!!!

-Te quería decir una cosa, nada más...

-Basta, les dije que necesito tranquilidad ¿No lo pueden entender? ¡Ya voy!

Mientras esto sucedía, yo completaba las libretas frenéticamente en la computadora.

De repente no se escuchó nada más... Yo seguía completando notas.

-¡Como me dejé estar! Todavía me falta la mitad de los estudiantes... -me decía.

Y... de repente, CAÍ... Mis niños ya no me llamaban, la casa era un silencio sepulcral, solo se escuchaba el sonido del teclado... Me levanté apurada y fui a la habitación. Tarde... Mis hijos ya estaban dormidos...

Una angustia y unas ganas de llorar me invadieron inmediatamente. Los besé y los tapé... Me quedé mirándolos un rato mientras dormían... Son tan bellos y angelicales... ¡Dormidos! Despiertos, ¡son unos indios! pero ¡qué divinos mis indios! ¡Cómo los amo! Mientras los miraba pensaba: *se durmieron esperando un beso de mamá y yo -empecinada en hacer mis cosas- no me tomé esos minutos para mimosearlos...*

Tratando de no hacer ruido, me fui a mi habitación, allí se escuchaban los ronquidos de mi esposo, mi sostén. También me había perdido sus besos. En la cunita chupeteaba, completamente dormida, la bebita. Fui a la cocina y me senté a llorar... ¿Qué estoy haciendo? ¿Estoy priorizando mi trabajo antes que mi familia? ¡Pobrecitos mis niños! ¡Qué mala madre que soy! Angustiada y cansada por el largo día me dije:

-A la m... con todo! ¡No doy más! ¡¡¡Necesito dormir, descansar...descansaaaaar!!! Cuando empecé a guardar todo, al lado de mi computadora, una hoja de cuaderno con letra de niño atrajo mi atención:

"Describo a mi mami: Se llama Caro, es profe de educación física, también es profe de baile, ella es buena, linda, divertida, hace cosas lindas, es mimosa, me dice que me ama y yo a ella."

No podía creer lo que veía... "¿Es profe de educación física!?" Mi hijo de ocho años me describía de tal manera. Lo viví como una señal... Me sentí aliviada. Ellos Sí saben que los amo... Es que uno anda a diez mil por hora y a veces no nos damos cuenta de las prioridades en la vida. Mi familia es mi prioridad, mi todo, de eso no hay dudas, pero ser profesora de educación física es mi vocación y -aunque a veces me sienta superada por las presiones y responsabilidades- sé que cuento con su apoyo. Mañana será otro día, voy a poder disculparme, "mimarlos" y decirles cuánto los amo...

Y entonces, toda la perspectiva CAMBIÓ, me sentí con ganas, el cansancio se fue, me puse gustosa y decidida a terminar con mi tarea, a defender mis convicciones y a darle valor a todo el esfuerzo que llevo y que lleva mi familia (aguantándome) para que yo pueda hacer lo que tanto amo... Y aquí estoy, firme de nuevo, "presentando batalla a la situación" (como me inculcó mi ídola) por empezar a narrar la difícil tarea de ser docente, tan difícil como ser madre...

Lunes... Suena mi despertador... es el llanto de mi bebé, reclama una urgente atención, le preparo la mamadera, cambio pañales, preparo el desayuno

para el resto de mis niños... También visto a los otros, les ayudo a juntar sus útiles, paso por la librería, compro lo que necesitan para hoy y que recién ahora han recordado, dejo a Valen (mi niña mayor) en lo de mi madre, ya que amaneció enfermita la bebé en la guardería y a mi hijo en la escuela. Luego del city tour por toooda la ciudad, me dirijo a mi trabajo.

Ingreso a la escuela, voy a preceptoría -que se encuentra al lado del ingreso y es la antesala a dirección-. Saludo a mi compañero (preceptor del turno mañana y con el cual compartimos el horario del mediodía) y paso a Dirección, donde me reciben con cargadas y chistes que me hacen reír y entrar en onda. La "secre" me ofrece un matecito lavado y frío, pero riquísimo. Mientras lo tomo, pregunto:

- *¿Cómo viene la mañana?*

Las miradas me dan a entender que algo pasó...Pero mi reloj me indica que es hora de entrar a clase. Con un "Después me cuentan", me dirijo a buscar a mis alumnitos de "primerito".

Cuando me acerco a la puerta, diviso que la profesora está terminando su clase. Espero en el pasillo y se empieza a escuchar...

-*¡¡Tenemos gimnasia ¡¡Ya está la profe Caro!!*

Se asoma mi colega y con un gesto de alivio me indica que su clase terminó.

-*¡¡Hola profe!!*

Un torbellino de besos y abrazos se aproxima. ¡Qué recibimiento tan lindo! Me predispongo feliz a dar clases. Nuevamente se escucha:

-*¡Tenemos gimnasia!*

-*No Marcelito! (se hace un silencio)*

-*¿¿Qué?? ¿Por qué no tenemos?*

Las miradas atónitas de todos. Les sonrió...

- *¡¡Tenemos Educación Física, que no es lo mismo!!*

Los chicos largan carcajadas y comienzan a salir del curso, me acerco a la profesora que, con cara de frustración, me dice:

- *¡¡Hoy están fatales!! Cuando le pregunto por qué, me cuenta que Julián y Mariano no hicieron nada que Steffi habló toda la clase ¡los mellis, insoportables!*

- *¿Los dos?*

-*Eh...creo que sí, ¡son iguales!*

La miro y le digo que uno tiene una cicatriz en su rostro, debajo del ojo derecho y el otro, una entre las cejas y es más alto...Ella sonríe y vuelve a repetirme:

-*¡Son iguales!*

Yo, más seria, le contesto que son dos personas diferentes, dos estudiantes diferentes, dos niños diferentes...

-Sí, si ya lo sé.-Dice ella.

Hago una media sonrisa y les digo a los chicos que vayamos al patio. No puedo evitar sentirme molesta cuando veo que no se los diferencia como seres humanos distintos, me parece que debe ser horrible estar destinado a ser tildado igual a otra persona solo por nacer el mismo día...

Los chicos terminan de salir del curso y nos vamos al patio donde tenemos una hermosa cancha de Hándbol. Allí les pido que se sienten y que hagan silencio para empezar la clase. Hoy es lunes, están deseosos de contar su "finde", ¡hablan, hablan y hablan como cotorras!

-Bueno, nos acercamos... ¿Cómo están?

Comienzan los gritos. Todos quieren hablar al mismo tiempo.

-¡Levanten la mano! Los demás escuchen al compañero que habla...

Comienzan relatos variados:

- Yo me fui al campo...

- Vio, profe, qué partidazo el de Boca...

- Ayer yo hice dos goles también...

Cargadas...

- ¿Qué pasó con Belgrano, profe? (Ellos saben que yo soy hincha de Belgrano por mi marido y mi hijo).

A todos les presto atención e intento hacer devoluciones:

-Hermoso finde para ir al campo!... Sííí... muy buen partido, igual ese penal.... ¿¿Dos goles??Muy bien,¡¡Te felicito!! ¿Disfrutaste de jugar?...

Y también contesto las cargadas...

-¿¿Con Belgrano?? Y, bueno... un mal partido, pero ¿por qué la pregunta? ¿Es que ustedes sueñan con jugar en primera? ¡Cierto que juegan un campeonatito pequeño... ¡jaja!

Nos reímos...Pero entre todas las miradas pícaras y alegres detecto unos ojitos tristes...Esos ojitos son los primeros que generalmente me cuentan alegres sus anécdotas...Lo miro y -como quien no quiere la cosa- le digo:

-Y a vos, Rodri, ¿cómo te fue este finde?

Con mirada esquiva y tono decidido, me responde:

-Mal.

-¿Mal? ¿Por qué?

Sin mirarme, me dice:

-¡Problema mío, estoy enojado con usted!

- ¿Por? ¿Pasó algo?

-Vaya, vaya, vaya..., no quiero hablar con usted.

El resto del grupo ni percibe esta situación ya que siguen contando sus anécdotas. Pasan cinco minutos del comienzo de clase. Es momento de arrancar... Luego seguiré investigando porqué está así...

Hago sonar el silbato que indica “prestar atención”. Se produce el silencio...

-Bueno, chicos, nos ponemos las pecheras. (Estamos viendo juegos modificados preliminares al hándbol. He ido conformando equipos que permanecerán iguales para reforzar el trabajo grupal, tratando de que logren comprender y conocer la forma de juego del compañero). Son cuatro grupos de entre ocho y nueve integrantes.

-El equipo que se ponga las pecheras más rápido, se sienta en hileras y, en silencio, va a ser el primero en jugar a cancha completa...

Los equipos se apuran para ponerse las pecheras, rápidamente se sientan y escuchan...

-Bien, primero que nada ¿qué tenemos que hacer?

- ¡¡Calentar!!

-Claro, entrar en calor... El juego se llama “caminito difícil”. Así como están sentados, el primero de la hilera va a ser el encargado de hacer el caminito, ¿cómo lo va a hacer? Debe desplazarse de diferentes maneras y en distintas direcciones, sin salir del patio, complicando el camino de modo tal que a los demás no les sea fácil imitarlo. Cuando suene el silbato, el que estaba primero pasa al último puesto y así sucesivamente... ¡Traten de no repetir las formas! ¿Estamos listos?

- ¡¡Sííí!

-Se largaaaaa...

Por supuesto que los primeros siempre son los más traviesos del grupo, que están empecinados en hacer cosas difíciles para que a los demás no les salga igual... Están muy enganchados con la actividad, se ven formas de desplazamiento muy originales, voy haciendo sonar el silbato para que todos tengan la posibilidad de experimentar qué significa “ser el creador del movimiento”. Entre las hazañas viene caminando, a las rengueadas, Rodrigo...

-¿Qué te pasó? -pregunto.

- Es que me golpeé la rodilla... y me duele mucho...

-Uhhh... ¿podés pisar?

-Sí, pero me duele... (Sé que su dolor pasa por otro lado, pero no es momento para interrogarlo).

-Bueno, buscá hoja y lapicera así anotás lo que hacemos.

-Oh... profe...

-Dale, que después me la tenés que entregar...

-Es que se me está pasando...

-Bueno, quedate un ratito ahí sentado y cuando se te pase el dolor me avisas, ¿querés? -

Bien, chicos, ¡¡Nos juntamos!! ¿Cómo se sintieron?

-Bien. Yo hice esto (lo muestra) y a ellos no les salía...

-Y yo hice así...y así...

-¡¡OK!! Muy bien. Trabajaron muy bien. Ahora vamos a sacar de la bolsa una pelota por grupo...

¡Gran error! Comienzan a pelear por el color de las pelotas, por el tamaño...

-Profe, nosotros no tenemos pelota...

-¿Por qué? Si yo traje para todos...

-El grupo de Julián la tiene...

-Ahhhh... ¡Julián y compañía, vengan acá! (Siguen picando como si nada)

- ¡Julián!

-¡Ya voy!-Grita.

-Los estoy esperando para explicar el juego...

Me enoja enormemente cuando me ignoran.

-A ver, ese grupo, ¡ya! me entregan las pelotas...

Me voy acercando y estiro mi mano para recibirla y ese pequeño gran desafiante la tira para un costado...

-Julián, por favor, recoge la pelota y dámela en la mano...

-Y bueno, si usted no sabe agarrarla, problema suyo...

-Julián, no me hagas perder tiempo, dame -por favor- esa pelota...

-¡Oh, bueno! Ya va... -Y camina despacito a buscarla.

Los demás miran atónitos la situación y un compañero le dice:

-Dale, Julián, no seas bol...que estamos perdiendo tiempo por vos.

-Y bueno... si se la di y no la agarró...profe de gimnasia y no sabe "agarrá" la pelota...

Toma la pelota y -exageradamente lento- me la da. Con tono burlesco me dice:

-Tome profe, cuidado no se le caiga...

Imposible disimular mi cara de enojo. Respiro profundo y le digo

-Ya vamos a hablar de esto Julián...

Tratando de no salir de mi centro, sigo con la clase...pues los otros estaban deseosos de continuar.

-Bueno, chicos, primero les voy a explicar y luego sacamos las pelotas ¿ok? El juego se llama "pelota salvadora". Tenemos una mancha que va a intentar tocar a la mayor cantidad de jugadores y una pelota que los exime de ser tocados, es decir, si yo estoy en posesión de la pelota, no me pueden tocar. La mancha tendrá que buscar a otra persona. Tenemos que tratar de contar 5 pases sin que se caiga la pelota al piso y tratando de que por lo menos cinco personas reciban pase, antes de que haya tres tocados. Cada equipo juega en su canchita.

- ¿Me ayudás, Rodri?

- Ok, profe...entre los dos colocamos los conos divisores...

-¡No se puede salir de su espacio! ¿Estamos listos? ¡¡¡Comienzaaaa!!!

Mientras veo cómo juegan, le pregunto...

-¿Cómo está esa rodilla?

-Mejor, ¿puedo jugar?

-Sí, por supuesto.

Entra a su grupo corriendo, como si nada, a toda velocidad.

-¡Yo quiero ser la manchaaaa!-Les dice entusiasmado a los compañeros.

Luego de un rato vamos cambiando de mancha.

-Bien, ¡nos acercamos! ¿Qué pasó en el juego? Levanten la mano.

-Costaba llegar a cinco.-Dice uno.

-¿Por qué?-Pregunto.

-Porque se caía la pelota...

-¿Por qué?

-Porque las chicas le tienen miedo, profe, no la agarran...

-Las chicas y algunos... -Dice mirando a un compañero muy tímido y reservado, que -por lo bajo y con tristeza- me dice:

-Y sí, yo no sirvo para esto...

-¿Qué? ¿Cómo que no servís para esto?-Le digo.

¿Qué puede llevar a un niño de doce años a pensar que no sirve para algo? No puedo creerlo.

-¡Claro que servís! ¡Todos estamos aprendiendo, chicos! ¡Es un proceso...!Tranquilo, Cesar, vamos de a poco ¿sí? Miren la pelota, así vemos de dónde viene y tratamos de tomarla con las manos ¿ok? Si se cae, no importa, la levantamos y seguimos el juego.

Les doy unos minutos más y los llamo.

-Ok, ¡nos acercamos! Ahora vamos armar los arquitos en cada cancha y dividimos cada grupo en dos y hacemos mini partidito.

-¡¡¡Sííí!!!! -Gritan felices por jugar el partido.

Comienzan a jugar, centro mi atención en el pequeño de baja autoestima...No tiene ninguna dificultad motriz, le tiran la pelota: cierra los ojos y se tapa la cara, muy nervioso la busca e inmediatamente se deshace de ella. Con disimulo, lo llamo,

-Cesar, vení, es una pelota de goma, si te golpea no te va a doler, y ¿sabes cuál es la mejor forma de evitar eso? Mirándola fijamente, seguila y buscala con tus manos... Traé una pelota así practicamos...

Comenzamos a hacernos pases. Primero, muy suaves luego, por el costado. Pases altos, bajos... y poco a poco va tomando más confianza... Mirala pelota, pero le cuesta agarrarla...

-¡No te preocupes! Es un proceso, de a poquito.

Me mira sonriente y asiente con su cabeza.

-Lo que pasa, profe, es que los chicos nacieron con una pelota, en cambio yo nací con un joystick en la mano...

-Bueno, Cesar, pero eso no quiere decir que vos no sirvas para esto...

-Es que siempre fue así, a mí nunca me dejan salir a jugar porque mi barrio es muy peligroso, entonces juego a la play, y en la primaria siempre tuve bueno o "satis" en gimnasia...

-Cesar, podemos ser muy buenos en algo, y no tanto en otras cosas, lo que no significa que "no sirvamos" siempre que queramos aprender, se puede, si ponemos voluntad.

-Sí, yo quiero. Pasa que no se dio la oportunidad...

-Acá, ¡sí! Quedate tranquilo que vamos a tener todo el año para aprender! Volvé con tu grupo y seguí intentando...

Me quedo tildada. *¿No se dio la oportunidad?* Por favor... ¿qué pasa con los adultos? ¿Cómo puede ser que un chico llegue al secundario pensando que no sirve para Educación Física? ¿Dónde estaba el profesor cuando el niño sentía eso? ¿Por qué le negaron la oportunidad de aprender y lo etiquetaron de inservible para la actividad física? ¿Porqué esos padres no lo llevaron a una plaza o un parque para jugar y divertirse? ¿Por qué?

Se me vienen un millón de porqués a la cabeza, y siento una gran impotencia. Este niño creció pensando que él no sirve... ¡una locura! ¿Podemos ser tan ciegos como para no darnos cuenta de cómo etiquetamos y hacemos sentir a un niño que no es competente en algo? Tanto papás como docentes ¿no hemos visto que este niño pedía a gritos que alguien le dijera que puede? ¿Por qué los docentes damos por sentado que un niño juega? No es obvio. Este niño no pudo jugar porque su barrio no es seguro, porque su mamá ha tenido miedo de que se golpee, o le pase algo... Probablemente ha tenido sus razones. Seguramente hubiese querido vivir en otro barrio más tranquilo, pero sus posibilidades económicas no lo permitieron...probablemente...El caso es que pasaron doce largos años para que este niño comience a pensar que SE PUEDE.

Un-Profe, *¿podemos jugar en cancha completa?*-interrumpe mis pensamientos de indignación.

-Sí, primero nos reunimos. ¡Acérquense, chicos!

-¿Cómo les fue?

-¡Los varones no la pasan, profe! -Dice Loana muy enojada- Juegan ellos solos.

-¿Por qué, chicos?

-¡¡¡Si no la agarran!!! -Contesta Lautaro

-Chicos, quiero que quede claro que TODOS ESTAMOS APRENDIENDO, eso lleva un proceso ¿sí? Algunos tienen más práctica que otros, pero todos podemos mejorar. Tenemos que apoyarnos, ayudarnos entre todos, si yo sé que a mi compañero le cuesta, lo aliento para que se anime, lo ayudo... ¿De acuerdo? ¡Eso es jugar en equipo! ¿Cuáles son las cosas que debo tener en cuenta antes de dar un pase? -Pregunto.

-Mirar a quién se lo tiro...

-¡Exacto! ¿Y qué más?

Comienzan a dar respuestas como “que la agarre”, “que esté cerca del arco” “que no esté marcado”

-¡¡¡Muy bien!!!Y el que quiere recibir el pase ¿qué va a hacer?

-¡Desmarcarse!

-¡¡Perfecto!!

-Profe, ¿podemos jugar?

Yo me entusiasmo haciendo preguntas, me encanta hacerlos reflexionar sobre las jugadas y las acciones tácticas y técnicas...son un grupo muy participativo y contestar preguntas es un desafío para ellos..., pero -obvio- además quieren jugar, así que hago un par de preguntitas más y se larga el primer partido...La consigna es clara: juegan seis vs. seis en toda la cancha. Los demás se sientan prestando atención al partido y, cuando suena mi silbato, la jugada se detiene. Puedo hacerle preguntas a cualquiera -tanto jugador como observador- sobre lo que está pasando además, cada jugador tiene asignado un compañero que va a prestar principal atención en él y luego del partido le hará una devolución personal sobre lo que le parece que está haciendo bien y lo que puede mejorar...

El partido se desarrolla muy bien. Voy parando y haciendo preguntas... Están todos enganchados, salvo un par de charlatanes.

-¡¡Chicos y chicas!! Presten atención al juego porque les voy a preguntar además, es una cuestión de respeto al que está jugando, ya que, cuando termine, esperará recibir una devolución sobre su juego y, si ustedes no lo ven, no van a saber qué decirle.

Van pasando todos los grupos a jugar. Cuando le toca el turno a Cesar, entra a la cancha tímidamente...Comienzan a jugar, le tiran un pase y...la pelota al suelo... Inmediatamente me mira. Respondo a su mirada con un gesto de: no pasa nada, seguí...El partido continúa, los habilidosos de su equipo evitan pasársela y yo grito:

-Chicos, ¡¡¡Pasen la pelotaaa!!!Que todos la toquen...

Nuevamente se la pasan, le rebota en la mano y se la roban... Se queda parado frustrado...

-¡¡¡Vamos, chicos!!!Cuidemos la pelota...

Un adversario tiene el balón, cuando va a pasar por el lado de Cesar, éste -sorpresivamente- se lo quita, avanza tímidamente hacia el arco contrario. Al grito desesperado de Leo, su compañero,

-Pasame, ¡¡¡César!!!, Cesar levanta su cabeza, se la tira a las manos de Leo, que sigue la jugada corriendo, tira al arco y...¡¡¡Gooooo!!! Un aplauso auténtico surge del grupo. Leo va corriendo a abrazarlo. Yo salto como si se tratara de la final del mundo Argentina-Brasil, y Messi hubiera hecho un gol en el último minuto que nos daba la victoria...

-¡¡¡Excelente César!!! ¡¡Muy bien!! ¡¡¡Fantástico!!!

Él sonríe feliz. Está contentísimo. Los compañeros lo felicitan. Ha sido mágico... Como de película...

Luego nos reunimos, les doy tiempo para que hagan sus devoluciones y, por último, hacemos la puesta en común.

-¿Y? *¿Cómo les fue con las devoluciones?*

Surgen un montón de apreciaciones muy interesantes, como “Bien, tengo desmarcarme más, o pasarla, animarme a tirar al arco...”. Otras, un poco egocéntricas: “Hice todo bien” (eso es una clara evidencia de que el compañero observador estaba charlando).

-Bueno, *yo vi que estamos mejorando mucho, hay personas que me sorprendieron hoy, ¡muy bien chicos!*

-¡Sí, profe! *¿Vio lo que hizo Cesar?*-Dice Leo, orgulloso...

-¡Claro que lo vi! *¡¡¡Muy buenooo!!!*

Cesar se ríe tímidamente...

-¿*Qué aprendimos hoy chicos?* (Esta es una pregunta que trato de hacer siempre, ya que da cuenta de lo que los chicos sienten que aprendieron y yo puedo hacer una comparación entre mi planificación -o lo que quería que aprendieran y lo que efectivamente aprendieron). Mi intención de este día ha sido enseñar tipos de pases, principales acciones de ataque y defensa, etc. Las respuestas son diversas...

-*Aprendimos a jugar en equipo...*

-*A no comérsela tanto...*

-*A ser mejores compañeros...*

-*A pasar la pelota...*

-*Que podemos mejorar...*

Que todos podemos aprender...

Las últimas respuestas me dejan sin habla...Más allá de que no es específicamente lo que me he planteado para la clase, estoy feliz y orgullosa del grupo. De todas las actividades, lo que más se les ha grabado ha sido el trabajo en equipo y que TODOS PUEDEN APRENDER Y MEJORAR...

-*Me alegro, chicos, que sientan eso. Probablemente ya lo sabían, pero siempre es bueno recordarlo...y, para cerrar la clase ¿qué nos falta hacer después de una actividad física intensa?*

-*¡Tomar agua...!*

-*¡Jaja!, ¿además?*

-*¡Elongar!*

-*¡Bien! Bueno, ¿por dónde empezamos? Franco ¿te animas a dirigir la elongación?*

-Sí, profe. -Contesta chocho con la idea.

Miro mi reloj...nos pasamos tres minutos...Terminamos de elongar y les pido que me manden por mail las devoluciones de su compañero y una

reflexión personal sobre lo que cada uno piensa de cómo está jugando. Salen contentos al recreo, comienzo a buscar los elementos para guardarlos y una mano me ayuda con los conos...

-Gracias, Cesar,

-De nada profe. -Sigue caminando... Se frena, vuelve a caminar... se frena...

-¿Todo bien?

-Eh...si...Gracias, profe! No sabía que servía para esto.

Realmente sentí una inmensa emoción al escuchar esas palabras...

-¡No me tenés que agradecer nada! Agradecételo a vos por darte la oportunidad... Creo que hiciste un gran progreso, Cesar, estoy muy orgullosa de vos...

-Gracias profe, estoy muy contento...

Y sigue caminando, perdiéndose entre los compañeros.

Yo quedo maravillada, feliz...Realmente "ganamos la copa del mundo", si logramos que un niño se sienta más confiado y capaz de aprender

Termina mi hora como profesora. Empieza mi turno como preceptora...

Primero, a cuidar el recreo...Pero tengo dos cosas pendientes: Julián, que me habló muy mal...y Rodrigo, al que algo le está pasando...

El recreo transcurre muy bien. Un grupo de varones juega al fútbol uno de niñas, al vóley otros juegan al ajedrez hay quienes sacan sus netbooks y están muy entretenidos con ellas. Voy dando vueltas, del patio al SUM... allí, un grupo de niñas tira al aro de básquet. Me llaman para que juegue con ellas. Hago dos tiros y sigo mi recorrido...Miro el reloj...Ya es hora de que entren a clase. Como no tenemos timbre, una de mis funciones es controlar los tiempos, tanto de clase como los recreos, así que ya es hora de llamarlos...

-1er año...

-¡Al cursoooooo! -Responden ellos a coro. Me encanta que tengamos esos códigos. Comienzan los desfiles al baño, a tomar agua, al kiosco...

-Vamos al curso chicos! Es tarde...

Cuando los chicos están adentro, voy a dirección para ver de qué se trata lo de esta mañana...Resulta que ha desaparecido un pendrive en cuarto año... ¡Que tristeza y enojo al mismo tiempo! Será necesario hablar con el grupo, recordarles el acuerdo de convivencia, el uso de los casilleros, el respeto a los compañeros...

Llega la hora de ir a almorzar...Toco la puerta de primero:

- Permiso, profe, es la hora del almuerzo.

Los chicos comienzan a salir dirigiéndose al comedor, diviso a Julián...Mientras caminamos le pregunto:

-¿Podemos hablar?

-Oh profe ¿ya me va a sermonear?

-No, solo quiero hablar...

Le pregunto si le parece que estuvo bien su accionar y la forma en la que me habló. Él, al principio, parece disgustado, luego empieza a reírse...

-Bueno profe, puede ser que haya zarpado un poquito...

-Julián, ya a vos te respeto y me gustaría que esto fuera mutuo ¿Te parece?

-Sí, profe, ya fue, no me di cuenta...

-Ok, pero espero que seas más cuidadoso la próxima vez, a nadie le gusta que le contesten de esa forma... -Le hablo mientras apoyo mi mano en su hombro.

-Sí, profe, todo bien. -Me sonrío y guiña el ojo con cara pícara...

-¡Todo bien, Juli! Vamos a comer...

Hacemos la fila en el comedor. A lo lejos veo nuevamente los ojitos tristes de Rodri, alejado de sus amigos, como llamándome. Inmediatamente, busco mi bandeja y me instalo en su mesa. Como quien no quiere la cosa, mientras comemos, le pregunto:

-¿Cómo está la rodilla?

-Maso...qué sé yo, profe.

-Y... si no sabés vos... ¿a quién le pregunto? (Tomo mi celular y simulo hacer una llamada... *-Sí, disculpe Doctor, por casualidad ¿usted me podría informar sobre la rodilla de Rodrigo?* Me mira con ojitos pícaros y sonrisa gigante,

-Ahh... Profe! Pregúntele también cuándo se va la profesora de gimnasia... -¡Y larga una carcajada!

-Jaja, ¡¡¡Educación Físicaaaa!!!

-¡Bueno, es lo mismo! -Y nos reímos... Se hace un silencio.

-Váyase, profe, estoy enojado con usted.

-Hagamos un trato, si querés, yo me voy, pero primero contame por qué estás enojado...

Y comenzó su relato con voz dolida...

Me cuenta que estaba jugando al fútbol en el barrio con los amigos cuando vio a un chico de ocho años comiendo golosinas, un montón de golosinas. Un chico que no tenía ni para comer. Resulta que las había comprado con dinero que había robado de la billetera de Chicho. La billetera que el mismo Rodrigo había puesto con su campera. Cuando Chicho vio que le faltaba dinero, lo culpó a él. Y lo mismo hizo el chico de ocho años.

-Para colmo vino mi tío que estaba chupado y me cagó a pedo, me dio un cagadón... -continuó - *¿Ve? Todo por hacerle caso a usted...de que no hay que tocar lo de los otros, de que hay que hablar, que hay que devolver lo que no es nuestro y esas pavadas que dice. Al final, si lo hubiese sacado yo, por lo menos tendría algo rico "pa comé..."o, si le hubiera dado una trompada al Chicho para que se calle no hubiera cobrado yo...*

Ya todos terminaron de comer, es hora de salir del comedor, me apuro para dejar la bandeja y seguir con el diálogo que tanto me costó entablar... Mi

corazón late a tres mil revoluciones por minuto, pienso un millón de cosas para decirle...

-Vamos chicos, tenemos un ratito de recreo y entramos a clases... Mientras caminamos por el pasillo le sonrío y le digo:

-Te felicito... Hiciste bien, era lo que tenías que hacer, vos la encontraste y no era tuya, la tenías que dejar ahí. Tendrías que haberle dicho a tu tío la verdad, que vos no fuiste... Estuvo perfecto que no le pegaras a nadie.

-Pero, era obvio que era el otro chico, si no tiene un mango y estaba comiendo golosinas, ¿qué le voy a decir a mi tío si estaba chupado? Si le contesto, es peor, me pega más...

-Rodri, estoy muy orgullosa de vos, hiciste muy bien, sos una buena persona que actúa de manera correcta, te felicito...

-No sé profe, que sé yo... igual cobré, ¿de qué me sirvió? -Me dice con los ojitos llenos de lágrimas...

No puedo contener mi instinto materno y de protección. Lo abrazo, se me estruja el corazón... él responde a mi abrazo y se desahoga, llora, yo trato de contener mis lágrimas. ¡Cuánta impotencia hay en sus palabras! ¿Cómo no comprenderlo? Pobrecito, mi alma, cómo hacerle entender que está bien como actuó, si en el entorno en el que se maneja no es valorado un acto de buena fe, de qué sirve hacer las cosas bien "si cobrás lo mismo". Este niño es víctima de un entorno y un sistema perverso donde no importa si hacés las cosas bien o mal, es lo mismo. Allí está naturalizado, frente al desacuerdo, no hay mucho para hablar, pegás. Y acá, en la escuela, nosotros hacemos hincapié en: ¡hablen, hablen, y hablen! la mejor forma de solucionar los conflictos es hablando, diciendo qué sentís, qué pensás, respeten al otro... Me parte el corazón saber que le pegaron por hacer las cosas bien... Al final ese niñito quedó atrapado entre dos discursos completamente diferentes... ¿Cómo ayudarlo? No me puedo ir al barrio y decir "Tío, por favor, no le pegue ni se emborrache", "Mamá, por favor, esté más atenta a dónde está su hijo...". Nosotros, como docentes, no podemos ir más allá de la institución. ¿Será que tenemos que reducirnos a enseñarles a separar los ámbitos, a decirles la forma en que debemos actuar en la escuela? Ya no sé si decirles "en todos los lugares", porque realmente no sé si los perjudico pidiéndoles que actúen siempre igual.

Pegarse es la forma de supervivencia en ese entorno tan carente de valores... es la manera de defenderse, de expresarse, de "salvarse"...

Una revolución de sentimientos, sensaciones y preguntas me invaden.

Lo acompaño a lavarse la cara, un compañero lo ve y lo invita a jugar al fútbol. Cabizbajo, se va a la cancha...

Es hora de las tutorías. Me quedo cuidando el recreo, me saluda el otro preceptor que se retira porque su turno terminó. Luego, vuelvo a preceptoría, me tomo un par de matecitos compartidos en la dirección. Allí se encuentran los

dos coordinadores, la secretaria y la directora, hay muy buena onda y energía...Aprovecho para contarles todo lo que pasó, lo que hablé con Rodri, el inconveniente con Julián...Ellos me escuchan, hablamos, dialogamos y debatimos. Realmente me siento apoyada y valorada. Encuentro mucho soporte en ellos, hay un lazo de afecto que crece día a día ya que compartimos mucho tiempo y son muy abiertos para cualquier situación que surge.

Después, el tiempo sigue pasando y llega la hora de salida. Saludos y besos por doquier.

Rápidamente cerramos los cursos y, entre chistes y mates y besos, nos despedimos hasta el día siguiente.

Yo subo al auto ansiosamente y voy a buscar a mi hija Valentina, que dejé esta mañana medio enfermucha. Mi mamá me espera con ella, las dos chochas porque han pasado un día increíble y se han mimado mutuamente...Nos despedimos, todavía tengo que buscar a la bebé en la guardería y llega Isma en el transporte. Si no me apuro, llegaré tarde. Pero no, ya veo que detrás de las piernas de la maestra, se asoma mi Lucecita. Feliz grita: -¡¡¡¡Mamiiii!!!!...

La abrazo fuerte, la "seño" me cuenta que se portó muy bien...

Todas las mujeres juntas llegamos a la puerta de casa. Y justo llega el transporte y baja Isma, quien llega con cara larga porque trae notita de la escuela: ¡le faltó un elemento en plástica! Lo abrazo fuerte...lo miro con un intento de cara de disgusto, tratando de disimular mi alegría de verlos.

-Hay que ser responsable y acordarse antes de las cosas para la escuela...

Por detrás nuestro llega mi amor-mi esposo-, con carita de cansado: Somos dos... ¡Qué hermoso es! Estamos todos juntos para la merienda... Entre todos la preparamos y, mientras la tomamos, aprovechamos para dialogar sobre nuestro día. Todos tenemos anécdotas para compartir, hablamos, nos desahogamos y nos mimamos...

Luego de merendar, los chicos se van a jugar. En un ratito me esperan deberes para ayudar, compras para la cena, cocinar, limpiar, planificaciones, escritos por corregir...Suspiro cansada, pero con la certeza de que todo se puede, de que mi familia me da las fuerzas y el apoyo para seguir con esta elección de vida: soy mamá, esposa, hija, y docente... ¡SOY FELIZ!



La escuela secundaria: oportunidades para seguir reinventándonos

Gladys Teresa Rosales

Cuando cumplí 15 años, el 15/02/1975, me regalaron un Diario íntimo para que dejara reflejado en él lo que sucedía en mi adolescencia y juventud. Cuando comienza cada año lectivo, lo llevo conmigo y lo muestro a mis alumnos, a quienes les leo lo que yo escribí el día en que se produjo el golpe cívico-militar que dio inicio a la última siniestra dictadura. Es esto: *“Hoy comenzaron las clases y además, Inglés particular. El último año del ciclo secundario, me parece imposible y lamentablemente es así, y digo lamentablemente porque pienso que los mejores años son los de estudiante. Porque después deberemos hacernos cargo de serias responsabilidades y comienzan las verdaderas preocupaciones. Quisiera estar dotada de algún poder para detener las horas, los minutos. Hoy, 24 de marzo de 1976, los militares derrocaron a la Presidenta María Estela Martínez de Perón, ocupando su lugar y haciéndose cargo del gobierno.”*

¿Por qué lo leo? Para comentarles lo importante que “fue, es y siempre lo será” la etapa del secundario, alentándolos a que la disfruten con compromiso, responsabilidad y alegría. Y también les comento la importancia de celebrar 31 años de democracia ininterrumpida ya que -lamentablemente-han abundado los golpes militares en nuestro país, derrocando a presidentes constitucionales. Resalto que ellos “nacieron y tienen la dicha de vivir en democracia”, a la que hay que cuidarla, defenderla, consolidarla y ejercitarla. Por eso, cuando me enteré de la Convocatoria para participar en el “Concurso de Relatos sobre un día en la escuela secundaria”, pensé: “Qué buena oportunidad que se nos brinda a los diversos protagonistas para que contemos, desde distintos roles, cómo son nuestros días vividos de maneras tan variadas”. Inmediatamente socialicé la convocatoria entre mis colegas, compañeros, conocidos y amigos relacionados con la educación y los invité a que participaran y, muy especialmente, propuse a los estudiantes de los cursos a mi cargo -en ambos establecimientos educativos donde me desempeño como Profesora de Historia y de Formación para la Vida y el Trabajo- que también lo hicieran pues siempre les comento que egresé en el año 1976 con mi título de “Perito Mercantil” en la escuela pública, actual Escuela Normal Superior “Maestros Argentinos” y que -durante los siete años que duró la dictadura- nos quitaron la posibilidad de expresarnos libremente, estuvimos desamparados de derechos y garantías, sufrimos los horrores y atrocidades cometidas en nombre del “Proceso de reorganización nacional”, que dejaron en nuestra ciudad, como en tantos rincones de nuestro país, marcas y ausencias irreparables. Dos ex alumnas de la escuela forman parte de los tantos desaparecidos y, desde 2011, el patio lleva su

nombre en su homenaje, por iniciativa del Centro de Estudiantes. Entre la Biblioteca y el patio se eligió por amplia mayoría este último, por considerarlo el espacio de reunión en los recreos, asociándolo con el esparcimiento y la alegría del encuentro en otro ámbito distinto al aula. Quiero agregar que el Centro de Estudiantes fue formado en el año 2009, respondiendo a la sugerencia del Ministerio de Educación para todas las escuelas, con el propósito de crearse un valioso espacio para debatir propuestas. Es de destacar que el primer Centro de Estudiantes que tuvo la escuela se llamó “Mariano Moreno” y fue integrado por estudiantes de la Primera Promoción en el año 1958, pero no perduró debido a que las dictaduras prohibieron este tipo de actividades, entre tantas otras cosas.

Para profundizar el ejercicio de ciudadanía, propuse a los estudiantes de 4° año en el Espacio Curricular “Formación para la Vida y el Trabajo” participar en el “Primer Parlamento Juvenil Virtual”, convocado por la Fundación Democracia del Círculo de Legisladores del Congreso de la Nación. Para ello se realizaron votaciones en el aula, y se eligió a dos compañeros como Diputados Juveniles, que representarían a sus compañeros para presentar proyectos. Estos se debatieron virtualmente con otros de distintas provincias. Para ello se implementó el uso de las TICS, usando la Plataforma Educativa EDMODO para tal fin. Con respecto a la revolución tecnológica e informática que estamos viviendo de manera vertiginosa, es muy enriquecedor para los adultos aprender no sólo con las capacitaciones que realizamos sino también aprovechando lo que nos pueden enseñar los jóvenes al respecto, retroalimentándonos y generando una relación de “enseñanza-aprendizaje” mutuo, pues con gran satisfacción recibo por parte de ellos, una excelente predisposición, para lo que aprovechamos las netbooks, suministradas por Conectar Igualdad y visitamos muchas veces el Aula Digital que posee la escuela para realizar diversas actividades y seguir asombrándonos y maravillándonos. Pero también usamos con frecuencia los recursos valiosos que nos brindan desde la Biblioteca, cuyos integrantes siempre nos hacen saber las novedades recibidas para ser consultadas y poder utilizarlas luego en el aula.

Mediante un Intercambio cultural propiciado por Rotary Club, un estudiante de 5° año Orientación Ciencias Naturales, viajó en agosto de este año a Canadá para permanecer hasta julio de 2015 en la casa de una familia en la localidad llamada Lasalle, ubicada al sur de dicho país, mientras que un joven estadounidense de St.Paul, cercano a Dallas, se hospedaba en la casa de dicho joven de nuestra ciudad. Usando una vez más la tecnología y las cómodas instalaciones del establecimiento escolar, desde la Dirección, se invitó a la familia de nuestro estudiante para compartir junto con los compañeros del

curso, un emotivo video conferencia aprovechando las bondades de Skype. Fue una enriquecedora Jornada, donde la familia expresó su agradecimiento, ensamblándose una vez más la relación “Escuela-familia-comunidad”.

Con todos los cursos, hemos abordado el Mundial de Fútbol interdisciplinariamente entre diversos Espacios Curriculares demostrando que es muy productivo trabajar en equipo con responsabilidad, dedicación y espíritu de cooperación, habiéndose fortalecido la relación “estudiante-estudiante”, “estudiante-docente” y “docente-docente”, tal como quedó manifestado a su finalización.

Para reforzar la solidaridad, hemos planificado un Proyecto Socio-Comunitario con la Municipalidad de Corral de Bustos-Ifflinger para celebrar el "Día del Niño", realizado el domingo 10/08 en la plaza céntrica. Los estudiantes de 4° año -en el Espacio Curricular “Formación para la Vida y el Trabajo”- colaboraron en las semanas previas y durante el día de los festejos. Y disfrutaron haberse involucrado, alegrándose cuando la Municipalidad les entregó diplomas, en agradecimiento a tal acción solidaria.

Porque considero que “a participar se aprende participando” es que intento siempre alentarlos a hacerlo cada vez que aparezca la oportunidad, no desaprovecharla, incluyéndome, recordando la frase que alguien dijo: “el que no vive para servir, no sirve para vivir”.

Cuando se producen ciertas acciones por parte de los estudiantes que interrumpen el normal desarrollo de las clases, tales como esconderse cartucheras, o molestar de manera infantil no acorde a la edad real, por mencionar sólo algunas, les resalto los hechos históricos que protagonizaron jóvenes de su misma edad tanto en nuestro país como en el mundo, citando ejemplos como la Revolución de Mayo, la Reforma Universitaria de 1918, el Mayo Francés, el Cordobazo, la Primavera de Praga, etc. Aprovecho -de esta manera- la historia para que reflexionen sobre su accionar.

Muchas veces se presentan diversas situaciones no deseadas, pero estoy convencida de que debemos resolverlas con diálogo, madurez, coherencia, respeto y tolerancia, comprendiendo y escuchando al joven y, sobre todas las cosas, acompañándolo y reflexionando juntos.

Agradezco al Equipo Directivo y demás integrantes de la comunidad educativa por la gestión y el acompañamiento permanente que posibilita que, entre todos, “sigamos construyendo la escuela que anhelamos” y podamos sentirla siempre “nuestra escuela”.

Quienes abrazamos esta apasionante vocación, debemos asumir el compromiso de reinventarnos cada día para que la escuela sea el lugar donde logremos “permanecer”, cumpliendo cada uno con las obligaciones correspondientes, tejiendo lazos que sean lo suficientemente sólidos como para ahuyentar todo intento de abandono y de deserción, fortaleciendo el sentimiento de “pertenencia y amor” hacia el lugar que nos cobija durante un período tan importante en nuestras vidas.

AMO LA DOCENCIA PUES ES LA PROFESIÓN QUE ELEGÍ, NO CON
UTOPIÁS, SINO CON SUEÑOS POSIBLES DE REALIZAR...



La Legislatura en manos de los alumnos

Vanessa Gonzalez

Antes de comenzar con el relato propiamente dicho, sería prudente que me presentara. Mi nombre es Vanessa Gonzalez, tengo 30 años de edad y desde hace dos años descubrí mi vocación: la docencia. Y se preguntarán ¿por qué llevó su tiempo darme cuenta de que esta profesión era la indicada y aquella que quería seguir durante muchos años?, la respuesta es más o menos así: porque justamente mi profesión primera fue la abogacía, que me daba muchas satisfacciones a nivel económico, pero ninguna a nivel emocional. Y es sabido que -cuando alguien prioriza lo material por sobre lo espiritual- termina teniendo una vida sin sentido y, por ende, se aburre de sí mismo, olvidando quién era o quién deseaba ser realmente.

Es por ello que decidí el cambio. Por esas cosas del destino, mi suegra, que actualmente me guía desde el cielo, me sugirió la docencia como un posible camino. A través de su experiencia y sus relatos de vivencias como docente me interesé y, como lectora fanática, también consideré seguir estudiando. Esto me llevó a convertirme otra vez en estudiante para alcanzar mi profesión actual: Profesora de Lengua y Literatura. Esta carrera terminó de cerrar el capítulo distante y vacío que hasta ese momento tenía mi vida y me otorgó nuevas herramientas que desconocía y que tenían como eje a los estudiantes y el conocimiento, un combo casi perfecto para mí, aunque faltaba todavía lo más difícil: vivir la práctica del aula.

Sin querer dilatar demasiado el relato, trataré de comenzar ya con él, intentando que sea lo más descriptivo posible. Trabajo en dos instituciones ubicadas en la misma calle principal de mi ciudad. Una de ellas es escuela técnica. A ella se referirá mi “día en la escuela secundaria”. El horario de cursada es por la tarde y mis alumnos pertenecen al ciclo de especialización Electromecánica, de sexto año. Se trata de un curso no muy numeroso, 22 alumnos, entre los que predominan mayor cantidad de varones. Desde hacía varios meses estábamos trabajando con un proyecto a nivel provincial denominado “Legislador por un día”, en la materia Ciudadanía y Política, que consistía justamente en formular un proyecto de ley y debatirlo en la legislatura. Nos tocaba viajar con varias instituciones a nivel departamental, por lo que ese día viajamos con chicos de otros colegios.

Ese 23 de octubre de 2014, mi actividad comenzó desde muy temprano aguardando en la Terminal de ómnibus a mis alumnos, para luego viajar durante casi 5 horas a la ciudad de Córdoba capital, donde nos aguardarían

coordinadores del proyecto “Legislador por un día”. Por supuesto que otros colegas viajaban junto a mí, pero se trataba de mi primer viaje como docente a cargo de un curso, y fue todo un desafío a nivel personal y profesional. Los chicos concurrieron al horario estipulado. Dado mi nerviosismo por que todo saliera bien, esa noche había dormido entre poco y nada y- como madre de una nena de casi dos años- puedo dar fe que dentro de mi bolso había de todo, por si pasara algo. Los chicos, asombrados, me dijeron “Profe, nos vamos por un día solamente”, lo cual me dio la pauta de que tenía que dejar de ser tan estructurada.

Retomando, el viaje fue a las 04 de la mañana, en colectivo. Casi la mayor parte de alumnos durmió hasta la llegada a Córdoba y, una vez en la ciudad, nos esperaba la gente de la Legislatura para desayunar. Era tal la alegría de los chicos, que no recuerdo clase en que los haya visto tan felices. Su ámbito de estudio había cambiado, pero no sus ganas de seguir aprendiendo. Una alumna, antes de ingresar al recinto para comenzar la sesión, me dijo que estaba nerviosa, que ella sabía que se trataba de defender su proyecto, pero que temía que los nervios arruinaran su esfuerzo y el de sus compañeros. Ante esta situación le recordé que no olvidara que -ante todo- era una experiencia, que debía disfrutarla y que tratara de sacar el máximo provecho posible. También le dije que era normal que tuviera nervios. Ese día, ella -como muchos de sus compañeros- sería protagonista.

Tal como estaba previsto, inició la sesión previo izamiento de la bandera, colaboró un legislador en la presentación y luego dio paso a tomar los respectivos lugares, siendo mi grupo el bloque mayoritario, al cual correspondía el cargo más alto de la legislatura: la presidencia. En el momento de elegir Presidente, por mi cabeza pasaron muchas cosas, no quería que nadie se sintiera obligado, pero tampoco quería que la persona encargada de semejante responsabilidad-a pesar de tratarse de un simulacro- no contara con las ganas necesarias. Finalmente tomé una decisión, previo acuerdo con los demás chicos, y hasta el día de hoy concuerdo en que fue la mejor elección. El elegido subió hacia la banca de presidente, saludó respetuosamente y luego comenzó la sesión. Al verlo dar la palabra al resto de los legisladores sentí que me llenaba de orgullo. Era **su** lugar. La soltura y el manejo que realizó fue tal, que autoridades presentes me felicitaron, a lo que contesté: yo solo fui su guía, es a ellos a quienes debemos felicitar.

Iniciado el debate, tocó analizar nuestro proyecto de ley, que tenía como nombre “Maltrato animal en la educación”. Muchos de mis alumnos habían elegido ese tema justamente para dar voz a aquellos que no la tienen. Y

realmente, si los animales y mascotas pudieran expresar opinión, estarían felices de haber sido representados por estos chicos. Defendieron a capa y espada sus ideales, no tuvieron miedo -tal vez el miedo, a veces, es nuestro cuando esperamos de ellos algo puntual-. Debo decir que ese día ellos me enseñaron a mí, a debatir pero con fundamento, a ser honestos, respetuosos de las opiniones ajenas, a soñar con un mundo un poco menos violento.

Verlos debatir me ponía la piel de gallina. Durante los ensayos en clase había ciertos alumnos que siempre debatían, pero también habían viajado chicos muy tímidos, algunos de ellos con problemas graves que traen desde su casa, desde ausencia de acompañamiento de sus padres hasta violencia familiar. Era algo que no podía olvidar. Pero ese microclima limó todas las asperezas y, por momentos, todos fueron iguales, defendiendo un mismo ideal. No olvidaré más esas caras. No importa cuántas horas demandó el viaje. La simple recompensa de ver en varios rostros la mirada de alegría, de esperanza, de afecto, fue suficiente para darme cuenta de que parte de mí quedó en ellos, en su corazón. Tal vez algunos consideren utópico que acciones como estas reviertan otros problemas, pero para mí es un avance, un granito de arena que viene de la mano de la educación y de los que educamos.

Tengo recuerdos innumerables de ese día: desde esa alumna que antes de ingresar me dijo "*tengo nervios*", y a la que luego vería levantar la mano, decir lo que sentía, expresarse tan pausadamente... Esas cosas emocionan, porque -repito- son pequeñas cosas que a una docente como yo, tan simple, la llenan de ganas de seguir apostando. A quienes no creen que estos chicos son el cambio, yo les digo que para mí son -junto con mi familia- el motor que hace que todos los días ponga mi despertador y -en vez de enojarme y tirarlo al suelo- lo apague (aún antes de que suene) y con una sonrisa de complicidad suba a mi bicicleta y llegue feliz al colegio: mi lugar.

Bullicios intermitentes, manotazos tirados al aire, corridas interrumpidas por el paso de algún preceptor, simulacro de peleas sin razones valederas en un recreo verdaderamente complicado.

Son continuas las miradas de Marcos, Pedro, Lucas y Mariana, los preceptores, hacia un reloj que parece cada vez más lento y que les sonríe con burla, poniéndose a favor de los revoltosos adolescentes que quieren prolongar su disfrute bajo un caluroso patio techado.

Son chicos de pueblo, no hay tantos problemas, tienen cierta inocencia mezclada con picardía que traen de la calle, esa calle que todavía pueden disfrutar con total libertad.

Mi escuela es un colegio es un colegio de doscientos sesenta almas deseosas de saber, de absorber, de disfrutar, de soñar y es también -para algunos- la oportunidad de poder salir de sus casas en donde viven vaya a saber qué dramas.

Adriana, nerviosa y atenta, como toda nueva directora, pasea por las aulas vigilando a los rezagados, a los indecisos por salir, a los que prefieren la soledad, a los estudiosos que quieren dar el último “repasito” antes de que toque el timbre.

En la sala de Profesoras se encuentran ellas, tratando de tomarse un cafecito o un mate, charlando de objetivos, comportamientos, aprendizajes, resultados de evaluaciones y pensando en cómo recuperar a los irrecuperables de siempre.

Los de sexto, ya con un pie en la universidad, miran con algo de aplomo y algún dejo de superación y soberbia a los más pequeños, pensando en lo rápido que pasó el tiempo, que ya están terminando las clases y que van a poder cumplir el tan ansiado objetivo de irse a Bariloche.

En un rincón está ella, tímida, recelosa, paciente observadora. Analiza su nueva situación. Su mirada está perdida, ve a algunos como payasos haciendo muecas a aquellos mayores como leones enjaulados, a los que solía tener cerca de la casilla rodante donde dormía, cuando era pequeña, cuando las leyes aún lo permitían a los que se arrojan papelitos como malabaristas en práctica a los contorsionistas tratando de escapar de alguna cachetada voladora, a la profe de Lengua, como equilibrista con sus tacos nuevos.

El patio, la carpa los pupitres, las butacas...

Con el toque del timbre, COMIENZA LA FUNCIÓN.

Pasa Luciano, de 3° “A”, que le comenta a su mejor amigo Isaías:

-Está buena la del circo, ¿la viste? Es ésa que está parada allá en aquel rincón del patio. Isaías, concentrado en el bizcocho que se está comiendo, la mira y hace un gesto, una mueca de posible asentimiento como para que el Luci no se sienta tan mal con lo que acababa de afirmar.

Pasan las profes frente a la niña y siempre los mismos comentarios: “Otra vez una chica de un circo, poooobre”, “el desarraigo que deben sufrir”, “qué vida errante”, “qué nota le vamos a poner, si se va enseguida”, “nunca llegamos ni a conocerlos a estos chicos”...

Ella se llama Cristina María. Lleva ese nombre que significa mucho en la historia del circo, aunque pocos lo sepan. Muy pocos han escuchado hablar de Cristina María del Pino Segura, una de las mejores representantes de lo que la palabra “circo” entraña, que trabajó muy duro siempre y obtuvo varios premios -el más importante el Premio Internacional en 1960, el Oscar del Trapecio, sin red-.

No se dan cuenta de que el circo es todo en su vida, que lleva en sí el histrionismo, que -de un soplido- el tragafuegos espanta todas sus penas y sale eufórica al escenario.

-Viste, me parece que me miró así como... como...como que diferente ¿viste? -dice con aplomo, Luciano.

-Bah, tás loco. Para mí no pasa nada, mira...qué te puedo decir...ella mira igual que cualquier otra.

Muchas miradas van y vienen durante toda una semana, hasta pueden percibirse fuertes latidos, pero... las golondrinas emprenden siempre su vuelo, deben seguir a la bandada en busca de nuevo público, de nuevas caras, de nuevas miradas.

La secretaria, apurada, trata, con su mejor cara y ante el típico “¿Ya se va?” de cada profe, de pedirles alguna notita, algún “datito”, para poder completar el cuaderno de esta pobre chica que emprende un nuevo viaje hacia pueblos vecinos.

Luciano no entiende la situación, busca explicaciones y no las encuentra, espera un milagro.

Luciano no se cansa de mirar, una y mil veces hacia el rincón donde ella siempre está sumida en su soledad llena de pensamientos circenses.

Luciano no se cansa de esperar...
No se cansa de esperar...



Paula Jimena García Veritá

Amanece sobre la ciudad, el olor a tostadas y a café con leche inunda el espacio... Los pájaros juegan sobre los tiernos brotes de las ramas y la Escuela Centenaria abre sus puertas para que los alumnos, sujetos creativos de este espacio público, accedan a las aulas.

Las aulas, lugares donde trasciende el espíritu innovador las aulas, cajas de herramientas para miles de jóvenes, sujetos que contruidos por la pluma de la escritura y el abanico de potencialidades que el docente brinda, y que abren todos los días las innumerables puertas del conocimiento.

Hoy, en cambio, es un día especial. A la vorágine cotidiana de los que llegan sobre la hora -en algunos casos, dormidos y, en otros, tan despiertos que pareciera que la noche no llegó nunca a su mundo-, hay un grupo: los contendientes de un debate, que expresa al máximo la lógica de la participación en la escuela.

Hoy es la presentación, por ciclos, de las listas que aspiran a representar a sus compañeros como unidad ejecutora del Centro de Estudiantes. Son ellos los que han llenado la escuela de vida. Hoy se respira política se presiente el conflicto como base de la negociación se inhala la vida misma de una sociedad que potencia a sus jóvenes, a pesar de que todavía perduran los recuerdos nefastos de la última dictadura.

Hoy, en esta escuela, los alumnos tienen la posibilidad de debatir enérgicamente, de expresarse con claridad sobre cuál es la escuela que desean, cuáles son sus propias necesidades, y cuáles sus objetivos. Durante los años de plomo, la posibilidad del disenso, del debate y de la escucha, de la tolerancia y la palabra estaban coartadas.

Pero hoy el tiempo reluce magnánimo en las caras de quienes, por primera vez, participarán de una elección del centro en la cara de los que vienen a hacer “el aguante” por sus compañeros de curso de los que sueñan con una sociedad más justa y equitativa.

Primero, un balance de la gestión anterior, la mirada atenta y la escucha de los que saben que deben rendir cuentas a su soberano. Después, el debate de ideas.

Los profesores miran, en algunos casos desconcertados y tal vez algo miedosos de esa fuerza que emerge cuando se abre el camino de la participación.

Hacernos cargo de la cosa pública nos garantizará que en el futuro nuestras sociedades sean más solidarias, equitativas y justas.

Así las cosas, en el patio de la escuela centenaria, a la sombra de sus grandes ventanales, la adrenalina de la pregunta genera un especie de vacío, el mismo que hace cosquillas al aventurar un objetivo, o al defender una idea.

¿Será que, en la lógica de la adolescencia, la defensa de ideas se vuelve un hecho próximo y posible? ¿Será que los adultos no entendemos la política como la búsqueda del bien común? ¿Será que nuestra propia trayectoria personal nos vuelve escépticos cuando se habla de cambiar las cosas?

En este mundo de sueños, de objetivos por cumplir, la fuerza de los jóvenes es crucial: el debate termina con un aplauso ensordecedor, y la mirada atónita de los docentes.

Sin embargo, en esta escuela formadora histórica de docentes, –como en otros sitios–, aún persiste un prejuicio. Aún da miedo que el espacio público sea compartido. Tal vez tengamos que escuchar más a los jóvenes, nuestros alumnos, alma y sentido de una institución que promueve igualdad y respeto por los derechos humanos, con memoria y con presente.

Toda termina. El bullicio va dejando el silencio de los patios y la Escuela se acomoda a la quietud del “nido vacío”. Lentamente se van apagando los sucesivos “¡Hasta mañana!”.



Un día en mi escuela

María Fernanda Juares

Al llegar -a las 7 de la mañana, como casi todos los días- encuentro a algunos estudiantes que esperan que se abran las puertas para poder ingresar y utilizar las notebook hasta que se hagan las 7:20, horario de ingreso a las clases. Poco después llega el colectivo urbano del que descendo muchos estudiantes y algunos profesores que llegan de diversos barrios, después las motos y algunos autos se detienen en la avenida para dejar a los chicos que viven cerca, pero que no tienen transporte directo al colegio. Una abuela y un grupo de madres se sientan en el banco del hall esperando que toque el timbre y que se formen las filas para izar la bandera. Los docentes llegan varios minutos antes para compartir unos mates en la sala de profesores y charlar sobre diversos temas que siempre terminan en consultas sobre la situación de algún estudiante o ideas para realizar proyectos. Al llegar la secretaria, preceptores y personal administrativo empiezan a abrir puertas, a prender las computadoras y van cobrando vida los diferentes espacios de la escuela. Los chicos forman al toque de timbre ya una de las profes puso la bandera en el mástil del patio y -de acuerdo con el clima- salen al patio o se quedan en el hall. El preceptor que está en la puerta de ingreso apura a los que se retrasaron y las mamás y la abuela se retiran. Al izar la bandera y saludar les recuerdo la importancia de la limpieza de los cursos y de prestar atención en clase. De acuerdo con la ocasión, la vicedirectora los invita a alguna jornada deportiva o cultural, y pasan a los cursos. En el transcurso de la mañana, algún papá busca a la directora, la vice o a la profesora Laura (coordinadora de curso), para expresar alguna una duda, conversar sobre la conducta de su hijo o tratar una problemática escolar o familiar.

En los recreos, los chicos de 6° o de 5° (depende del día) arman su quiosco en el hall con expectativa de vender “bien” para juntar dinero para el viaje a Chapadmalal o la compra de la remera de egresado para el año que viene. La mañana transcurre tranquila. Algunos de 1° gritan en el SUM, porque están jugando al football ya que tienen hora libre otros llegan a educación física antes y se sientan en el piso del pasillo porque hay wifi un grupo de niñas ensaya una coreografía en la biblioteca para el CAJ y yo pido un poco de silencio porque no escucho lo que me está diciendo una mamá sobre una situación familiar que están pasando. En algunos recreos u hora sándwich, algunos profesores me llevan unos mates a la dirección y compartimos inquietudes sobre algún estudiante, un grupo o la fecha más adecuada poder llevar a la práctica algún proyecto o salida educativa.

Al terminar el turno mañana (1°, 2° y 3°) todos se dirigen al comedor. Raquel los espera con la comida y algunos consejos. Al ingresar, los más grandes del turno tarde, la vice y la preceptora tratan de que formen en el hall para saludarlos. Después del ritual, algunos de 6° van a la sala de informática los de arte van con su profesora al taller de Arte al fondo del pasillo, renegando porque se olvidaron de algún material para la clase del día otros pasan al curso y algunos se quedan en el SUM para terminar con la grabación del trabajo práctico para Producción Audiovisual. La tarde transcurre tranquila mientras paso por los cursos recordando alguna novedad y reiterando el uso de la remera blanca hasta tanto tengamos aprobada la resolución con el nombre "Ernesto Sábato". Las preceptoras consultan sobre si falta algún profesor o cuándo es la próxima salida de los de 6°. Los recreos de la tarde son más "complicados", porque los jóvenes plantean lo injusto de la normativa de no fumar dentro del establecimiento, el uso del uniforme y la prohibición de usar gorra dentro del colegio. Al tocar el timbre de ingreso también debemos recordar a los profesores que ingresen al curso porque sus estudiantes los están esperando. También solemos recibir la visita de egresados que consultan sobre las fechas de exámenes para poder terminar el nivel secundario o preguntan por algunas de las tutoras del PMI ya que necesitan prepararse para rendir. Algún estudiante pregunta por *Fernanda* (la directora) para plantear algún problema con algún profesor, solicitar permiso para organizar un evento o buscar consejo. Unos profesores de arte aprovechan una hora libre para pintar la pared de la sala con los chicos de 4° Arte. Algún chico de 5° Informática pide los programas de 1° a 6° para terminar de armar el Blog del colegio y -de paso- piden prestado el mate de la sala de profes y también la yerba porque están en hora libre.

Pero, a veces, hay tardes que no son *tan tranquilas*. Son esas tardes en que sentimos -junto con los preceptores y algunos tutores- que nos *atropella* la realidad: una pelea entre las chicas, amenazas de un varón a otro, robo de celulares en un curso, padres desesperados porque encontraron a su hijo fumando un porro y nos piden consejo o estudiantes que -de repente- se *descomponen* en hora de clases y hay pedir urgentemente una ambulancia.

Es en esos momentos cuando, como cuerpo docente y directivo nos proponemos hacernos cargo de que la escuela que creíamos conocer y en la cual nos formamos durante tantos años ya no existe, y de que estamos trabajando para que esta nueva escuela sea cada vez mejor.



El presente relato corresponde al primer día de una de las etapas de un proyecto tecnológico, cuyo tema principal es Proceso Tecnológico.

En la clase anterior, he entregado la guía de actividades y coordinamos procedimientos para trabajar en este Proyecto Tecnológico de un Proceso de Construcción. Para desarrollar esta actividad deben seguirse diferentes pasos, como diseño, diagramación, resistencia de materiales, distribución de tareas, etc. con el fin de construir la estructura de una torre, con cincuenta sorbetes y alfileres. Dicha torre debe soportar el peso de una lata de gaseosa llena.

Debido a las características de los dos grupos, para esta actividad publiqué -en el grupo cerrado de Facebook- unos videos de consulta sobre los procedimientos a seguir en el desarrollo de dicho proyecto.

Hoy es miércoles y mis clases comienzan a las 7:45 con módulos completos en tercer año divisiones “A” y “B. Ambos grupos son heterogéneos y numerosos. Se caracterizan por ser dispersos, bulliciosos y generadores permanentes de situaciones de distracción. Generalmente les cuesta escuchar al docente.

Al entrar al aula de tercer año div. “A”, algunos están todavía con trabajos del área de Inglés, y comienzan a preguntar por los materiales que van a usar. Yo me quedo parada en silencio frente al escritorio para saludarnos. Después de la Jornada Provincial se acordó que -para mí- era muy significativo el saludo, como muestra de mutuo respeto. Ese día muchos de los alumnos manifestaron su desacuerdo con respecto la posición de pie junto al banco para saludar. No le encontraban sentido ya que ellos decían *buenos días*, de todos modos. Pese al bullicio y las manifestaciones de descontento, nos saludamos.

Tres alumnos se acercan al escritorio y me ayudan a repartir el material para cada grupo de trabajo. Es obvio que lo primero que harán es jugar con ellos. Como he observado que los materiales se dañan, pido silencio para hablar sobre la resistencia de dichos materiales, de cómo se debilitan cuando los ajamos, etc. Algunos aportan sus puntos de vista y dan las primeras hipótesis acerca de cómo puede verse afectado el resultado de su trabajo.

Una vez aclarado esto, todos comienzan a trabajar según las pautas ya expuestas. Les pido autorización para filmarlos mientras lo hacen y me la conceden, pero no quieren que tome sus rostros ni les pida hablar en cámara.

El primer grupo al que me acerco está formado por cuatro varones, que han empezado por reforzar los sorbetes con canutos de papel. Me preguntan cómo hacerlo. Les explico que se puede usar papel de revista o diarios, enrollándolo en diagonal para aprovechar mayor superficie de papel luego introducirlos en los sorbetes para darles mayor resistencia. No les resulta fácil, pero entre ellos se ayudan. Dos integrantes del grupo están preocupados acerca de si lograrán o no la construcción (no han consultado en los sitios de internet sugeridos, tampoco han hecho el boceto y han perdido la fotocopia de la guía de actividades).

El segundo grupo planifica el modo en que van a poner la torre sobre la base. Quieren que quede bien centrada. El problema es que la madera está cortada en falsa escuadra, así que me preguntan cómo solucionarlo. Ninguno tiene regla, por lo tanto, tomo una carpeta de tapas duras y con ella trazo las diagonales. Desde allí hago marcar las mismas distancias en cada diagonal para apoyar cada columna de la torre. Mientras Stefania comienza a realizar lo que he explicado, sus otras compañeras trabajan relleno los sorbetes y probando cómo los ensamblarlos para hacerlos más largos. Al mismo tiempo, Nahuel, que pertenece a otro grupo, también tiene dudas sobre cómo se arman las columnas de la torre.

Luego paso a otro grupo. Allí me preguntan por cuáles materiales pueden utilizar, porque sus intenciones son pegar todo con pegamento y no usar alfileres para unir los sorbetes como lo requiere la consigna. A sus dudas, agrego el comentario de que las decisiones deben tomarse entre todos y que las modificaciones deben quedar registradas.

Sigo caminando por el aula y, al acercarme a otro grupo, veo que uno de sus integrantes comienza a realizar el boceto de la torre a construir. Le pregunto la razón y él me responde

-De esta manera podremos calcular cuántos sorbetes utilizaremos y cómo los vamos a colocar. Es uno de los pasos de la consigna.

Al verlos tan seguros, continúo con los otros grupos.

Llego al fondo del aula. Las alumnas de este rincón se caracterizan por ser muy bulliciosas. Están en desacuerdo con la actividad y lo manifiestan abiertamente. Les está dando mucho trabajo. Les sugiero la lectura de la guía, pero ninguna la tiene. Pregunto si han hecho un boceto, croquis o si han consultado en los sitios sugeridos para realizar la tarea. Me responden que no. Entonces, les propongo utilizar las netbook o los celulares y buscar la información necesaria. Una de ellas me pide que le explique cómo hacer los

canutos de papel, porque está renegando mucho para hacerlos. En ese momento reparo en que durante toda la clase ha estado callada, su risa estridente no se ha escuchado ni ha llamado la atención en ningún momento, como suele hacerlo generalmente. No puedo evitar una sonrisa. Ella enseguida pregunta el motivo.

-Si hubiese sabido que estas tareas te mantenían en silencio, las hubiera puesto en práctica más veces a lo largo del año. -Le digo.

-Claro, a usted le causa gracia, pero yo estoy harta de hacer esto. Usted tiene cada idea, encima se divierte a cuesta mía, yo no tengo paciencia para hacer esto. La paciencia es algo que no conozco.

Se sienta en actitud de descontento. Sus compañeras se sonríen y tratan de que no se propase en sus contestaciones, que siempre le han traído problemas disciplinarios.

Para distender la situación, comento:

- Si querés, yo te doy algo de paciencia, porque en estos dos años todavía no me la has quitado.-Y sonriendo, agregó:

-Protestás tanto que tu cara se va a llenar de arrugas muy joven, esta es una tarea para sentarse y mientras trabajás, podés charlar, escuchar música...

Eso la hace relajarse y cambiar de actitud.

Como es natural en ella, tiene que decir las últimas palabras. Con actitud de protesta comenta:

-No entiendo, ¿Qué vamos a aprender con esto?

Sus compañeras lanzan inmediatamente un: *-"AHHH... no, basta, cállate y seguí trabajando.*

En ese momento me requiere otro alumno. Cuando me dirijo a su banco, suena el timbre que anuncia el recreo. Todos dejan sus cosas sobre el banco y salen del aula. Yo acomodo lo mío en el maletín y dos alumnos guardan sus materiales de trabajo en las mochilas.

Mi jornada no termina aún. Tengo clase en la otra división donde también comenzamos con la construcción de las torres. Entramos al curso, nos saludamos como corresponde. Reparto el material y la alumna que se sienta al lado del escritorio ofrece su ayuda para repartir. Muy pocos se muestran interesados por la actividad, su mayor preocupación está centrada en la evaluación de Geografía, así que se agrupan como para trabajar, pero con sus carpetas de la otra materia. De buenas maneras, les hago saber que eso no es

apropiado y que tampoco quiero interpretarlo como una falta de respeto, por lo tanto les hago guardar todo para trabajar en mi materia.

Algunos alumnos me dicen: *-Bueno, no se enoje. Pero ¿nos da los últimos minutos de la hora para repasar?*

Todos hablan y -cuando me acerco a los grupos, toman los sorbetes y me preguntan cómo deben realizar la tarea. Basta con retirarme dos pasos para que sigan con sus preocupaciones (la evaluación de Geografía).

El grupo de varones del fondo del aula, cuando me acerco, abren la ventana de internet y se hacen los que buscaban información para hacer la tarea. En realidad, yo sé que están jugando al counter strike.

Continúo recorriendo el aula y veo que otro grupo ha comenzado a trabajar con los sorbetes, pero -sobre el banco- están los apuntes de Geografía. Cuando me acerco, hago el siguiente comentario:

-Bueno, acabo de enterarme de que doy clases de Geografía, pensé que era Educación Tecnológica.

-Dale profe, mientras llenamos los sorbetes, vamos estudiando. -Responden.

Una de ellas hace un comentario acerca de un marcador que le han sacado sin permiso de su cartuchera. Yo pregunto quién ha sido, para que se lo devuelvan. Doy por terminada la conversación y les pido que se dediquen a las actividades de mi área.

Sigo el recorrido y me detengo en el siguiente grupo que está planificando cómo van a realizar el trabajo. Una alumna del grupo está investigando en su netbook el nuevo sistema operativo de Huayra y-si bien me gusta que manejen todas las aplicaciones de los recursos informáticos- la tarea de esta etapa es para desarrollar, reconocer otras habilidades que ellos poseen es por eso que le pido que colabore con las tareas de sus compañeras de grupo.

Ella me responde: *-Yo no soy buena para las actividades prácticas y por eso me ofrecí a hacer la presentación o el power point.*

De todas maneras le sugiero que intente realizar estas tareas. En ese momento me llama otro grupo de alumnos porque -al planificar el desarrollo de las tareas- no están de acuerdo en cómo deben disponer los sorbetes para llegar a la altura solicitada en la consigna. Me detengo y me doy cuenta de que es el único grupo de trabajo que está realizando las tareas con total seriedad y responsabilidad, y demuestra interés por la propuesta. Mientras hablo con ellos advierto las risas del fondo del aula, dirijo mi mirada hacia ellos: están

midiendo sus alturas con el centímetro, por lo tanto, no están trabajando. Me acerco porque no saben usar el centímetro y les cuesta sumar las medidas que toman, por eso me intereso en cómo solucionan el problema. Algunos sugieren sumar 1,50 cm más 17 cm, otros dicen que se suman 0,17cm. Todos llegan al resultado de 1,67 cm porque están midiendo con un centímetro y por eso debe expresarse la cifra en centímetros, pero el procedimiento para resolver la operación resulta una sorpresa porque la discusión es sobre cómo se acomodan los números decimales.

La hora ya ha terminado, salen al recreo y dejan el aula en desorden y sin guardar los materiales, a excepción de tres alumnos que, cuidadosamente, ordenan y guardan todo. Hay una demostración de gran disconformidad con esta actividad en este curso, en su mayoría expresan que no les gustan estos trabajos, no se consideran con habilidades para actividades prácticas y aducen que a ellos les gustan los trabajos teóricos o con el uso de las netbook.

Esto no responde a mis expectativas. No estoy conforme y presiento que tendré que presionarlos para llevar a cabo el proyecto.

Regreso a casa inquieta por revisar las imágenes de las filmaciones. Siempre registro imágenes cuando realizo estos proyectos. Comparando un curso con otro, reparo en que, en la división "A", registré 17 minutos de imágenes en las que conversaban y realizaban sus tareas, y en la división "B", 7 minutos solamente.

Tengo muchas preguntas sin respuestas. En primer lugar, tengo que analizar mi práctica (en cuanto a la selección de las actividades). Debo buscar un sentido al comportamiento de los alumnos que, a pesar de tener la edad y los intereses en común, responden de maneras diferentes a una misma actividad. En los cinco años que llevo desempeñándome como docente de Educación Tecnológica, es la primera vez que un grupo de alumnos no se interesa por un proyecto, al menos de esta característica. Debo detenerme sobre esto y reflexionar.



Y otra vez no llovió. Fue lo primero que pensé cuando recobré la consciencia y me di cuenta de que lo que sonaba no era el teléfono para anunciarme que era la flamante ganadora de un millón de dólares sino mi despertador recordándome que eran las 6 de la mañana y que tenía que comenzar el día laboral. No convencida de que el pronóstico otra vez se hubiera equivocado y pensando que quizás con mi cansancio no había escuchado las gotas de lluvia, abrí mi ventana esperando ver el barro en el patio que me indicaría que no iba a haber clases. Mi escuela se encuentra en el medio del campo, literalmente, 10 kilómetros de tierra la separan de la ciudad más cercana. Y no es que me guste que los alumnos pierdan clases por cuestiones climáticas, pero un día cada tanto, sin tener que levantarme a las 6 de la mañana, me da energía y hace que tenga más tiempo para preparar clases y -sobre todo- para corregir, actividad que odio con todo mi corazón. Es lo único que no me gusta de mi profesión y lo digo yo, que soy profesora de Lengua y me paso los días corrigiendo, si no son trabajos de los alumnos, son ponencias de mis colegas, cartas que elevan mis directivos, la tesis de mi hermana o lo que sea, porque -aunque no me guste- lo tengo incorporado y a veces me descubro corrigiendo el semanario de la zona o diciendo que un titular del noticiero de la noche tiene un error, mañas del oficio.

Pero, volviendo a la ventana, la abrí con esperanza y la cerré con desilusión, no había llovido, al contrario, la tierra estaba partida y parecía reclamar agua. Resignada comencé a vestirme y en eso recordé que era miércoles, me gusta el miércoles, es el día que tengo un módulo completo en la primera hora con sexto año, amo el sexto año. Siempre es el mejor curso de la escuela. Es como si los chicos que saben que están terminando una de las etapas más divertidas de sus vidas, se dan cuenta y comienzan a actuar de una manera diferente ya tienen incorporada la premisa fundamental de mi materia: si no leen no aprueban.

Además, han desarrollado un espíritu crítico y tienen la capacidad de analizar textos literarios y relacionarlos con la actualidad. Se arman discusiones interesantes que me hacen pensar que tan mal no hemos hecho nuestro trabajo en la escuela, ya están preparados para lo que sigue en su vida adulta. Sin contar que a veces los dejo tomar mate y pueden hacerlo sin pelearse, compartiendo entre todos y, lo que es más importante, sin desparramar yerba por toda el aula, lo que muestra que ya no son unos niños.

Recordé que para el día de hoy habíamos pautado el debate sobre el final de la novela *Las tierras Blancas*, de Manauta. Eso me entusiasmó y terminé de

vestirme con prisa. Es la primera vez que trabajo ese texto en el aula, hace poco que el Diseño Curricular de la provincia ha incorporado la Literatura Entrerriana en la educación secundaria, lo que me parece perfecto. El problema es que quienes nos hemos formado en la Universidad no tuvimos esos contenidos en el profesorado, pero si las herramientas para abordar cualquier texto. La carencia de esta área hace que se nos dificulte la selección de un corpus concreto. Esta novela me fue recomendada por una amiga y colega, y no sé si fue por la pasión que ella puso al hablarme de Manauta o porque que la novela es hermosa, la cuestión es que me conquistó enseguida y me dije *en algún momento voy a darla en el secundario*. No es fácil de leer, tiene múltiples perspectivas, relatos, y un final extremadamente cruel. Pero sabía que este grupo concreto de alumnos estaba preparado para poder abordar esta obra y estoy segura de que no me equivoqué.

Sabía que para los chicos, este texto no había sido uno más. Daiana, que es la más pasional del grupo, ya me había puesto sus quejas al leer que Odiseo, el niño pobre de la novela de Manauta, moría al final. Me lo había dicho en un mensaje privado de Facebook. En esta escuela, para recuperar los días que se pierden por la lluvia, hemos creado grupos en esta red social y la realidad es que nos ha dado buenos resultados: los alumnos hacen consultas, los docentes pasan actividades y los padres se enteran de las fechas de las evaluaciones programadas, como de las notas de sus hijos. Por eso no me sorprendió el mensaje de Daiu (así se hace llamar en el face) donde me decía que odió el final y que me odió a mí también por habérselo hecho leer.

Desayuné, como siempre, revisando los mail y las novedades del face. Ahí vi que Vero, que es un poco más tímida, también había dejado ayer un mensaje en su muro que me demostraba que el libro había provocado en ella sus efectos, decía algo así como *Leyendo el final de Las tierras blancas...* y un emoticón llorando.

Salí, como siempre, 20 minutos antes del horario de entrada en clase, el camino que tengo que recorrer es poco, soy la docente que más cerca vive de la escuela, sin embargo, el camino de tierra está feo y hay mucha polvareda que lo vuelve peligroso, por eso tengo que ir muy despacio. Sin embargo, es mi momento de relajación en el que pongo música y dejo volar mi mente mientras escucho a calle 13, Vicentico, Callejeros, Sabina, entre otros. Aunque mis estudiantes están convencidos de que solo escucho Arjona y por no desilusionarlos los he mantenido en esa idea. La profe de Lengua nunca puede ser divertida.

Camino a la escuela me encontré con una de las combis que lleva alumnos, que -para variar- no me dejó pasar y tuve que ir todo el tiempo detrás tragándome su tierra. Si bien la nuestra es una comunidad rural muy pequeña,

la escuela secundaria tiene una matrícula que supera los 100 chicos y eso se debe a que recibe estudiantes que vienen de otras localidades por diferentes motivos, desde pases “sugeridos” por problemas de disciplina, hasta gurises tímidos que no se adaptan a las grandes escuelas, pasando por hiperactivos y alumnos con déficit de atención. Para algunos, es una escuela problemática. A mí me gusta pensar que es una escuela de segundas oportunidades. Los adolescentes, más que cualquier otro ser humano, merecen segundas oportunidades y en nuestra escuela solemos dárselas. Muchos chicos que han fracasado en otros establecimientos, encuentran en esta la contención y la atención que necesitan.

Llego a la escuela y algunos de mis alumnos ya están en el patio jugando a la pelota. ¿Cómo pueden tener tanta energía a las 8 menos 20 de la mañana? ¿Quién pudiera tener 15 años otra vez? No alcanzo a llegar que ya los escucho decir “¿Cómo anda, señora?” “¡Foool! ¿Para qué vino?” “¿Corrigió los exámenes? ¿Qué me saqué?”. Es esa energía y esa espontaneidad las que me hacen elegir cada día trabajar en la escuela secundaria, tan cuestionada, tan criticada pero tan necesaria y tan apasionante. Cuando doy clases en la facultad sé que los alumnos han elegido esa carrera, que les gusta la literatura y así y todo a veces siento que les hablo a las paredes, que no consigo apasionarlos con un texto. Pero en la secundaria, cuando -de vez en cuando- un chico viene y me dice “Me re gustó el libro”, o te cuenta que por primera vez en la vida leyó una novela, con los ojos brillosos, sabés que no te miente, como también sabés que no te miente cuando te dicen con bronca que mamá Elena, de *Cómo agua para chocolate*, es mala, así lo sienten porque son genuinos. Y cada vez que veo que alguno de ellos descubre el placer por los textos, me siento satisfecha y me doy cuenta que eso recompensa todo lo complicado que tiene ser docente hoy.

Saludos a mis colegas y cuando toca el timbre salimos a formar, esas costumbres que aún conservamos de las épocas militares, la formación, entonar una marcha y no puede faltar “el reto de cada día” esta vez, la directora les recuerda que tienen que traer el uniforme. El uniforme y los adolescentes ¡qué tema! Podrían realizarse varias investigaciones sobre esa temática y no la agotarían.

Entro al aula, saludo como siempre y recibo la respuesta de los chicos. Esteban otra vez se ha quedado durmiendo en el aula mientras el resto formaba y cuando escucha las voces de sus compañeros comienza a despertar con todos los pelos en los ojos. ¡Cuánto ha hecho renegar a la preceptora por no querer atarse el cabello! El acuerdo de convivencia dice que tienen que traerlo recogido, pero eso no es posible para él, como tampoco es posible venir peinado, la rebeldía siempre se manifiesta en el pelo.

Mientras se despierta, me mira sorprendido, otra vez no se acordó de que para hoy tenía que tener leído el final de la novela, así que se dispone a seguir con lo suyo, es decir a seguir durmiendo.

El resto de los compañeros comienza a hablar, están ansiosos, todos quieren opinar, manifiestan su indignación. No les gustó el final, les parece cruel, desalmado.

Se desordena un poco la clase, eso siempre pasa cuando algo los entusiasma. Les pido que hablen de a uno y respeten a sus compañeros.

Leo culpa a los políticos del final del libro, explica que si Odiseo no fuera pobre no hubiera ido a buscar moneditas y no hubiera recibido el disparo accidental que le quitó la vida. Esteban ya se ha despertado y escucha a sus compañeros atentamente, si hay política, capitalismo e historia en la temática él siempre tiene algo para opinar, aun cuando no leyó el libro.

Daiana sigue enojada conmigo por haberle hecho leer el libro, me dice que ha perdido la inocencia después de este texto, y yo pienso en lo que dice Sartre de que la función del escritor consiste en obrar de modo que nadie pueda ignorar el mundo y que nadie pueda ante el mundo decirse inocente. Manauta, como intelectual comprometido, ha conseguido su objetivo: el hambre, la pobreza y la marginalidad les ha tocado en el corazón a mis estudiantes de sexto año.

Me dicen que no esperaban ese final, yo aprovecho ese comentario para explicarles nuevamente lo del realismo, no podemos esperar una resolución mágica en un texto de este movimiento, yo se los había advertido pero ellos en su momento no lograron comprender por qué se los decía. Ahora sí lo entienden, todo a su momento.

Discutimos varias cuestiones, realmente el texto les ha despertado muchas cosas. Sin embargo noto que Nico casi no opina. Es raro, porque es el mejor alumno del curso. Estoy segura de que leyó el libro y que tiene una opinión formada, así que le pregunto qué piensa. Con sus ojitos celestes un poquito brillosos, este chico -ya casi un hombre que en la vida ha soportado cosas que yo no soportaría-me dice, “¿Por qué se tuvo que morir?” y su pregunta me desarma. Tengo un montón de respuestas para darle, puedo hablar de la literatura comprometida, del denunciismo, de Manauta, de tantas cosas, pero ninguna de las respuestas servirá para nada. Es evidente que el libro le ha pegado en lo más profundo de sus sentimientos, y solo me sale decir “porque la vida es así, hay cosas que no tienen explicación.”

Seguimos hablando, les comento que la literatura no siempre representa cosas agradables, que -a veces- busca que el hombre reflexione sobre problemáticas que nos afectan. Hablo de las diferentes posturas: los que piensan que el arte debe ser por el arte y nada más y la otra, que habla de la función social de la literatura. Me remonto a la disputa entre Florida y Boedo.

Realmente, la clase ha dado para trabajar tantas cosas ha sido uno de esos momentos que me recuerdan por qué elegí ser docente.

En eso golpean la puerta, miro la hora, ya terminó mi módulo y ni cuenta me di. La profe de contabilidad espera afuera para entrar a su clase. Me despido de los chicos diciéndoles que seguiremos al día siguiente.

Salgo del aula con una inmensa alegría, ya no importa si otra vez los de quinto se han puesto de acuerdo para faltar o si los de segundo "A" no entregan el trabajo. Ya no importa que en el último módulo tenga con los de segundo "B", que en lugar de aula tienen una cantina, sin vidrios en la ventana con piso de portland y techo de chapa donde el sol pega con todas sus fuerzas al mediodía. Nada de eso importa, el día está ganado, nadie me sacará la sonrisa de la cara, por eso me digo a mí misma "menos mal que otra vez no llovió".

ESTUDIANTES



Minuto a minuto

Trinidad Fares

Se acerca el fin de semana, ya es viernes por suerte, el día más esperado por la mayoría de los alumnos, y a la vez el más interminable, para mí es difícil levantarse un viernes a las 6:15 am sólo para ir a la escuela.

7 am Todos los integrantes de esta escuela se encuentran junto al mástil, donde ondea la bandera que representa a quienes lucharon por nuestra patria.

Dentro del aula donde es interminable el tiempo, se aprenden muchas cosas, de las que -a lo mejor no nos damos cuenta en el momento, pero todas esas actividades, lecciones, pruebas, que nos hacen hacer los educadores, se ven reflejadas a lo largo del tiempo.

En el primer módulo, tenemos Historia con la profesora Gladys Rosales. Ella nos habla todo el tiempo, realmente sabe mucho porque nos habla de todo lo que pasó en nuestro país y en el mundo como si estuviera contando su propia vida.

Sabe muchísimo, y nos enseña muchísimas cosas. A veces, uno se pregunta “¿para qué me sirve esto?”. Y después, en las noticias, ves algo sobre nuestro país y decís “Yo lo sé a esto, me lo enseñó mi profesora de Historia”. Ahí es cuando te das cuenta de que, con tantas cosas que te hacen hacer, terminás juntando un montón de conocimientos.

Al fin llegó el recreo, lástima que sólo son 10 minutos, durante los que casi todos están en la cantina haciendo fila para comprar, o en la fotocopidora.

Segundo módulo. Tenemos que usar mucho nuestra cabeza hasta saturarla de cálculos. La querida Mechi se nos jubiló, ahora tenemos nueva profesora, se llama Gimena, parece ser buena. Normalmente, en la clase de Matemática no veía la hora para que tocara el timbre nuevamente. Me resulta interminable esa materia. Aprender, aprendo, pero me cuesta un poco, sobre todo hacer cálculos en mi mente, o despejar la famosa “X” por la que cada vez siento más odio.

Después de tanto esperar toca el timbre de nuevo, lástima que ahora son 10 minutos, para ir al baño, sacar fotocopias, en mi caso siempre hago las cosas en el segundo recreo.

Otra vez me vuelvo a ver con Gladys, la profe de Historia. La mayoría de las veces, en este medio módulo, terminamos las actividades que empezamos en el módulo anterior, y ahí es donde nos da miles de actividades para hacer en el fin de semana.

En el próximo medio módulo, con el profe Rubén, cada uno puede expresarse libremente a través de la pintura o esculturas. Este medio módulo es el que más espero en todo el día, además de que me gusta esta materia, me hace acordar que nada más me falta un módulo y me voy a mi casa.

Recreo de 5 minutos, para mí ese tiempo es como salir y entrar del aula, porque nunca llego hacer nada.

No hay hora más interminable que la hora de Inglés, con Miss Marcela Serjoy. No me gusta mucho el Inglés, pero mi mamá siempre me dice que en cualquier carrera universitaria que estudie, tal vez tenga Inglés, así que no me queda otra más que escuchar y... aprender, resolver actividades que tal vez no entienda, pero por lo menos lo intento. Lo bueno de esta profesora es que siempre te está diciendo que vos podés y después te termina saliendo lo que tenés que hacer y te vas contenta a tu casa diciendo cada vez sé hablar mejor Inglés.

En ese momento cuando falta un minuto para irte a tu casa y ya te está rugiendo la panza del hambre, por ahí seguís copiando y toca el timbre y terminás de escribir todo desprolijo con tal de irte de la escuela, casi todos nos matamos para salir de la escuela, pero no para entrar.

Luego cuando uno está en su casa escribiendo un cuento, que justo da la casualidad de que es éste, te sentís honrado de tener esta educación, y hay veces en que no sabemos aprovechar el esfuerzo de todos los que te rodean, tanto profesores, como madres o padres.

Y ahí te das cuenta de que, sin todas esas profesoras que te enseñan, hoy no podríamos estar escribiendo este cuento. Ahora yo digo gracias a todos los educadores por educarnos a nosotros, los jóvenes estudiantes.



El mejor día de todos

Tomás Esteban García

La claridad de un sol amaneciendo se hace presente en tu habitación, los pájaros cantan y las gallinas cacarean. Es lo único que se oye un viernes a las 6:30 de la mañana. Y si hablamos de sonidos, ¿qué cosa más molesta que el ruido del despertador interrumpiendo ese hermoso sueño que soñabas?

Hora de levantarse y empezar un nuevo día, dice la alarma. Con las pilas ya agotadas pero ¿qué mejor motivación para ir a la escuela que sea el último día de la semana?

Ya no hace frío por la mañana, al contrario, el sol pega desde temprano, combinando el calor que irradia con el fresco clima de la madrugada, ¡así sí vale la pena ir a la escuela!

Último día, a un paso del fin de semana, cueste lo que cueste hay que levantarse e ir a nuestra segunda casa. Caras largas y dormidas se ven entrando al aula en esta fresca mañana del último día, algunas con grandes ojeras, otras con interminables bostezos, pero en fin, listas para empezar lo que para muchos es el mejor día de la semana.

¿Qué mejor para un docente, que darle clases bien temprano a un curso revoltoso y charlatán como lo es 5to año? ¡Qué suerte tiene profe Giselle! Todos están literalmente dormidos, aunque hay algunos que realmente lo están, pero no porque sea aburrida la clase. Si bien hay temas que no nos gustan, como en mi caso la Literatura histórica, que apuesto a que a muchos también. Ja ja ja, lo más lindo de esta clase es compartir una buena lectura de un libro, entre todos, o también leer sobre algún tema y debatir y dar cada uno su opinión. Resumiendo, Lengua es una de las materias más tediosas, y a la vez entretenidas e interesantes que se tiene en 5to año. Ni hablar de las carcajadas y de todos los momentos divertidos que pasamos junto a la profesora. ¡Excelente esta clase!

Luego se viene el recreo, hora de izar la bandera, saludar a la directora, despabilarse un poco, aprovechar para lavarse la cara y estirar un poco ese cuerpo fiacoso que todavía sigue dormido.

Una vez que vuelve a sonar el timbre, es hora de regresar al aula, esta vez con una de las materias más lindas y entretenidas de todas: Música. ¿Y qué mejor docente para dar esta cátedra que la queridísima profe Mery? Nada mejor para terminar de despertarnos que el sonido del bombo de la profesora entrando al aula, con una sonrisa de punta a punta y con más energías que los

veintitrés juntos. La pregunta que nos hacemos todos es: ¿Qué desayuna esta mujer antes de venir? ¡Es de locos tener esas pilas a las 8 de la mañana!

Tres golpes en el cuero son suficientes para ordenar en el curso y dar la orden de agarrar el instrumento para comenzar un nuevo día de ensayo. Nos espera una larga hora de trabajo en equipo interpretando los distintos temas que hemos aprendido a lo largo del año. Una larga y tediosa hora, porque son realmente cansadores los ensayos. Pero cualquiera que haya sido alumno de la profe Mery conoce su excelentísima ética de trabajo, realmente digna de admirar por cualquier otro profesor.

Esta hora y veinte a pura acción, combinando la armoniosa melodía de las flautas, que junto a ellas está el de las melódicas, ni hablar del infaltable bombo con más carácter de director que una vara en cualquier filarmónica del mundo, haciéndose presente también los sonidos extras como silbidos, chillidos con la flauta, golpes en los bancos, entre otros.

Luego viene otro receso de 10 minutos. Y al volver a el aula, esta vez le damos lugar a la parte teórica de la materia, 40 minutos de historia de la música que quizás para muchos sea aburrido ya que no es práctico, esta resulta interesante ya que uno aprende los pilares en donde se desarrollaron los géneros musicales que se escuchan actualmente.

Al primer timbre, se viene el cambio de materia, y llegan tres eternos módulos de la materia más aburrida y -por excelencia- interesante de todas, depende de la atención que uno le ponga. Se preguntará por qué decimos esto. Porque Psicología quizás a muchos no les resulte interesante, no sé explicar por qué. Pero a otros les parece interesantísima, porque si dejáramos las pavadas a un lado y prestáramos un poco atención, podríamos ver lo bastante interesante que puede llegar a ser. Porque, ni más ni menos habla sobre lo que nos pasa como seres humanos que somos, lo que somos, lo que hacemos, lo que pensamos, lo que decimos, y analiza cada aspecto de nuestro ser. Por eso decimos que depende de la atención que uno le preste el que resulte una materia aburrida o realmente interesante. En sí, no hay nadie a quién estas últimas 2hs. 15 minutos del último día de la semana no le parezcan una eternidad. La ansiedad del toque de timbre para dar comienzo al fin de semana es infaltable.

Pero aún luego de tocar el timbre, no se puede decir que el "finde" ha comenzado, porque para los alumnos de 4to y 5to les espera una larga tarde de trabajo en pleno campo en los alrededores de la localidad de Tránsito. Dos horas y media, con el calor agobiante y el sol partiéndote la cabeza, de trabajo

en equipo para llevar a cabo las distintas tareas que se realizan en el campo escuela.

Cada uno tiene su opinión y comentario respecto a este contraturno, pero lo que podemos decir entre todos es que es un excelente lugar para aprender miles de cosas nuevas, adquirir nuevos conocimientos, fomentar valores, desarrollar nuevas técnicas y hábitos ya sea en el ámbito laboral/educativo o en cualquier espacio que estemos, en sí, a pesar de que a algunos no nos guste, uno aprende muchas cosas aunque no se dé cuenta, esto a la larga se podrá ver claramente.

Y las palabras más esperadas de este largo y eterno viernes para cualquier alumno de esta escuela, son: "Que tengan un buen fin de semana", por parte del queridísimo, aunque para muchos no, profesor Borda Bossana.

No existen palabras para describir la felicidad y alegría, literalmente, de los alumnos al oír esas palabras, que dan la bienvenida a otro nuevo fin de semana, tan ansiado y esperado como lo son todos para cualquier adolescente que cursa la etapa secundaria.

Este fue un breve resumen de lo que es un día viernes, largo, pesado y quizás para muchos el mejor día de la semana, en mi queridísima escuela.



Una experiencia diferente: viaje a Buenos Aires

Serena Alassia Badino

Partimos para Buenos Aires. Eran las 00:00 hs y estábamos todos muy entusiasmados. Con mis compañeros, luego de ponernos de acuerdo, nos sentamos todos en la parte trasera del segundo piso del colectivo para poder charlar y divertirnos. Salimos aproximadamente a 30 minutos de la hora estimada, comenzamos con sacarnos muchas fotos, luego escuchamos música y compartimos un montón de temas de conversación, y así se hicieron las 02:00 hs de la madrugada, y era hora de dormirse. En poco tiempo (7hs de la mañana) llegaríamos a destino y caminaríamos mucho durante todo el día, así que lo mejor era descansar y tomar energías para que nuestro viaje fuera fantástico y muy activo.

Me levanté en el momento justo en que entramos a la ciudad, y miré por la ventana con los ojos muy pegados de tanto dormir. En ese momento pude contemplar diversas cosas impresionantes que nunca había visto antes, ya que solo cuando era muy pequeña había viajado a Buenos Aires y recordaba muy poco. Vi, por ejemplo, grandes camiones que se dirigían con enormes containers hacia lugares desconocidos, también pude observar el estadio de River (el Monumental) que me llamó demasiado la atención, a pesar de que soy hinchada de Boca. Luego, siguiendo el camino, pasamos innumerables e inmensas fábricas y lo que más alegría me dio fue conocer el obelisco, al que solo había podido contemplar en la televisión.

El chofer estacionó su gran colectivo y nos dejó a la vuelta del Cementerio de Recoleta, ubicado en el barrio del mismo nombre. Nos bajamos todos y el vehículo quedó vacío, luego nos asignaron, a cada alumno, la profe que nos cuidaría. Estábamos divididos en cuatro estudiantes por profesora. A mí me asignaron a Nadia, mi maestra de matemática. Cada vez que salíamos de un lugar deberíamos encontrarnos con ella y así, entre todos, teníamos un buen conteo a fin de que no se perdiera ninguno.

Caminamos hacia la plaza que se ubica frente al cementerio, allí nos sentamos sobre el pasto y en los bancos y desayunamos. Habíamos acordado llevar cada alumno y maestra una torta o masitas para compartir, y por grupo un termo de agua caliente. Yo, el día anterior había preparado una rica torta de chocolate que después compartiría con mis amigas. Una de ellas había llevado el termo de agua caliente. Con ella y los saquitos de mate cocido que le

habíamos encargado a un compañero, y mi azúcar, nos preparamos unos calentitos mate cocidos para acompañar nuestras comidas.

Hasta que se hicieron las 8:30 hs, momento de entrar al reconocido cementerio de Recoleta.

Allí nos dividimos en dos grupos, incluyendo maestras también. A nosotros nos tocó con un señor que nos acompañaría durante todo el recorrido, explicándonos anécdotas y hechos históricos. Al entrar y en el transcurso de la hora y media que estuvimos allí, contemplamos tumbas de reconocidos próceres o personajes históricos como: Eva Duarte de Perón, José Hernández, Roque Sáenz Peña, Remedios Escalada de San Martín, Ricardo Alfonsín, Juan Manuel de Rosas, Bartolomé Mitre, Vicente López y Planes, Domingo Faustino Sarmiento, Cornelio Saavedra, entre otros.

También tuvimos la posibilidad de escuchar anécdotas de algunas personas que fueron sepultadas allí, como por ejemplo, la “La Dama de Blanco”, que murió de un paro cardíaco el día de su cumpleaños, al enterarse que su madre era la amante de su novio como también la del hombre que - dentro de su ataúd- tiene un aparato que construyó, una especie de alarma, para que, en caso de revivir, presionará el botón y lo rescatarán. Parece que comprobó 12 veces que el sistema andaba y así quedó seguro, pero, desde el día de su muerte hasta hoy, la alarma nunca ha sonado.

El paseo fue muy divertido e interesante, tomé aproximadamente 100 fotos de este lugar, pero ya eran las 10:00 de la mañana y deberíamos partir. Al salir, me quedé boquiabierta por la gran cantidad de gente extranjera, de países como Francia, Alemania, Inglaterra, Australia, etc. que entraban al cementerio (Como ya dije, muy reconocido turísticamente, al ser el tercer más grande del mundo) con sus audífonos que traducirían relatos que darían los guías de cada grupo. También pude observar la visita de muchas escuelas de la ciudad. El cementerio estuvo visitado y repleto durante todo el recorrido.

Al salir, muchos de nuestros compañeros prefirieron descansar, pero mis amigas y yo, acompañadas por nuestra profesora, decidimos visitar la Iglesia Nuestra Señora del Pilar, que se encontraba a la par del cementerio.

Cuando ingresamos, pudimos ver estructuras muy bellas y lujosas de santos, como en toda iglesia. En el centro había un gran altar en donde se encontraba la Virgen del Pilar. Luego de varias fotos y observaciones, fuimos

nuevamente a la plaza, donde se encontraban los demás, y nos quedamos un momento para descansar y poder comer algo, así recuperaríamos energías.

Luego de las 10:20 hs. de la mañana decidimos hacer un paseo por Recoleta, primero visitamos Bs. As. Design, donde pudimos observar diferentes locales con elementos sobre el diseño y decoración de hogares. Nos sacamos muchas fotos, como siempre. Lo más divertido fue cuando bajamos y subimos sin parar, todos juntos, en la escalera mecánica.

También, con mis amigas conocimos el Hard Rock de Bs As. Seguimos caminando, ya con el objetivo de salir del lugar cuando nos cruzamos con un mozo, por lo visto, muy torpe, que llevaba platos sucios. El encuentro provocó la caída y ruptura de uno. Pasando en alto eso, me dirigí hacia un gran balcón y, al mirar para abajo, pude observar una gran fuente con agua y muchas plantas.

Ya casi en la salida, pasamos por un restorán que se vestía de Halloween, en él hicimos una pequeña parada, para sacarnos muchas fotos con aquel esqueleto que formaba parte de la decoración.

Salimos a las 11:00 hs., y decidimos descansar debajo de un árbol, y luego de diez minutos ya estábamos fuera del museo “Prohibido no tocar”, en el que teníamos que ingresar a las 11:20 hs.

Cuando el reloj marcó la hora de ingreso, nos dividimos en dos grupos y, por fin, con mucho calor, comenzó el recorrido. Primero pasamos por una gran sala donde realizamos experimentos con electricidad estática, como, por ejemplo, en el primero Julieta, mi compañera, ubicó su mano en una gran esfera de hierro que se movía y logró que sus pelos se levantaran como en los dibujitos animados, entre otros.

Recorrimos luego 5 salas más, la primera fue la sala de sonidos, en ella se encontraban varios experimentos en donde se mostraban las ondas sonoras, como también teníamos la posibilidad de tocar instrumentos. Yo, en esta -como en todas las salas- experimenté todo lo que pude. Luego nos dirigimos a la sala de visualización, siempre y en todas comenzábamos con una gran explicación del guía, que aquí -en esta sala- nos hizo ver varios elementos que producían nuestras ilusiones ópticas, además de varios experimentos que realicé sin ayuda de nadie. Después, en el siguiente recorrido partimos hacia la sala de fuerza en poleas. En ella había gran cantidad de pasatiempos asombrosos, pero el que más me gustó fue el de la silla giratoria que, al abrir manos y piernas, iba de manera lenta, pero -cuando nos convertíamos en una bolita- la silla tomaba gran velocidad. Seguimos con la sección de visualización, pero en ella -a diferencia de la otra- realizamos las actividades con luz o a oscuras. Por último

llegamos a la sala de electricidad, la más divertida para mi gusto, había experiencias, como descargas a nuestro cuerpo, indefensas obvio, o también la posibilidad de construir pequeñas instalaciones eléctricas, entre otras. Así culminó el recorrido que nos permitió que a la una y media de la tarde destináramos nuestro tiempo a ir al parque y comer los sándwiches que habíamos preparado en nuestros hogares. Yo me llevé uno muy rico con milanesa, pero al ser muy grande no logré terminarlo, así que lo guardé en mi mochila para cuando llegara el apetito.

Eran las tres de la tarde, algunos de mis compañeros se compraron helados en el camino de vuelta al colectivo mi amiga Lucía y yo tuvimos que apurarnos, porque -como ya habíamos ido al *Hard Rock* a comprar cosas, con la compañía de una profesora- el tiempo nos resultaba escaso. Nuestros compañeros ya partían y nosotras habíamos llegado un poco tarde, así que corrimos hacia la capilla del Pilar para comprar una estampita de dicha Virgen, importante para mi amiga. Así llegamos al colectivo y nos ubicamos en los mismos lugares que al llegar. Nos dirigimos hacia el barrio Monserrat, donde visitaríamos la Plaza de Mayo, el Cabildo, la Catedral y observaremos la Casa Rosada, la AFIP y el obelisco.

Al entrar en el Cabildo pudimos observar la gran remodelación que ha sufrido. Adentro había elementos históricos, como también varias pantallas que explicaban su historia. Luego nos dirigimos hacia la Catedral. Caminando hacia ese destino nos sorprendimos con mis amigas y mis profesoras al estar pasando por la esquina donde se había firmado el primer capítulo de “Guapas”, pero fue imposible sacarnos fotos ya que había mucho tráfico. Cuando entré a la catedral me sorprendí, es hermosa y muy lujosa. Con mi amiga Lucía comenzamos a sacar fotos a todo, la recorrimos de punta a punta y con ella conocimos a mucha gente extranjera. Cuando tuvimos que partir de allí, nos quedamos un momento afuera del lugar. En ese instante, un grupo de 20 (aproximadamente) extranjeros proveniente de lugares como Inglaterra y Francia se estaban tomando una fotografía, entonces decidí ponerme en la foto, pero no eran personas muy amigables, así que me echaron. Mis compañeros se reían de mí, la gente de afuera me miraba y yo estaba roja de la vergüenza, aunque es una anécdota muy divertida.

Eran las 5 hs. de la tarde, así que teníamos tiempo para visitar el Museo del Bicentenario. En él pude obtener un gran aprendizaje, ya que el museo está dividido en presidencias desde la creación de nuestro país, hasta la actualidad. En cada sección había un video explicativo y varias reliquias históricas como, por ejemplo, la primera constitución, bandera Argentina colgada en Malvinas,

la cinta del presidente Ricardo Alfonsín y muchas cosas más. A mí, la parte del museo que más me gustó fue la de la época de la dictadura, donde me tomé el tiempo necesario para ver todo el video y observar todos los materiales históricos. En este momento, en el mismo lugar que yo, había una joven que hablaba inglés, que también mostraba interés y le sacaba muchas fotografías al lugar.

En el momento de partir tardamos una media hora en subir al colectivo. Cuando ya estábamos todos listos nos dirigimos hacia Puerto Madero. Cuando llegamos, las profesoras nos entregaron alfajores y turrónes para merendar en un gran lugar donde teníamos vista al río, cuando ya habíamos terminado decidimos recorrerlo y así encontramos el gran Museo de la Fragata Sarmiento, que es un gran barco al que ingresamos e investigamos, había grandes espacios con muchos elementos históricos de allí, nos divertimos mucho y conocimos a un Teniente que nos contó que el año próximo navegaría hacia China.

Pasamos por el gran puente de Puerto Madero ya de camino a vuelta, en ese momento mis compañeros y yo estábamos discutiendo con nuestra profesora porque nos habían prometido llevarnos al shopping pero, al final, no fue así. Ellas decidieron no ir porque llegaríamos muy tarde y al otro día estarían muy cansadas. Estábamos muy enojados, pero a pesar de esto nos divertimos igual y en todo momento. Cuando partimos, el chofer nos puso a gran volumen la radio para escuchar el partido del club donde pertenece mi fanatismo, Boca Jrs. Todos muy entusiasmados, camino a Campana, escuchábamos con atención el partido que le daría a Boca el pase a la semifinal, contra Cerro Porteño, cuando -de repente- se escucha un gran GOOOOL DE BOCA, y todos empezamos a festejar y a cantar canciones golpeando las ventanas del colectivo, así pasó todo el partido. Muy contentos porque Boca le había ganado a su contrincante por 4 a 1.

Ya habíamos llegado a Campana, nos bajamos y lo primero que hicimos fue ir al baño, luego nos elegimos una mesa del restorán que se ubicaba al lado del televisor, eran las 9 de la noche y en minutos comenzaría el partido de River. De pronto nos trajeron las bebidas, yo tome una Levite de manzana, acompañadas por grandes platos de supremas con papas fritas, estaba riquísimo, pero mi gran problema fue que tuve que ir a pedir muchas mayonesas porque se me acababan enseguida. El partido de River ya había comenzado, todas las gallinas miraban contentas, pero no se llevaron la misma alegría cuando Estudiantes les empató y teníamos que partir, aunque el partido no estaba terminado. Antes de subirme al colectivo me dirigí hacia el baño y luego rápidamente me fui a comprar un helado de limón a la heladería que

estaba a la par de nuestro lugar de parada. También pasé por una especie de mini kiosco que estaba dentro del restorán y me compré una caja de Sugus confitados. Ya lista para emprender el viaje de vuelta, me senté en mi lugar y muy tranquila tomé mi helado, pero cuando el chofer prendió nuevamente la radio se escuchó GOL DE RIVER y mis compañeros, contentos, destruyeron esa tranquilidad. Cuando terminó el partido, con la victoria para River, comenzamos a escuchar música, a charlar y a pintar de negro los rostros de los que se habían dormido, así hasta que se hicieron las 00:00 hs y, muy cansada, decidí dormir.

Cuando desperté, en el colectivo habían quedado unas pocas personas, todos estaban bajando. Habíamos llegado. Me bajé muy dormida, y luego de varios intentos, me comuniqué con mi papá, que al cabo de cinco minutos me fue a buscar. Cuando llegué a mi casa, me acosté a dormir. Me levanté a las tres de la tarde del día siguiente. Cuando tomé mi celular, tenía muchos mensajes de un grupo de WhatsApp en el que estábamos todos los integrantes del viaje, en ellos decían palabras de agradecimiento y de alegría por ese viaje tan divertido. Hice lo mismo, hasta que llegó mi mamá a mi pieza y comencé a contarle lo estupendo que fue nuestro viaje a Bs As.

OPINION PERSONAL:

Esta experiencia me pareció fascinante, la posibilidad de conocer la ciudad de Buenos Aires de otra manera, no solo como la muestran los noticieros, y de poder aprender de cada sitio que visitamos en ella. Me divertí mucho, creo que la confianza con las maestras se afianzó y que en ningún momento la pasé mal. Me gustaría que todos los años realizáramos, por lo menos, un viaje de este tipo, ya que enriquece nuestros conocimientos y fortalece nuestras ganas de aprender.



Problemas de un adolescente que trata de ser normal

Sebastián Mendoza

Hola, mi nombre es Sebastián Mendoza. Asisto a un colegio de la ciudad entrerriana de Paraná.

Amo a mi ciudad, es hermosa. Su río, sus paisajes y su gente. Pero en realidad no soy paranaense. Nací en un pueblo a 50 km de aquí, llamado Diamante, que tiene no más de 20.000 habitantes. Igual, yo me considero un paranaense y, a mi corta edad de 14 años, ya pienso en mi futuro como político trabajando por la ciudad que más quiero.

Para empezar con esto de ser político, en mi escuela, el año que viene tengo que elegir entre las orientaciones economía o humanidades. Creo que ya sabemos que humanidades es la más conveniente.

Para poder elegir humanidades, tengo que aprobar todas las materias, porque solo eligen los que ya están aprobados y listos para empezar el otro año. Para los que no tengan todas las materias aprobadas, el destino será el encargado de decidir en qué orientación tendrán un cupo libre o buscarán otra institución donde estudiar la orientación que quieran.

Yo, en esta última semana de clases, estoy -además de cansado- un poco preocupado. Esto se debe a la semana de revisión donde se puede sacar la materia que uno tiene al borde y no llevársela a examen. Lo que me tranquiliza un poco es que solo tengo dos materias al borde de la mesa.

MARTES 25 DE NOVIEMBRE: 5 AM

Como todos los días entre semana, a esa hora estaba durmiendo. Y sí, la mayoría de los chicos de mi edad, a las 5 de la mañana, están durmiendo.

Guiu guiu guiu guiu guiú. ¡La alarma!

Por suerte, enseguida alguien la apagó. Bajé rápido las escaleras y, mientras estaba haciéndolo, mis hermanas, que también estaban arriba, se percatan de que ha sonado la alarma.

Al lado del sensor encontramos a mi papá. Él la había apagado.

-Che, papi ¿qué pasó?

-Fui yo. Sin querer abrí la ventana y me olvidé de que estaba puesta la alarma. - Respondió.

-Ok. Bueno, esto me sirvió para despertarme. Me voy a estudiar computación.-Dije.

En ese momento apareció mi mamá, y le comenté lo sucedido. Luego fui al baño, me cambié y me senté en el escritorio a estudiar.

-¡Seba! ¡Seba!- Gritó mi hermana de pronto.

¿Qué sucedía? Me había dormido sobre el escritorio. Metí todo rápido en la mochila y corrí hacia la escalera y directamente a la camioneta.

Cuando llegué a la escuela, no había absolutamente nadie. Todos los bancos vacíos, la luz apagada y las ventanas cerradas. Pero... ¿cómo?, si ya eran las siete menos cinco. Me fijé en el whatsapp, y en el grupo donde estamos todos los del curso y allí cobré conciencia: el mensaje decía “Mañana 8:20, no va el profe de tecnología”. Por estar estudiando, no había tenido tiempo para usar mi celular. Me reí de mí mismo y fui a sentarme en algún sitio.

El tiempo parecía no pasar más. Eran 6:59 y yo ya estaba totalmente aburrido. No tenía nada para hacer y mi celular se había quedado sin internet, por eso no tenía nada para hacer. En eso llega Pedro, nunca antes había hablado con él. Nada más que un ¡hola! o un ¡chau! porque empezó en nuestro curso este mismo año. Pero ahora era hora de hacernos amigos.

Charlamos, nos reímos un rato y descubrí que él también iba a ir a humanidades, sin darnos cuenta, todos habían ido llegando y, de la nada, la profe de computación ya estaba tomando asistencia y todos nuestros compañeros ya se estaban preparando para el examen. En ese examen, yo necesitaba un siete porque había obtenido un cinco en una actividad que hicimos en el aula.

Lamentablemente, me fue muy mal en el examen. Yo estaba re triste después de eso porque, por ese examen, iba a tener que ir a la semana de revisión.

Llegó el recreo, terminó enseguida, empezamos otra clase, pero yo seguía muy mal. Casi ni hablaba. En fin, ese examen me arruinó el día. No lo podía creer, además de lengua y físico-química, me llevaba computación a la semana de revisión.

Todos mis amigos se dieron cuenta y me apoyaron tratando de hacerme reír y cosas de esas. En ese momento, la cabeza me estallaba de dolor y no sabía porque. Tampoco por tan poca cosa me iba a descomponer tanto. Estaba mareado, veía todo borroso... Entonces le pedí al profe de música permiso para ir al baño.

El baño estaba en el segundo piso y la escalera un poco resbaladiza porque el ordenanza recién la había limpiado.

Ya en el baño, me lavé la cara con agua fría y, cuando me miré en el espejo, mi cara estaba extremadamente pálida. Caminé por el pasillo, fui hasta la escalera, primer escalón, segundo escalón y el recuerdo llega solo hasta ahí.

MIERCOLES 26 DE NOVIEMBRE: 14:30

-¡Seba! , ¡Seba! ¡despertate...!

Una luz muy fuerte me impedía ver, pero a duras penas divisaba el rostro de una persona. Era un médico. Entonces me di cuenta de que estaba en el hospital. El doctor se llamaba Carlos y me dijo que me había caído de las escaleras de la escuela y que, desde ese momento, no había vuelto a despertarme.

-Fue una caída de buena y de mala suerte, Seba.

-Te quebraste el brazo izquierdo y dos costillas.-Dijo mi mamá, desde un poco más atrás.

-Pero ¿cómo puede ser de buena suerte, mami?

- Sí, lo que te dije: buena suerte. En el examen de computación sacaste un 7,50, y no sé por qué pensaste que te había ido mal. Además en físico-química te salvaste por la nota áulica. Lo mismo que en lengua. Este lunes estoy en la puerta de la escuela inscribiéndote para cuarto humanidades.

- Esto es una broma ¿no? ¡No lo puedo creer! – Dije.

En ese momento casi se me escapa una lágrima de felicidad. Pero no podía acercar mi brazo a la cara, porque me dolía.

Mi mamá me contó que mis amigos le habían llevado todas mis cosas. La mochila y todo eso. Además, mí preciado celular.

Esta experiencia me sirvió para entender que de los pozos de los que crees que nunca vas a salir, con un poco de ayuda-en mi caso, un mareo- puedes salir con facilidad.

Sin ese mareo, y sin esa caída, mi mamá nunca hubiera ido a hablar con las profes y yo hubiera ido a la semana de revisión y hubiese tenido que volver sin hacer nada, porque ya había aprobado. Seguramente, habría estado mal todo el fin de semana, sin sentido.

Sin más preámbulo, me despido hasta mi próxima historia.



Treinta y seis esclavos cautivos y uniformados

Sabina García y Bazán

Cuando terminé de despertarme estaba subiendo las escaleras. Me hubiera gustado que mi mente hubiese comenzado a funcionar en casa ese día, en mi cama, y haber podido hacer algo que me gustara antes de atravesar esa puerta patéticamente gigante e insípidamente simétrica. Pero lo cierto es que era muy temprano, las siete y quince de la mañana, para salir de mi cama y pretender desarrollar una idea. Por suerte mi superior en ese horario (esclavo del sistema) no cumplía ese día con su deber, puesto que -si lo hubiera hecho- hubiese buscado la forma de obligarme a encontrar otro modo de pensar.

De ser invierno, sufriría mucho más estar encerrada en el cilindro imaginario de medio metro de diámetro y sentada en la sillita igual a treinta y cinco de las otras treinta y seis que tengo a la vista (la distinta es la que usa mi superior, pero esta es igual a la de todos los demás superiores del establecimiento). Por eso me alegra que ya sea primavera y el sol se apure en asomarse, no soportaría mi cilindro sabiendo que afuera hay un espectáculo de colores dignos de un cielo amaneciente.

No tardó en entrar al baúl otro esclavo del sistema para averiguar quiénes estaban ausentes ese día, fingiendo que le importaba cuántas horas de encierro en nuestros respectivos cilindros habremos pasado a lo largo de un año. Sin embargo, no es muy útil la tarea de nombrar uno por uno a los treinta y seis proyectos de esclavos del sistema, porque -si alguno se distrajera pensando en algo que realmente fuera importante, llevaría el ausente lo mismo.

Yo tenía sueño, la noche anterior había dormido muy poco porque necesitaba usar la computadora para terminar un trabajo sobre un tema que no entiendo (porque al superior que me lo pidió, no le dio la gana de explicarnos el tema en alguna de las clases anteriores) y, en mi casa, el único horario en que la computadora está disponible es a la madrugada. Intenté dormir un rato con la cabeza asentada sobre la mesita igual a las otras treinta y seis que tengo a la vista, pero un grito no tardó en despertarme.

Se supone que estaba ahí para aprender de mi superior, quien supuestamente sabe más que yo, sin embargo -desde que lo vi entrar desde mi cilindro (tarde y apurado), hasta el momento de abandonar ese baúl gigante de proyectos de esclavos del sistema, no lo escuché pronunciar más palabras que

saludos falsos que nos dio por compromiso y retos sin sentido hacia nosotros, por cosas que no perjudican a nadie. Si me interesara su materia, esta situación me molestaría, pero solo en estos casos es bueno que a los superiores de mis superiores no les importe lo que nos interesa o querriamos aprender.

Luego sonó el feo chirrido que nos indica que, queramos o no, tenemos que ir al patio. Nunca entendí por qué los superiores de mis superiores se esmeran tanto en obligarnos a ver un pedazo de tela de colores (que alguna vez fueron celestes y blancos) elevarse ruidosamente por un alambre sumamente oxidado. Sin embargo, aunque no quiera, estoy ahí cinco días a la semana, sin oponerme. Estoy segura de que no soy la única a la que le gustaría caminar un poco en vez de estar ahí, pero el resto de los proyectos de esclavos del sistema ni si quiera lo han notado. Estamos cada vez más acostumbrados a recibir órdenes de nuestros superiores que ya casi no recordamos lo que es tener un deseo de algo.

Después de unos minutos fuimos nuevamente a nuestros respectivos cilindros ubicados en los respectivos baúles, y nos sentamos, inmóviles. Yo miré la expresión de satisfacción impuesta que tienen mis pares y me hubiera atrevido a asegurar que yo era la única que estaba pensando en las diez mil cosas más productivas que hubiera podido estar haciendo en ese preciso momento.

Entró la superiora que seguía y se sentó inmóvil en su propio cilindro. Con un grito nos hizo saber que teníamos que entregarle los trabajos (el que me impidió dormir la noche anterior), pero cuando le entregué el mío me dijo que no me lo iba a recibir, le cuestioné por qué, y resulta que había que llevarlo impreso desde la computadora. Volví a mi cilindro, me sentía frustrada. De haber sabido lo que iba a pasar, hubiera dormido un poco más. No tengo ni la más mínima idea de lo que pasó hasta el feo chirrido que sonó. Me pasé el tiempo pensando en que la superiora no sabe qué sabemos y qué no a ella solo le interesa quiénes tienen recursos para imprimir y quiénes no.

Mis pares aprovecharon para escabullirse del baúl, pero yo me conformé con escurrirme de mi cilindro y estirarme para dormir un rato. No me interesó hablar con nadie, he pasado casi todo el año tratando de entablar con mis pares, los proyectos de esclavos del sistema, alguna conversación sobre un tema que me interese, pero es inútil (parecen interesarse más en la vida de los demás que en la belleza de la vida misma y, además, a ninguno le gusta mi forma de ser y se encargan de recordármelo todo el tiempo, de modo violento y agresivo).

Me despertó de nuevo ese chirrido, y me di cuenta de que no había descansado nada.

Todos los inconscientes proyectos de esclavos del sistema nos acomodamos nuevamente en nuestros incómodos cilindros y esperamos que entrara la nueva superiora. Ésta si me cae bien. Lamentablemente, soy la única (todos mis pares prefieren aprobar a aprender). Pero mis compañeros hablaron tanto durante el tiempo restante que la superiora prefirió sentarse en silencio antes que tratar de enseñarnos.

Yo no culpo a mis pares por la mala actitud que tuvieron, no es su obligación estar de acuerdo con todas las profesoras. Además me alegra ver que a través de las charlas expresen algún deseo de algo que no sea acatar las órdenes de las autoridades. Sin embargo parece que la superiora de las superiores sí los culpa, por lo que entró enojada al curso y con un grito intimidante puso “orden” nuevamente. El tiempo restante hasta el último chirrido del día lo pasamos correspondientemente ordenados en nuestros respectivos cilindros y con nuestras patéticas vestimentas (cuya única utilidad es quitarnos todavía más la personalidad y hacer que nos veamos y seamos cada vez más iguales entre nosotros) lo más iguales posibles.

Luego salí apurada de ese lugar horrible, respiré de nuevo esa relativa libertad y supe que por el resto del día podría hacer cosas que me agraden, cosas que me gusten, cosas que me interesen, mis cosas.

Una vez más me recordé a mí misma el motivo por el qué voy a diario a tan terrible lugar, y estoy segura de que ninguno de mis pares se lo ha planteado alguna vez.



Nueve...ocho...siete...seis...cinco...cuatro...tres...dos...uno...cero...

Un nuevo día escolar comienza... ¿Qué me deparará el destino hoy?

Algo así como una hoja en blanco, la oportunidad de llenar páginas con prolijidad o muchos errores.

Completo las páginas con las más bellas intenciones, pinto uno de mis días con los colores más intensos, con tinta indeleble para que no se borren jamás...Para que las lean, las disfruten, las imiten.

13:30- Llegó la hora de ir al colegio, disfrutando el último mordisco de mi manzana, salgo de casa rumbo a mi escuela. Afortunadamente llego a horario, tengo que caminar sólo una cuadra, cien metros que a veces se tornan interminables. Otras, los transito tan raudamente que casi como por arte de magia llego al colegio. Cargo en mi espalda una pesada mochila, mi netbook, mi mente llena de los últimos aprendizajes de matemática y, como elemento infaltable, las reiteradas y poco originales recomendaciones de mamá.

En la calle me cruzo con Maria Luiza, que con su castellano incipiente intenta darme las buenas tardes que termina siendo un enredo con marcado acento portugués. Intento ensayar un diálogo para hacerla sentir bien, procurando que su residencia en nuestro colegio resulte una experiencia única e inigualable.

Algunos pasos delante de nosotros camina -a paso firme y seguro- nuestra directora, inmersa en un mundo de pensamientos, quién sabe uno cuántas preocupaciones pasarán por su mente. Lleva consigo un maletín, estimo que lleva cosas muy importantes aunque más importante es la responsabilidad que asume al conducir a setenta jóvenes camino al futuro. Aun así, gira su mirada, nos saluda con afecto y calidez, mientras, aprovecha la circunstancia para recordarnos la fecha de la próxima bicicleteada al campo de un alumno y a su vez transmite el agradecimiento enviado por los chicos del anexo, quienes felices recibieron nuestra visita y nuestra solidaridad. Debo aclarar que lo del anexo es un legado que recibimos a comienzo de año y no tardamos en entender que es algo así como tener un "hermanito" en otro lugar.

En la vereda de enfrente me interceptan algunos compañeros que intentan conocer detalles de la lección de Geografía y especulan sobre la prueba de Sistema.

La esquina parece ser el centro de encuentros, allí nos alcanza la profe de Lengua quien trae junto a ella una valija llena de libros propios, obstinada con los proyectos de lectura, pareciera que la inmensa cantidad de libros que hay en la biblioteca no fuera suficientes. Complementa su nutrido equipaje una sofisticada cámara fotográfica, que atesora con cuidado y está siempre lista para registrar todos los hechos más insólitos de la vida escolar convirtiéndose casi en el archivo fotográfico del I.P.E.M.

Ella no viene sola, la acompañan las preceptoras y los chicos que vienen desde otras localidades, ya que todos viajan en el mismo colectivo.

Suena el timbre, accedemos a las aulas, la profe de Formación para La Vida y El Trabajo nos recibe eufórica y ansiosa y nos invita a que ensayemos la obra de teatro infantil para nuestro Proyecto Socio-Comunitario. Hay equívocos, risas y bailes hasta llegar a la versión deseada.

Cambio de hora, la profe de Artes Visuales nos trae *Historias de cronopios y de famas* para evocar los 100 años de Cortázar. Sin preámbulos nos incita a representar libremente uno de los tantos textos como lo son las *Instrucciones para llorar* o *Las instrucciones para dar cuerda al reloj*. Desafío, creatividad, sorpresa, espontaneidad, son aquellas expresiones que se ponen en evidencia en las horas de la profe Silvia.

Interrumpe la clase el coordinador del C.A.J, quien presenta los resultados del concurso del logotipo del C.A.J institucional. Ese espacio para conocer, crear, fortalecer vínculos y valores ya tiene su propia identidad.

Ha resultado seleccionado el mío. Todos festejan, más que por mi logro, por el premio, que consiste en una cena para los integrantes del curso.

La profe retoma la lección.

Nos convocan para la reunión de la Cooperativa Escolar ``Bajo El Mismo Sol'', hoy viene el coordinador de Fecescor para evaluar el foro de Jóvenes Cooperativistas realizado en Coronel Moldes, en el que participamos activamente. Una jornada muy interesante, donde aprendimos mucho y transmitimos nuestra humilde experiencia.

A veces estoy un poco fatigada, pero recobro fuerzas porque nuestros profes nos muestran la importancia de trabajar de este modo.

Suena un fuerte estruendo, se escuchan sirenas. Una alarma me asusta mucho. Revivo escenas del año anterior cuando se produjo el incendio en el laboratorio, episodio que sólo fue un gran susto. Hay corridas, gritos, alertas.

Reordeno mis pensamientos, y aterrizo que sólo se trata de un “Simulacro de incendios” resultado de las jornadas de concientización que organizaron los Jóvenes Preventores. Una acción más que sumada a la participación del Encuentro Federal por la Familia (Estrellas Amarillas), “Construyendo una sociedad basada en valores y no excesos” concluye un año lleno de acciones preventivas.

Casi sin darnos cuenta nos encontramos todos en la plaza. Habíamos aprendido a “auto evacuarnos” en caso de siniestro en un tiempo estipulado.

Profesores, médicos, bomberos, policías y comunidad evalúan técnicamente la instancia simulada.

Un auténtico trabajo en redes, expresan satisfechos con la maniobra.

Todo vuelve a la calma.

La profe Eli nos propone un nuevo desafío, elaborar un video con la “La Merienda Solidaria”, evento realizado por la Cooperativa Escolar como corolario de una campaña para recaudar fondos y colaborar con la Fundación Una Gota de Salud, entidad compuesta por médicos, que trabaja en Traslasierra.

Trabajo junto con mi compañera, la Profe nos orienta y estimula.

Reflexionamos sobre la inclusión de Corazones Abiertos (grupo que desarrolla actividades solidarias compuesta por alumnos del colegio) a la Cooperativa Escolar. Todos coincidimos que fue muy acertada. Es muy lindo estar todos juntos Bajo El Mismo Sol asomándonos a la solidaridad.

Suena el timbre. Recreo. Esperado, deseado, anhelado. Hay encuentros, desencuentros, diálogos, bromas, cargadas, meriendas compartidas, comentarios sobre la evaluación recién hecha o la lección más complicada.

Se acercan los chicos de quinto año protagonistas del micro emprendimiento “Master Chef” publicitando sus productos, destacando sus bondades, ofreciendo su mercancía.

A lo lejos, está Natalia, la coordinadora pedagógica con una mirada amplia, experimentada, tiene tanto adiestramiento que percibe lo que nadie puede ver. Esta siempre en el momento oportuno, atendiendo nuestras demandas, resolviendo nuestros conflictos, regalando consejos, tendiendo puentes, estrechando vínculos.

En otro extremo de la galería, intercambiando algunas confidencias, están las preceptoras que dan color a los recreos, matizando normas de respeto y convivencia, con reclamos de documentación algo demorada.

Retornamos al último espacio curricular.

Afortunadamente, la jornada escolar está por llegar al final, es la hora de Tecnología de la Información y la Comunicación, las computadoras nos atrapan. Sorteamos algunos inconvenientes técnicos con la ayuda de Gabriel y Julito, nuestros ayudantes expertos.

El tiempo vuela, ya se ven trajar como hormiguitas incansables Patricia y Mari, las auxiliares de servicio, es señal que la jornada llega a su final.

Arriamos la bandera, nos despedimos, retornamos a nuestros hogares.

Mamá me espera con una chocolatada fría acompañada de vainillas. Estoy exhausta.

Así transcurrió un día en mi escuela secundaria, podría decir que es una escuela en movimiento en la que hay que moverse al compás y seguir el ritmo para lograr la melodía soñada. Casi una utopía... y a veces me pregunto: "¿Para qué sirve la utopía? Para eso sirve: Para caminar, como dice Eduardo Galeano, en *Las Palabras andantes*.



Un viaje a Buenos Aires

*Juan Pablo Pistelli
Nazarena Carbelotto
Lautaro Mercado*

Salimos de nuestra ciudad el jueves 6 de noviembre, aproximadamente a las 12:45 am. Rápidamente, en el colectivo, se hicieron las siempre divertidas rondas de charla, y -entre risas y alegría- el viaje se nos fue pasando rápido y, más todavía cuando- tipo 3:00 AM todos, o la mayoría de los alumnos y profesores, se durmieron. De pronto, sin darnos cuenta, ya estábamos en el acceso oeste próximos a entrar a la capital de nuestro país.

Una vez en Buenos Aires, fuimos al barrio de la Recoleta, donde -en una pequeña plaza- hicimos rondas de charlas y desayunamos todos juntos chocolatada, mates, hasta mate cocido.

Luego conocimos a un guía. Él nos llevó hasta la entrada del gran cementerio de la Recoleta. Antes de entrar, el hombre nos dio todas las indicaciones de lo que teníamos que hacer y de lo que no.

Una vez dentro del cementerio, conocimos las tumbas y mausoleos de los más grandes de la historia de nuestro país, entre los cuales se destaca la de Domingo Faustino Sarmiento, Nicolás Avellaneda, Bartolomé Mitre, Eva Duarte de Perón, Raúl Alfonsín, Cornelio Saavedra, Juan José Paso, Remedios Escalada de San Martín, entre otros. Además nos contaron algunas anécdotas insólitas y a su vez divertidas de algunos personajes desconocidos.

A la salida del cementerio volvimos a la misma plaza en la que desayunamos, e hicimos tiempo para entrar a las 11:30 am al "Museo Prohibido No Tocar". Cuando llegamos a ese museo, nos recibió otro guía. Este nos acompañó a todas las salas a las que fuimos. Conocimos más de la Física y Química, como la electricidad y la electricidad estática. Además hicimos algún que otro experimento con la electricidad. Todo nos gustó mucho.

Aproximadamente 1:30 pm salimos del museo y fuimos a almorzar a un lugar aledaño al museo, todos con su sándwich -milanesa- y su bebida, comimos todos juntos y también compartimos muchas charlas.

Descansamos un poco luego de una mañana agitada y tan larga caminata. Posteriormente nos subimos al colectivo, y empezamos el viaje hacia Plaza de Mayo. Una vez allí fuimos hacia la Catedral, donde se encuentra el mausoleo de San Martín. Para nosotros fue un gran honor estar en ese lugar de

tanta historia. Luego de casi 15 minutos en la iglesia, fuimos al mejor de los lugares, al sitio donde se produjo uno de los acontecimientos más importantes de la historia argentina: el Cabildo.

Ya dentro del Cabildo, conocimos una gran parte de la historia de nuestro país, vimos trajes, sombreros, indumentaria en general de los que hicieron a la Revolución de Mayo. Una de las profesoras que nos acompañó, Patricia Calcagno, nos contó un poco más de la historia del cabildo, por qué lo achicaron, por qué le “cortaron la torre”, etc. Posteriormente, salimos del Cabildo y nos dirigimos todo juntos hacia al museo del Bi- centenario, hasta donde, anteriormente, llegaban las aguas del Río de la Plata y donde estaba ubicada la aduana.

Nos contaron toda esa historia, con videos, fotos, etc. Y fuimos recorriendo las diferentes salas que había en ese lugar. Es un lugar recomendable para ir a conocer. Una hora más tarde salimos de ese lugar, y nos dirigimos -en mi opinión- al mejor barrio porteño, Puerto Madero.

A ese lugar fuimos a merendar, y conocimos a la Fragata Sarmiento. Es una especie de museo en el que se enriquece el conocimiento. Pasamos por el puente, merendamos y, cuando todo parecía indicar que nuestro próximo destino iba a ser el shopping -uno de los momentos más esperados del viaje- los profesores tomaron la decisión de no ir a ese lugar, porque entendían que el cansancio nos podía perjudicar.

Entonces fuimos, directamente, en un viaje largo -de aproximadamente 1 hora y media- a la ciudad de Campana. En el transcurso de ese viaje fuimos escuchando la transmisión del partido Boca vs Cerro Porteño. Cada vez que había un gol se gritaba con euforia y locura.

Una vez llegados a Campana, fuimos a cenar, comimos milanesa con papas fritas y allí vimos el primer tiempo de otro gran partido -River vs. Estudiantes-, se gritó mucho el gol de River y algo menos es el gol de Estudiantes.

Luego subimos nuevamente al colectivo y comenzamos el viaje de vuelta escuchando el segundo tiempo del partido. Una vez terminado, algunos se fueron a dormir y recibieron pintadas de sus compañeros. Una hora después todo el colectivo, menos los choferes, estábamos dormidos. Muchos se despertaron llegando a Chañar y otros, directamente en nuestra ciudad.

Una vez llegados, todos dormidos, los padres nos esperaban con alegría fuera del colectivo. Todos querían vernos.

Fue una experiencia brillante, compartimos charlas, mates, tortas, risas.
En general, nos divertimos mucho y tuvimos un gran comportamiento.

Y así transcurrió, para nosotros, un día en la escuela secundaria.



-¡Segundo "A" a la nueva aula!

Esas fueron las palabras de la directora aquel lunes de octubre.

Nos "mudamos" a la otra sala, llevamos las mesas, las sillas, nuestros útiles y después de unos largos minutos, ya nos habíamos instalado.

Nuestra escuelita se encuentra en medio del campo y tiene muchas aulas, pero ésta -a la que nos hemos trasladado- es especial: en ella hay algo más que solo alumnos...

Nos tocó la época más linda para estar ahí: la primavera, en verdad, es una primavera con aroma a verano, el calor y el sol azotan las grandes ventanas de chapa.

Realmente, tenemos un aula muy particular, una "transformer", es una cantina que se convierte en aula.

Hoy, el sol, el calor, el malhumor de algunas profesoras, se hacen sentir, el tereré pasa de mano en mano y el curso está "revolucionado" esperando que llegue la docente.

-Allá viene la de matemática- dice un alumno, todos estamos sentados en nuestros lugares. Entra la profesora con un leve golpe a la puerta.

-Buen día chicos- Dice.

-Buen día profe, cierre la puerta que tenemos el aire prendido- Siempre un gracioso nos hace recordar que estamos en condiciones tristes y que nos encontramos en la única aula que no tiene aire acondicionado, ni ventilador. Pero no nos afecta saber eso porque somos nosotros los únicos que tenemos aula "transformer" y no habrá aire acondicionado, pero los grandes árboles nos brindan un vientito agradable (bueno, a veces es agradable otras, arrastra tierra del camino que ingresa por las grandes ventanas sin vidrios).

-¿Están todos hoy?- Pregunta la profesora.

-Sí, hoy no faltó nadie, solo falta un chico que anda afuera.

Sale la profesora y lo busca por toda la escuela hasta que lo ve:

-¡Maxi, entrá al aula!

En la esquina, donde falta un foco, bien en el borde del techo, hay una gran telaraña y una pequeña araña que se hace ver de vez en cuando, tenemos un mueble antiguo, con cuatro cajones, algo roto y un poco sucio, no sabemos muy bien qué función cumple, pero nosotros lo utilizamos para apoyar el pizarrón que, por cierto, ya tiene unos cuantos años y también unas cuantas grietas que dificultan la lectura, además de que es un gran "bailarín", es decir,

se balancea para todos lados cuando escribimos en él, y allí -atrás de ese mueble- se encuentra ELLA.

Cuando nos cambiamos de aula ya estaba allí, ya tiene su lugar designado y la adoptamos como mascota. Es muy especial, por cierto. Creemos que es “bruja”, adivina el futuro o algo así. Nunca la hemos visto, solo la escuchamos “cantar”, no sabemos si es por hambre sabemos que lucha contra las arañas para que no le quiten su lugar, o que intenta anunciarnos algo. ELLA es nuestra ranita, todavía no le pusimos un nombre porque no nos hemos puesto de acuerdo.

- ¡Maxi, entra al aula!- repite la profe. Pero nada... ni siquiera responde.

La profesora vuelve, la ranita comienza con su canto muy particular, entre las risas de los alumnos y los gritos de la docente pidiendo silencio. La clase se ha transformado en un caos.

El tan ansiado recreo llega, todos exaltados empujan la puerta y salen corriendo. Algunos van a tomar mates al patio, y otros a jugar al fútbol, con una pelota medio vieja y un poco rota... Estas características se deben a las tantas veces que pasa perdida durante algunos largos minutos bajo el fuerte sol, ella cruza el alambrado con tanta fuerza que termina cayendo en medio del campo que rodea al patio escolar. Eso no es nada, porque luego comienza la búsqueda intensa entre el trigo o la soja.

- ¡La encontré!- grita alguno.

Todos recuperan el aliento, es señal de que el juego continuará por un rato más.

Entre la larga búsqueda, y algún que otro reto de las preceptoras, llega la hora de volver a clases. Todos de nuevo al aula.

- ¡¿Y Maxi?!- se pregunta la profesora.

- Afuera, profe-

Sale a llamarlo, y Maxi no aparece, fastidiada ya no lo busca más y todos de nuevo al aula.

Al rato aparece solito, algunos dicen que lo hace por llamar la atención otros, porque creen que le gusta ver renegar a las profesoras, en fin, Maxi ya está dentro del aula y mientras la ranita y los grillos hacen su concierto, se retoma la clase.

Todo indicaba que sería con calma. Pero... cuando menos lo esperábamos, pasa frente al aula un chico de otro curso gritando:

- ¡LLUEVE!

Nadie le cree, porque es muy común que lo digan para revolucionar la escuela, pero unos minutos después comenzamos a escuchar sobre el techo de madera (con algunas manchas de algo, no sabemos qué, porque son muy raras, tememos que algún día cobren vida) recubierto con chapa, las gotitas de lluvia,

que luego se convierten en gotas y finalmente en verdaderos “chorros” de agua que caen del cielo.

Todos los alumnos y docentes corren a sus transportes para volver a sus casas ya que, si no nos vamos enseguida, los caminos de tierra, llenos de pozos y con la lluvia, se tornan intransitables.

La profecía de la rana se ha cumplido, la lluvia llegó y la escuela se revolucionó.

Aunque parezca mentira, así es nuestro lugar, muy particular y algo lamentable. Creo que es la sala que resguarda más ilusiones de varias generaciones de alumnos que han pasado por ahí con la seguridad de no querer estudiar allí. En fin, causaremos pena o gracia pero somos los únicos que tenemos un aula “transformer”, con ranita y grillos incluidos, y eso nos ha motivado a crear una frase que nos reconforta: “Tenemos la peor aula, pero somos los mejores alumnos (modestia aparte)”.



En un día, en la escuela, pueden pasar muchas cosas.

Empiezo la mañana a las 7 hs. en punto. Entro al aula como un perezoso, con los ojos achinados y comiendo caramelos de gomita dulce, mi vicio. ¿Qué es lo peor de esto? Arrancamos la clase con un profesor muy informado, actualizado y con muchas ganas de trabajar, hay veces que me transmite esas ganas y hay otras que no, como hoy, por ejemplo. En este momento solo pienso en dormir, dormir y dormir. Tal vez exagere, pero a esta hora de la mañana tengo mucho sueño.

7:20 hs. y el profesor ya me llamó la atención por estar charlando con mi compañera de banco que, además, es mi mejor amiga. Está mal, pero por lo general nos llama la atención bastante seguido. Anteriormente dictó siete actividades que ni yo ni mi amiga hemos hecho. Veinte minutos antes de que toque el timbre de formación nos pusimos las pilas. Más vale tarde que nunca ¿no?

7:45 hs. Toca el timbre y todos tenemos que bajar a la planta baja para izar la bandera, hacer el saludo oficial y comenzar las actividades del día. Pero antes de esto, en mi curso, -donde predominan las mujeres y hay un solo varón- empezamos a quejarnos porque la pachorra nos gana y no queremos bajar a formar. Intentamos convencer al profesor para que nos quedemos en aula, pero es inútil. En la formación todo es normal, estamos en época de calor eso es bueno porque si tuviéramos que bajar a formar en invierno al SUM sería duro, porque se siente -y bastante- el frío. Mientras nos acomodamos, hay profesores que les llaman la atención a los alumnos porque no dejan de hablar entre compañeros. La directora del colegio, que por cierto es muy elegante y estricta, pide silencio en general. Cuando todos, por fin, decidimos callarnos, tres alumnos de 3º año pasan al frente a izar la bandera. Luego, la directora saluda y pasa a indicar que cada curso suba a sus aulas en orden. Si tengo que decir algo de la formación: está bien, sé que es una cuestión de educación, una forma de arrancar el día, pero la detesto.

8:05 hs. Seguimos las clases con una profesora y una materia que me simpatizan mucho, se trata de la asignatura Antropología. La materia es muy interesante, pero -además- la profesora hace que sea aún más interesante y que -por lo menos a mí- me den ganas de trabajar, de prestar atención, de participar. Estamos viendo las distintas formas de discriminación, y en este caso estamos con "RACISMO". Para este tema vamos a terminar de ver una película que se

llama “12 años de esclavitud”, que trata de un hombre negro que vive libremente con su esposa y dos hijos, con una vida formada, cuando de pronto - en un abrir y cerrar de ojos- su vida cambia radicalmente. Él es artista y recibe una propuesta para ir por unas semanas a Estados Unidos. Allí lo capturan y lo privan de su libertad, es sometido a ser esclavo junto a otras personas de raza negra. De ser un hombre libre, esposo y padre de familia pasa a ser un hombre que -por ser negro- se convierte en esclavo y en propiedad de un blanco. Hasta el momento la película es dura, triste pero -lamentablemente- real... Ya pasó medio módulo y son las 8:35 hs., terminamos de ver la película “12 años de esclavitud”, basada en una triste realidad, pero -a pesar de eso- esta clase de películas nos permite pensar y reflexionar sobre que no hay que discriminar por ningún motivo. En clases de antropología se aprenden muchas cosas y se aprende a debatir, a escuchar la opinión del otro, a diferir en ciertos puntos. Es una materia linda que se presta para esto como, por ejemplo, ahora estamos viendo otros tipos de discriminación como la “HOMOFOBIA”, el rechazo a las parejas del mismo sexo. Yo soy una chica que siempre ha defendido la diversidad sexual. A mí no me genera ningún rechazo ver a una pareja de lesbianas u homosexuales besándose, para mí es algo normal, es algo que estoy acostumbrada a ver hoy en día en la sociedad y que me parece bárbaro que cada quien viva con quien quiere y cómo quiera. En cambio, hay dos compañeras que no piensan igual que yo. Es más, ellas mismas -en la clase- dijeron que son homofóbicas, respetan pero les parece raro, no están acostumbradas y no ven como algo normal a la homosexualidad y me parece bien que -así como yo- puedan dar mi punto de vista. No todos pensamos de la misma forma, pero respetamos las distintas posiciones. En este debate se nos fue la hora.

9:05 hs. Sonó el timbre del primer recreo. Con mis compañeras sacamos la merienda: biscochos, alfajor, facturas o lo que sea y empezamos a hablar de lo que hicimos el fin de semana. En un momento vemos que mucha gente se está amontonando en el pasillo y no entendemos bien por qué, aunque lamentablemente lo más “normal” es que se estén peleando, agarrándose de los pelos o a las trompadas, por desgracia es algo que se ve a menudo. Mi compañera de banco sale corriendo para ver qué pasa y yo me quedo sentada. Cuando todo termina vuelve y me cuenta que dos chicas de 5º año se estaban peleando. Hay algo que le pareció raro: había profesores cerca y ninguno hizo nada. Sólo se metió una alumna, no sé de qué año, para separar a las protagonistas de la pelea.

9:20 hs. Tocó el timbre que indica que el primer recreo que ya terminó y las horas de clases continúan con otra materia que es raro que a mí me simpatice: biología. Nunca fue mi fuerte, pero como pasó en la otra hora, esta

profesora también hace que la materia sea interesante. Ella es simpática, nos ayuda en muchas cosas, nos habla sobre diversos temas. Es una profesora de palabra y creo que, tanto mis compañeros como yo, pensamos que es la mejor profesora y no es por ser 'chupamedias', pero es la verdad.

10:15 hs. Dentro de unos días van a venir al colegio a vacunarnos contra la fiebre hemorrágica, entonces la profesora se centra en informarnos contra qué nos vamos a vacunar. Nos dice que es de suma importancia que lo hagamos ya que el lugar donde vivimos es una zona endémica y el riesgo de contagio es alto. Justo antes de que toque el timbre para el segundo recreo, llaman a la puerta alumnos de 5° año. La profe los hace pasar y comienzan a contarnos sobre la pelea que se dio en el primer recreo. Nos preguntan qué pensamos sobre lo que pasó y si alguno se metió para que el episodio de violencia terminara. Hasta donde yo sé, sólo una alumna se metió a defender, muchos no estaban presentes y los del ciclo básico, que estaban alrededor, hacían de espectadores. Nos revelaron que la pelea no había sido en serio, sino que formó parte del simulacro contra la violencia escolar y el bullying. Por eso es que los profesores que estaban cerca no hacían nada, ellos ya sabían sobre el tema. Querían ver cuál era nuestra reacción ante un caso como éste y nos comentaron sobre los resultados poco satisfactorios que obtuvieron, ya que ellos esperaban que muchos de nosotros nos metiéramos a separar y -en lugar de hacer eso- muchos se quedaron viendo y yo ni siquiera me asomé a ver qué pasaba. Además nos hablaron sobre una campaña que está haciendo "Revolución Sociales": para ello nos tenemos que poner una pulsera violeta, sacarnos una foto y compartirla en las redes sociales escribiendo "Revolución Sociales", usando un asterisco que lo convierte en un hashtag, para que más gente se una y, poco a poco, se pueda erradicar tanto la violencia como el bullying. Por último nos invitan a que tomemos conciencia sobre que los problemas no se arreglan a las trompadas, que hay que aprender a comunicarse y que -si somos sometidos a la violencia u hostigamiento diario- pidamos ayuda sin temor y que no seamos cómplices de quienes agreden a otros. Fue cierto todo lo que dijeron y estoy de acuerdo, pero -aunque nos va a tomar tiempo concientizar sobre el tema- no es imposible.

11:00 hs. Hace 15 minutos tocó el timbre que indicaba que el segundo recreo se acabó. Para terminar el día tenemos "METODOLOGÍA DE INVESTIGACIÓN". El lunes es un día pesado. La mayoría de las clases son interesantes, a mi parecer, pero arrancamos a las 7:00 hs. de la mañana y salimos a las 13:00 hs. Metodología es una materia interesante, pero la hace pesada el hecho de que la tengamos en la última hora. Nos encontramos trabajando en un proyecto de investigación sobre el bullying en nuestro colegio, dentro del ciclo básico. La profesora que está a cargo de esta materia es

tranquila, dócil, buena onda y transmite mucha paz. En esta clase nos cuesta arrancar, nos agrupamos de a seis. En el grupo en que yo estoy es difícil que todas a la vez nos pongamos las pilas, siempre hay una o dos a las que hay que incentivar e insistir para que trabajen. A veces somos todas otras, no. Hoy estamos cansadas, pero tenemos bastantes pilas y estamos trabajando bien. Dos de mis compañeras se están encargando de empezar a hacer una carta de solicitud para presentarle a la directora, para que nos dé permiso de realizar unas encuestas y así obtener datos estadísticos sobre lo que estamos investigando. Mientras tanto, dos compañeras y yo nos encontramos terminando el marco teórico, donde recopilamos información para hacer un informe sobre el tema. La compañera restante, con ayuda de la profesora, está leyendo y reacomodando las encuestas que tenemos que salir a hacer a los cursos de 1° a 3° año y la entrevista que le haremos algún especialista para que nos brinde más información. La profesora, muy amablemente, nos prestó un libro de Psicología y yo me distraigo leyendo sobre otros temas como “violencia familiar”, “trastornos alimenticios”, etc. De pronto me doy cuenta y me centro nuevamente en el proyecto.

12:05 hs. Tocó el timbre del último recreo. Con mi mejor amiga y compañera de banco bajamos a la cantina y compramos unos sándwiches con unos vasos de gaseosa. Además, me compro cuatro pesos de caramelos de gomitas dulces (como bien lo indiqué al principio, las gomitas son mi vicio). Subimos al aula y pasamos el recreo escuchando música hasta el toque de timbre.

12:20 hs. Estos son los últimos tan esperados cuarenta minutos del día porque indican que ya falta poco para irnos a nuestros hogares. Ya hemos terminado la parte teórica del proyecto, la profesora nos dice que le pasemos todo el informe por e-mail. Ella lo leerá y la próxima clase, con su ayuda, vamos a darle las últimas correcciones. Como no tenemos nada que hacer -mientras la profesora se encarga de ayudar a otros grupos con sus proyectos de investigación sobre diversos temas como el uso del casco, el maltrato animal, la violencia infantil, el embarazo adolescente, entre otros- mis compañeras y yo nos quedamos charlando en nuestros lugares hasta el toque de timbre.

12:45 hs. A quince minutos de que toque el timbre de salida, el cielo comienza a nublarse y parece que se avecina una tormenta fuerte.

12:55 hs. Y, tal como se veía venir, comienza a llover y mucho. Tendré que irme caminando con una compañera que vive cerca de mi casa. Me gusta la lluvia, pero hace frío y no quiero mojarme. Además, cuando hay tormentas como éstas, el teléfono de la escuela lo usan todos para llamar a alguien para que los venga a buscar o para llamar un remis. Hay que esperar mucho y no tengo ganas de esperar. Al fin y al cabo ¿qué me va a hacer un poco de lluvia?

13:00 hs. Tocó el timbre de salida, con mi compañera salimos y nos dirigimos bajo la lluvia hacia nuestros hogares.

Como dije antes, en un día -en la escuela- pueden pasar muchas cosas, se aprende, se comparten momentos... Los profesores pueden o no llamarte la atención. Hasta se puede tener la mala suerte de terminar un lunes -a la salida del colegio- con una tormenta y, encima, tener que ir a casa caminando. Todo puede pasar.



Un día atiborrado de experiencias

Florencia Hobus

Suena la alarma y abro los ojos somnolientos, con una mezcla de emociones y pensamientos aún mayor a la de todos los agotadores amaneceres de la semana.

Hoy los chicos de Quinto Año de Ciclo Orientado organizamos un día de juegos para celebrar la Semana de la Juventud nos llevó tiempo pero nos esmeramos y conseguimos dar y hacer lo mejor que pudimos para pasar una jornada memorable con toda la secundaria de nuestro colegio.

Durante el desayuno pensaba en el año entrante, es nuestro último año juntos, vivimos muchas cosas en los años anteriores, pero el 2015 no cabe duda de que será el mejor, tendremos muchas actividades y compromisos juntos y seguramente nos llevaremos muchos recuerdos que nos será imposible olvidar.

Equipo de mate, galletitas... todo listo para disfrutar y aprovechar este día al máximo, además no podemos olvidarnos de que por organizar las actividades de hoy no tenemos la eterna clase de biología.

Si bien es cierto que no somos el curso más unido, por alguna razón en este tipo de cosas nos unimos más que nunca, creo que es una forma de fortalecer el grupo porque nos ayudamos entre todos y, realmente, nos preocupamos para que todo resulte bien. Por eso, ahora ultimamos detalles en el grupo de WhatsApp (como siempre) conmocionados por buscar una solución a los acostumbrados percances y contratiempos. Mientras busco una birome roja por toda la casa, miro distraídamente el reloj y me doy cuenta de que se me hace tarde, así que -torpemente- acomodo las cosas en mis manos, doy un fugaz beso de despedida a mis padres y salgo apresuradamente a la escuela.

Una vez en el colegio- Quinto Año de Ciclo Orientado comienza a organizar todos los juegos y pormenores a contrarreloj todo tiene que estar listo antes de que lleguen los demás cursos. Lo que nos lleva tiempo es organizar las pistas de la búsqueda del tesoro, algunas de estas son acertijos, crucigramas y otras actividades que ponen a prueba el ingenio y velocidad mental.

Reunidos en el sitio donde almuerzan los chicos que van al comedor escolar, herméticamente cerrado para evitar cualquier tipo de intromisión, definimos los “delegados” de la búsqueda del tesoro, es decir dos personas por

cursos una dentro del aula y otra fuera para esclarecer cualquier duda que surjan y evitar que hagan trampa.

Música, juegos, delegados preparados, conductores, jurado, todo listo para dar inicio a los juegos de la Semana de la Juventud que organiza nuestro colegio.

Con voz temblorosa y siguiendo los consejos y recomendaciones de la Rectora, la Sra. Isabel, Naia, Cami y Lu dieron las consignas y pusieron en claro las reglas desde un principio para evitar malos entendidos. Luego, se procede al primer juego: la búsqueda del tesoro.

Cada delegado se dirige al curso correspondiente, así que Tami y yo nos dirigimos con los chicos de Sexto Año. Tami pidió, con anterioridad, ir afuera, y yo me quedé dentro del aula, con lo que no tengo el menor inconveniente pues tengo buena relación con ellos, la relación que se tiene con cualquier otro curso.

El primer juego me resulta llevadero y divertido hay una pista en la que se les da, a los jugadores, dos fotos de nosotros cuando éramos bebés. La tarea consiste en encontrar a los de la foto y pedirles la siguiente pista. A algunos les lleva tiempo descifrar quién es el de la foto. Reconozco que hemos buscado las fotos más irreconocibles para sumarle un grado de dificultad.

Finalmente, Cuarto Año de Ciclo Orientado ganó la búsqueda del tesoro aunque por muy poca diferencia con Sexto. Personalmente pienso que tendría que haber ganado Sexto.

Llega la hora de la primera pasada de los postulantes para rey y reina de la primavera. Hemos puesto como consigna que tendrán que llevar ropa particular para desfilas y así lo han hecho. Luego las conductoras les hacen las clásicas preguntas de nombre, edad, hobby, estado civil, etc. Este año implementamos que el jurado estará entre la gente, es decir, que será secreto.

Luego comenzamos con él "Lo sabe, No lo sabe". Este juego consiste en que un chico por curso pasa al frente donde las conductoras les presentan una bolsita con tarjetas, escoge una tarjeta en la cual está la pregunta, el puntaje y si tiene a alguna persona o grupo en particular vetado. Mientras transcurre el juego los demás tomamos mate, además, contamos con la cantina que estableció la Unión de Padres donde venden panchos y gaseosas.

Todo se llena de color en el instante en que empieza el desfile de mascotas, hay desde un Osito Cariñosito hasta una Pantera Rosa, sin dudas -en esta parte- la Institución se ha colmado de risas, es inevitable no reír con los modelajes, coreografías y declaraciones de las mascotas, definitivamente esta es la actividad que más disfrute me trae.

Uno de los últimos juegos es “Mi curso puede”. En este caso existe una serie de juegos en los cuales se necesitan dos integrantes por curso, uno debe apostar un número desde el 1 al 7 y el otro (sí o sí debe ser varón) tiene que esperar en el patio más pequeño, y aparecer solamente cuando lo llamen luego se procede a explicar el primer juego en uno de ellos, se debe realizar la cantidad apostada de colitas a las chicas del curso correspondiente en un lapso de un minuto. Al ser varones, tienen dificultades para completar el primer reto y varios pierden la paciencia, pero solamente un curso pudo cumplir este reto.

Como culminación de los juegos, se da lugar al baile. Se dispone una pareja por curso las que deben mostrar todos sus movimientos y predisposición en tanto suene la música, pero cuando la música se detiene deben apresurarse al cuadrado de papel que hemos fabricado. Vale la pena mencionar que dicho cuadro tuvo corta vida debido a la velocidad con que se dirigían las parejas a él. Cada vez que se cortaba la música el cuadrado debía reducirse y así, el que quedara fuera del cuadrado era eliminado. En este juego también se hacen presente la alegría y las infaltables y contagiosas risas, aunque -a mi parecer- también permite desinhibir a los chicos de Segundo y Primer Año, principalmente a estos últimos, en su primer año en la secundaria, en que su vida escolar da un giro tan importante.

Para darle final a la jornada, se llama a reunión a Quinto Año Ciclo Orientado, se reúnen los votos del jurado, se hace la suma de puntos, y nosotros definimos el ganador de las mascotas. No es fácil ponerse de acuerdo y menos en estas cosas, siendo un curso numeroso, pero llegamos a la conclusión de que la mascota ganadora debía ser el Osito Cariñosito de Cuarto Año Ciclo Orientado por la buena onda y el sentido del humor. El rey pertenece a Primer Año Ciclo Básico Común, Federico, y la reina: Guadalupe, de Tercer Año Ciclo Básico Común. Me pone muy feliz que mi amiga sea la reina de la primavera de este año. Se procede a la coronación de los flamantes reyes de la primavera 2014 y la toma de fotos con los reyes salientes. Finalmente, el curso victorioso es Cuarto Año Ciclo Orientado. Como de costumbre, el premio es un almuerzo con el año que organiza y después que se anuncia el ganador hacen una ronda abrazados, festejando el triunfo.

Ha sido un día atiborrado de experiencias, risas pero también un día de conocimiento con el amplio sentido que posee esta palabra: conocernos a nosotros mismos en una situación de gran responsabilidad, como esta de organizar un evento, y con las responsabilidades que implica. También conocimos a algunos de nuestros compañeros del colegio con los cuales, por cuestión de afinidad o por el simple hecho de no hallar motivo válido, no hubiera sido posible entablar un lazo en otra circunstancia distinta a esta. Por

eso me encantan y disfruto mucho de estas jornadas recreativas de la Institución, puesto que siempre -por más pequeñas que sean- me llevo un recuerdo imborrable y un nuevo aprendizaje.



6:15 de la mañana, se enciende mi celular y suena “Symphony of Destruction”, como alarma. Me levanto, desayuno, me doy una ducha caliente de esas que te despiertan y te levantan el ánimo, y salgo para el colegio acompañado por el aroma mañanero y oyendo nada más que el silencio que reina en la tranquilidad de la montaña. Y en mi andar por calles de tierra tengo tiempo a solas con mi mente para ojear el fondo de mi conciencia y acomodar mis pensamientos, aunque luego no tardan en desacomodarse y perderse en el río turbio y turbulento de mi cabeza.

Llego al colegio (tarde como siempre). Ya están todos formados para darle un aplauso débil y obligado a nuestra bandera argentina, que no se merece semejante deshonra. Entre la multitud, vislumbro una clara cabellera castaña y una bella cara... Ella es la mujer que amé (SÍ, AMÉ) y siento una felicidad inmensa al darme nuevamente cuenta de que al observarla ya no siento ese dolor, ese aguijonazo en el alma, ese sentimiento de extrañar su piel, su calor, sus caricias, sus besos, su VOZ pero, por sobretodo, el simple hecho de tenerla a mi lado. No, ya no duele, ya no la extraño, y, sin pensarlo, una sonrisa repentina se dibuja en mi rostro.

Pasan las horas, transcurre el día exactamente igual al anterior. La verdad es que la rutina me desespera, no le encuentro el sentido a tener que cumplir con horarios y deberes. Hay un punto en el que me pudro de todo, cierro la carpeta, guardo la lapicera, oculto mi rostro entre los brazos, y...pienso...pienso mucho, siempre. Mi cabeza maquina constantemente eso genera mis constantes desvelos nocturnos.

También tengo una amiga, una gran hermana, se llama Micaela. Con ella compartimos nuestras locuras, nos hacemos compañía, nos apoyamos mucho, pero, por sobretodo nos queremos. Es una de las pocas personas en quien de verdad confío. Con ella nos vamos para la montañita en los recreos, y cuando nos vamos del curso, ahí, lejos de todo, encontramos paz y tranquilidad.

En mis ratos de soledad escribo. Escribo letras de canciones para mi banda de thrash metal (soy vocalista y guitarrista rítmico). En estas letras plasmo mi personalidad, es mi vía de desahogo, donde hablo de mis penas, mis vivencias, mis descontentos y desamores. Mientras las escribo tarareo, imagino riffs densos y veloces que acompañarán mis letras deprimentes. Es mi forma de componer, armo todo en mi mente y lo dejo genial, luego, en mi casa, sólo debo tocar lo que en mi mente pude crear.

Y a todo esto, suena el timbre de salida...¡¡Al fin me puedo ir!! Voy al comedor, almuerzo con ansias refregándome las manos, y comienzo a saborear la alegría que se acerca con la tarde. Termino de comer y enfilo para mi casa por los bellos caminos de Estancia Vieja mediamañanera. Caminando al pleno rayo del sol llego finalmente a mi casa, no hay nadie aún. Me doy una ducha y, cada vez más feliz, me visto y agarro mi guitarra eléctrica mi amplificador está en lo de Airtoo ya esperándome. Salgo para la parada del cole y allí esperando al siempre retrasado transporte pienso: "Esto es lo mío, lo que de verdad me hace bien". Llega el cole y me subo con una sonrisa. Hoy se junta la muchachada, hoy se junta *Cazador*...y yo soy el cantante de *Cazador*.



Meses de recuerdos en un día de nostalgia

A. Emir Salomón

Juan Manuel Zimmermann

Para comenzar, haremos las presentaciones. Los alumnos que realizaremos este trabajo, invitados por UNICEF Argentina y la Universidad Católica de Córdoba y alentados por nuestra propia institución, somos Emir Salomón y Juan Manuel Zimmermann, e intentaremos retratar un día en nuestra escuela secundaria.

El colegio se encuentra en Concordia, Entre Ríos. Hace unos días, la rectora de la institución nos citó en su oficina para hacernos la propuesta, y fue entonces cuando nos informó sobre el asunto. Los dos, interesados por la lectura y la escritura, no tardamos en tomar la iniciativa, esperando armar un escrito que realmente refleje cómo se vive el día a día aquí. Ese día terminó, mas la experiencia recién se asomaba.

Cuando nos reunimos para hablar sobre el tema, aproximadamente dos días después del aviso, simplemente nos sentamos frente a una computadora en la biblioteca de la escuela, y con *"Heroína"*, de *Sumo*, sonando de fondo, y a la par de unas estudiantes más pequeñas jugando en el mismo cuarto, proponíamos ideas variadas, como dos compositores que sólo nombran acordes sueltos, esperando convertirlos en melodías. De esas ideas no hubo alguna que valiera menos que la otra, ni otra que se mereciera ser contada por sobre la anterior. Al mismo tiempo que nombrábamos experiencias, recordábamos que debíamos tomar sólo un día para relatar, una regla del juego que iba en contra de todo lo que nosotros estábamos ansiosos por compartir. Ante esto, evidentemente, la concentración era nula, el silencio sólo se interrumpía con la voz de las chicas, de fondo y, ocasionalmente, un comentario nuestro al aire acerca de lo que podíamos contar. *"Campamento"*, se dijo. Inevitablemente esa iba a ser una de las primeras opciones entre tantas.

"¡Crash!", y el silencio se rompió de nuevo. Las chicas habían dejado caer un objeto metálico al piso. Reían y corrían fuera del lugar, y de algún modo nos despertaron. Nos incorporamos y repetimos el comentario: *"Campamento"*, primera idea. El interrogante: *"¿qué contaríamos del campamento?"* Paradójicamente se respondía con otra pregunta: *"¿qué no contaríamos del campamento?"*. Y con razón, se trata sin dudas del hecho más relevante que nos ha ocurrido hasta ahora como grupo. Cabe destacar que, en nuestra escuela, se realizan viajes anuales a distintos destinos. Cada uno es especial, pero todos concuerdan en que el mejor es el último, compartido por nosotros este año. El

destino, Mendoza, provincia dueña de los paisajes más lindos del país: cordillera, nieve, ciudad, y más. Llegamos de mañana, tras diecinueve horas de viaje, a un *camping* ubicado en San Rafael, y la aventura recién comenzaba.

La primera actividad realizada fue una excursión a lo alto de una montaña, desde donde se veía por completo el valle, la flora, una montaña más alta con nieve en la cúspide a lo lejos y el río Atuel en toda su magnificencia. Mientras descansamos, los guías nos contaban la interesante historia que el lugar encierra:

“El río Atuel recibe su nombre por una leyenda de la región. Los indígenas que aquí habitaban solían ser pacíficos, pero la sequía del pueblo los obligaba a invadir otras comunidades menores. Producto de una de dichas invasiones, el pueblo toma prisionera a una joven, de nombre Clara. El tiempo pasó, y Clara, que ya era aceptada como parte de esta comunidad, se enamoró del joven cacique Talú, quien presidió tras la muerte de su padre. Ellos se casan, pero entre tanta felicidad aún existía el problema del agua, y para peor, esto fue de conocimiento del hombre blanco. Ellos atacan a la tribu aprovechando la mala situación. Muchos de ellos mueren, entre ellos, Talú. Y en afán de desesperación, Clara sube a lo alto de la montaña con su hijo recién nacido, a suplicarle a sus dioses el agua necesaria para los que quedasen vivos. Ante esto, Clara y su hijo se sacrifican, arrojándose al vacío, y del llanto del niño y de su madre nace el caudaloso río que salvaría al pueblo del derribo.

Los habitantes, contentos por el milagro, buscan a Clara para comunicarle la noticia, pero no la encuentran. Entendiendo que todo lo sucedido fue a causa del sacrificio, deciden llamar al río con el nombre de aquel niño: Atuel”

Ésta es, sin dudas, una historia que no quisiera olvidar jamás.

El consecuente descenso de la montaña fue más divertido que el ascenso, ya que constaba de sogas y travesía.

Un par de días después, llegó la actividad que atrajo a muchos desde el principio. Los guías nos equiparon y prepararon, nos dieron instrucciones de seguridad y nos subieron al colectivo. Tras cuarenta y cinco minutos de viaje, nos bajamos a la orilla del mismo río Atuel, donde nos esperaban entre nueve y diez balsas de gran tamaño, y nosotros, eufóricos por hacer *rafting*, armamos los equipos y nos adentramos en el agua en una emocionante carrera. Cada balsa con 9 chicos y un guía, más otra con todos los profesores, que llevaban baldes, que cargaban de agua helada para usar en contra de nosotros, corrían por los rápidos respondiendo atentamente al grito del guía: “¡Remo adelante! ¡remo atrás! ¡alto al remo! ¡festejo!”. Este último era el favorito, donde todos juntábamos los remos en lo alto en señal de júbilo. Como todo lo bueno termina, al desembocar nuevamente a orillas del *camping* nos limitamos a bañarnos y esperar al evento de la noche: la fiesta de disfraces. En ella aparecieron personajes originales, como dos espantapájaros y un mimo, algún que otro *cliché*, como lo fueron un

Guasón, Pocahontas, un sacerdote y una monja, e incluso la feliz coincidencia de los profesores y un grupo de chicos, ambos en conjunto, vestidos como dos grupos de la banda "*Village People*", con actuaciones muy convincentes. Todo era felicidad y risas, pero, sabiéndolo mas no imaginándolo, esperábamos mucho más.

Los últimos días los pasamos en otro camping. A nadie le molestó el hecho de volver a viajar en el colectivo, ya que debíamos ir hasta allí para encontrarnos con la nieve. Arribamos en un pequeño pueblo al pie de la imponente Cordillera de los Andes, donde descendimos para vestirnos con trajes de nieve. Viajamos hasta un lugar que creímos adecuado, al pie de una gran montaña. No llegó a abrirse la puerta del colectivo por completo antes de que todos saliéramos corriendo hacia el blanco infinito que nos esperaba afuera. Al cabo de cinco minutos, más que sacarse fotos, la gran mayoría que no había tenido la posibilidad de conocer este paisaje anteriormente se dedicó a reproducir todos los juegos que solo se veían por la televisión: angelitos y bolas de nieve, muñecos que no fueron más que un fracaso con escasa antropoforma y el infaltable *culopatín*, ese trineo de reducido tamaño que acompañó casi todo el tiempo a la alegría casi infantil que compartíamos en ese momento, inolvidable.

Asimismo, un grupo de siete chicos pertenecientes al Movimiento de la Palabra, en la rama del Proceso Comunitario para la Confirmación, el domingo, y ante la imposibilidad de concurrir a misa, organizaron un grupo de oración a orillas del río en un descanso al anochecer. Entre las actividades que componían estas reuniones, se agradecía al Señor por todo lo vivido y se Le pedía por las necesidades. Se pedía la Palabra en las últimas instancias de la oración y dejábamos hacer Su Santa Voluntad en nosotros, una para todo el campamento y, luego, los que querían, podían hacerlo individualmente. Cada día, el Señor tenía para hablarnos de un tema en particular, o al menos esa fue nuestra interpretación. El mismo domingo, nos insistía fervientemente en todas las Palabras que Él estaba con nosotros y que siempre nos acompañaba esto nos puso muy contentos, ya que Su compañía nos garantizaba protección en todo momento. Al segundo día, con una congregación de veinticinco chicos, nos habló del Espíritu Santo, diciendo que siempre que estemos reunidos en Su nombre, Él va a estar escuchando nuestras plegarias. Finalmente, en nuestra última noche de oración, siendo ya alrededor de cincuenta los reunidos a Su encuentro y concentrados dentro de una sola habitación, nos habló de los ídolos que crea el hombre para no aceptar a Dios, para desviarnos de Su camino, para suplantarlos.

Ya para este punto del recuerdo nos encontrábamos sumergidos totalmente en la nostalgia sabiendo lo que se venía. El que es catalogado como

el momento que es indescriptible con otro término menos general que “especial”, cuando en realidad la expresión “especial” puede sonar incluso casi despectiva al darle la difícil tarea de describir un momento indescriptible. Esto se debe a que, quizás, esa sea la descripción adecuada para esa sensación: “indescriptible”.

Pasada la discusión, pasamos los próximos minutos recordando el simple ejercicio catártico que se convirtió en una liberación incomparable de energía y emoción por parte de todos. Casi al mediodía, los profesores nos hicieron sentar a todos en ronda, en un playón en el lugar donde nos asentamos. El calor del sol rozaba nuestras mejillas, y en nuestros oídos, la simple consigna: *“El ejercicio consiste en que cada uno, cuando lo sienta, tome la palabra desde donde esté, y la dirija a quién lo crea necesario, y se debe, simplemente, agradecer”*. Nada fuera de lo común hasta ahora, pero lo que sucedió luego es lo que generó discusión un párrafo atrás. Cada cual a su ritmo, y según lo sentía, elevó alabanzas y disculpas a todos los que creyeron necesario. Amigos distanciados, gracias nunca dadas y una emoción reflejada en un llanto general al son de la melodía que se creaba por las hermosas frases que cada uno articulaba. Finalizado el ejercicio, pero con el sentimiento aún presente, todos continuaron compartiendo abrazos y lágrimas intercaladas con las palabras más sinceras que les salieron en el momento. Esto volvió todavía más “especial” el instante que fuera posterior a la catarsis y anterior al viaje de vuelta a Entre Ríos, el viaje a la ciudad de Mendoza, donde estuvimos horas paseando y conociendo lugares, como una fábrica de chocolates y el magnífico “Cerro de la Gloria”. Esperemos que de este viaje no nos olvidemos, ni siquiera por un segundo.

El viaje en sí duró 7 días, fue recordado por nosotros en pocos minutos y expresado en algunos párrafos mediante un sentimiento intacto y, lamentablemente, irrepetible.

Todo estaba dicho, *“Heroína”* ya no sonaba. Había terminado hacía unos instantes, y ya despiertos luego del trance del recuerdo, se coloca otra canción, de estilo llamativamente distinto al anterior. *“I Hate Everything About You”*, de *Three Days Grace* se comenzaba a escuchar, y superpuesto a ella, comentarios de carácter constructivo y destructivo a la vez: *“Si hay que relatar solo un día, nuestro campamento duró siete días”*. Y así, un comentario tan simple como ese y una norma escrita en un papel quitaba todo lo recordado por haberse realizado en un plazo mayor de veinticuatro horas.

Otra idea no tardó en llegar de repente con otro comentario: *“Olimpiadas”*. ¡Sí, claro! Además del campamento, aquel era otro evento de importancia en el colegio, y merecía ser contado. Como el término puede causar confusión a cualquiera fuera del ámbito de nuestra escuela, es menester dar una

explicación. La enseñanza del Latín y el Griego, tanto del idioma como de la cultura, mitos y literatura, ha influido en la creación de un evento masivo que es llevado a cabo cada año en una jornada de dos días, y consiste en diversas actividades deportivas realizadas por dos grandes grupos que separan y unen la escuela al mismo tiempo: *Aqueos y Troyanos*, haciendo alusión a la famosa guerra de Troya, donde se enfrentaron los ciudadanos troyanos, liderados por Héctor, y los míticos griegos (Aqueos), que encontraban su líder en el gran guerrero Aquiles.

Cada año, en la mañana de cierto día de noviembre, la pintoresca Costanera de nuestra ciudad se tiñe de rojo, identificado con Troya, y azul, con los Aqueos, y se da comienzo a la primera actividad del día, que es la única que abarca a toda la escuela en conjunto: una carrera de dos kilómetros casi a orillas del río. La gran carrera finalizó con tres rojos en el podio.

Luego del descanso, comenzaron las carreras largas, cortas y demás actividades, donde los deportistas de cada curso acuden a los diversos llamados de los profesores que administran el evento: tanto "*Cuarto año, ochocientos metros*", "*Último año, lanzamiento de bala*" o semejantes, fueron comunes de escuchar a altavoz.

Pasando la jornada de la mañana del primer día, dedicada enteramente al atletismo, las actividades continuaron a la tarde, con mayor convocatoria aún, en el gimnasio de la escuela. Allí se practicaron los juegos más ponderados, como lo son el básquet, handball, voley, ping pong, hockey y fútbol. Este último, sobre todo, es el que más expectativas atrae y lleva a toda la gente con el sentimiento necesario de alentar y hacer hinchada a ambos lados de cada arco y de la cancha, algo único que solo es superado por aquellos que tienen la posibilidad de jugar, e incluso, en el mejor de los casos, de hacer un gol. Se vive, para muchos fanáticos, un estado de éxtasis similar a un *River - Boca*, como quién diría, un espectáculo para ver antes de morir.

Estas jornadas finalizan al mediodía del día siguiente. Al final, todos se sientan con la expectativa vigente de ser campeones. Un profesor, armado con un megáfono, anuncia el puntaje del ganador y del perdedor, pero se reserva los nombres por un segundo más. El cansancio y la emoción pueden ser vistas panorámicamente por ellos, los organizadores. Finalmente, la frase esperada se corta agregando cierto suspenso: "*El ganador de este año es...*" y muchos, de ambos bandos, consumidos por el momento hacen función de pararse. Corazones latiendo estructuradamente rápido, pupilas que se dilatan y festejos espontáneos cuando se conoce el ganador: "*... ¡Troyanos!*" Y el furor se apodera de los rojos, quienes a su vez se apoderan de la copa y la hacen girar a través de la cancha en señal de *vuelta olímpica* mientras le expresan al pueblo azul mediante un cántico característico que *otra vez será, Aqueos*.

Esta actividad también fue cuestionada indirectamente por las reglas del juego, pero le restamos importancia al hecho de que las olimpiadas se hubieran realizado en dos días. Era, igualmente, un lindo recuerdo.

Volvimos al rock nacional de la mano de *Divididos*, con “*Spaghetti del Rock*”, al mismo tiempo que las ideas seguían surgiendo mediante comentarios como: “*Podríamos hablar de la obra de teatro*”. Y era verdad, podríamos.

Esta es una historia de dos partes. Para contar la primera parte necesitamos remontarnos casi exactamente un año atrás, cuando nuestro mismo grupo practicaba teatro. Es el único año en que se ejerce esta asignatura, y aunque a muchos no les agradó en un principio, todo fue tomando forma con las prácticas y audiciones a lo largo del año que luego desembocarían en una presentación en vivo de una obra infantil para la parte primaria de nuestra escuela, llamada “*En Busca de la Felicidad Perdida*”. La historia cuenta las aventuras de dos niños que, aburridos de jugar siempre con los mismos juguetes, de leer los mismos cuentos y sintiéndose “infelices”, con todo el significado que la palabra puede encontrar en sus mentes pueriles, deciden crear su propia historia y terminan adentrándose en el cuento con el objetivo de encontrar la felicidad que se creía perdida. Así, con ayuda de diversos y particulares personajes, ora un conejo, ora un cisne, ora un caballo y finalmente, también un pájaro azul, logran darse cuenta de que ella se encontraba siempre en su hogar y reflejada en el amor. Una historia sin duda atrapante para los niños. Nosotros disfrutábamos viendo el fruto del esfuerzo y de las prácticas reflejado en las sonrisas de los niños, de la profesora y de nosotros mismos.

No lo sabíamos entonces, pero ese no era el verdadero final de nuestra experiencia como actores, pero para eso, debemos pasar a la segunda parte del relato.

Esta segunda parte nos sitúa en el tiempo nuevamente en el 2014. Nuestro profesor de religión, con conocimiento de la obra realizada anteriormente por nosotros, nos trajo un día una propuesta interesante. Rápidamente todos acordamos revivir la obra de la forma más linda y noble: llevándola a una escuela Integral para niños con capacidades diferentes. Damos fe de la increíble disposición con la que se organizó la visita. Para el día pactado, logramos armar el escenario con la escenografía correspondiente, se prepararon los actores con su vestuario característico y con muchas ganas de compartir. Se realizó la interpretación con éxito y los niños se encontraban muy contentos, pero todo no terminaría allí. Pasamos el resto de la mañana compartiendo con ellos, hablando, jugando y realizando actividades varias. Para el final, los chicos fueron a comer y nosotros volvimos contentos por haber hecho una obra de bien con gente que lo necesitaba, y todavía nos encontramos con intenciones de volver.

El tiempo había pasado y nuestra mente ya no ocupaba atención preferencial al susodicho trabajo, como tampoco a sus términos y condiciones. Estábamos simplemente sumergidos en nuestras memorias. La música volvió a rotar. Esta vez, retrocediendo al rock internacional, los últimos relatos que fuesen recordados encontraron compañía en *"I Don't Want to Miss a Thing"*, de *Aerosmith*. A falta de diez, quizás quince minutos aproximadamente para el término del módulo, los comentarios habían ya dejado de ser tímidos, y llegaron las últimas ideas mediante una charla fluida. Recapitamos que faltaba una parte esencial en el primer relato, la que fuese la parte previa al campamento que tan alegremente compartimos. Esto compete al hecho de que, por una parte, hizo que podamos disfrutar del viaje al nivel del que tuvimos oportunidad, y comienza a principios de año. Toda la promoción se comprometió ampliamente con sus pares para colaborar en todo sentido, organizando múltiples actividades para juntar fondos con el objetivo de poder compartir el campamento sin lamentar ausencias, y fue eso exactamente lo que logramos. Como suele suceder, el arduo trabajo previo logró hacer más, mucho más dulce la experiencia, puesto que supimos valorar la concomitancia de nuestros propios compañeros allí, en Mendoza.

Los últimos minutos se llenaron con el recuerdo de hechos menores, pero igual de importantes, como viajes, convivencias y, en fin, cualquier otra actividad en la que hubiéramos estado juntos. En cualquier lugar y en cualquier tiempo. Concluimos en que esto se debía simplemente a que no importa la actividad en cuestión, que puede ser grande o pequeña, sino que lo importante somos nosotros, y el modo que tenemos de vivirla y compartirla.

Una profesora de la institución dijo, en una oportunidad: *"Cuando me preguntan en qué curso se encuentra uno mejor en la escuela, no suelo agregar comentarios, pero siempre digo que los **cuartos** vienen bien"*. Esos cuartos somos nosotros. Juntos desde siempre, en la etapa más maravillosa de la vida, es admirable el nivel de compañerismo que se logra encontrar en nuestras aulas, o simplemente, donde vayamos.

La campana acabó por sonar. Ya no se escuchó música de ningún tipo, y el silencio que se había proclamado fue desapareciendo lentamente mezclado con el murmullo jovial de los chicos saliendo del aula de clases. Nos retiramos del lugar en silencio, pues ya no había nada que decir. Y si había algo, nadie habló, simplemente, no era el momento de hacerlo.

Cada día en la escuela secundaria es especial a su modo, y en distintas facetas. Nosotros terminamos por retratar este día en especial. Ese día en el que volvimos a vivir tantas experiencias en tan poco tiempo, como reza el título: *"Meses de recuerdos en un día de nostalgia"*. Alusiones múltiples que nos permiten revalorizar el grupo que se nos concedió, quizás, por obra del azar. O quizás no.

Mixturas tan particulares, a veces, no dan lugar a especulaciones que admiten el término *suerte*. Sí, cada día en la escuela secundaria es especial a su modo, como un mundo aparte, y ese día se volvió singular por los mismos recuerdos que con usted, estimado lector, fueron compartidos. Y, al final, éste sí duró lo que tenía que durar.



Adormilados (o como ser feliz a pesar de la rutina)

Federico Griffone
Stéfano Tiezzi
Ramiro Bachella

“Cada día en la escuela representa una batalla por vivir. Vivir un día puede ser bueno, malo, aburrido o interesante, pero si estás rodeado de gente a la que aprecias un día en la escuela puede ser una aventura única.”

(Basado en hechos reales, los nombres de las personas y entidades que participan en la historia fueron omitidos o alterados para proteger su identidad.)

Levantarse tan temprano todos los días es tan agobiante para mí que no se lo deseo a nadie. Sí, así lo digo, como cuando las señoras grandes te dicen que la muerte no se le desea a na- die, madrugar todos los días a las seis de la mañana es equivalente a una semana de cansan- cio mental importante.

Pero, bueno, también dicen que al que madruga Dios lo ayuda. Qué se le va a hacer.

Esa mañana llegué cansado –como siempre- a la escuela. El sol no había terminado de salir y las luces del pasillo eran lo único que me salvaba de no tropezarme. El invierno es crudo, y a pesar que hacía frío no lograba salir del trance del sueño que me poseía.

Recuerdo haber cruzado el patio y llegado a mi aula, saludar a mis amigos e ir a formar para saludar a la bandera –también como siempre- y volver al aula caminando como muertos vivientes.

Ese día empezábamos con Historia. Historia a las siete de la mañana con la única profesora -persona- del mundo que -siempre radiante- se propone a trabajar a pesar de las numerosas dificultades que eso implica.

Aquella mañana nos esperaba con su saludo característico y con su intento fallido de incrementar las energías del grupo.

La profesora de Historia es un ser que constantemente intenta transmitir la enorme energía y felicidad que trasunta. Recuerdo haberla visto con mi grupo contando risueña el golpe que sufrió por la caída que tuvo cuando viajó a Tierra del Fuego, que le valió de un moretón muy notable en la barbilla.

Volviendo al tema, una vez entrados todos en la espaciosa aula para sólo 23 alumnos y to- dos ubicados en sus respectivos asientos, la profesora prendió

la luz y muy divertida empezó a hablar de la materia y nos propuso abrir la carpeta para copiar actividades.

Sí, señores, siete de la mañana. Igual es pobre mi excusa, no hace nada que sean las siete de la mañana y la profesora me cae muy bien, pero mi verdadero problema está convivir como nada a esas horribles horas de la mañana.

Creo que es justo ahora destacar un hecho importante, que le da credibilidad al relato y justifica la manera de actuar de la profesora en esta situación. Vivimos en una ciudad pequeña de la provincia de Córdoba, y hacía unos días habíamos sufrido cortes de luz sin aviso y a toda hora, por lo que no tener luz eléctrica no era un hecho imposible de creer.

Retomemos. La profesora a punto de dictar actividades y... de pronto, nos vimos inundados en una inmensa penumbra. De inmediato pensamos: E.P.E.C. Así es, E.P.E.C. es la empresa que le brinda energía eléctrica a parte de la provincia y ese día nos falló. No nos sorprendía. Por lo menos a algunos.

Lo que nadie sabía es que alguien, sin perder la maña (ni siquiera a las siete de la mañana) se levantó ya con la luz cortada y cerró los interruptores de los focos fluorescentes.

Todo marchaba bien, la profesora entendió que sin luz no se podía continuar e improvisó una clase hablada porque el sol todavía no se había asomado. Todos contentos y felices si no fuera que...

Los ventiladores empezaron a funcionar. Sí, a pesar de que las luces no se prendieron la brisa potente de que los ventiladores proporcionaban se sentía y complementaba el frío del típico invierno. ¿Qué había sucedido? Quien había apagado apagó los focos cuando la energía eléctrica brillaba por su ausencia, accionó -sin querer- los interruptores de los ventiladores. Entonces pensé: volvió la energía eléctrica, vamos a tener que escribir. Pero algo inexplicable sucedió. La profesora de Historia no se dio cuenta. Sí, no lo podía explicar. La profesora de Historia, la que siempre se anticipa a todo, la más atenta, no se dio cuenta de lo que sucedía.

Así, con alivio, sin luz pero con frío, estuvimos 15 minutos escuchando una clase de historia oral dictada por la clase sobre el Premio Nobel. Hasta que la profesora dijo:

-Chicos, apaguen los ventiladores que hace frío.

Y continuó. Otra vez, estuvo muy cerca pero lamentable mente para ella, no relacionó el hecho de que los ventiladores estén prendidos con la energía eléctrica. Es lo que yo digo: a las siete de la mañana nadie puede pensar bien. Nadie. Ni siquiera la profesora de Historia.

Finalmente llega la preceptora para dejar un cuadernillo y la profesora le comenta que, a pesar de la ausencia de la luz, se podía dar clases igual. La preceptora, extrañada le respondió que no podía ser, que la luz ya había vuelto, porque ella había pasado por otro curso y estaban dando clases con la luz prendida. Sorprendida, se dirigió a los interruptores y logró darse cuenta de que los focos funcionaban.

Fue un suceso muy divertido y pudimos reírnos sanamente, disfrutando de lo más mínimo para pasarla mejor entre todos, eliminando las formalidades por un minuto, para recordar que todos somos humanos y que la humanidad es el valor que nos garantiza claramente la capacidad de progresar y la capacidad de sentirnos iguales dentro de un mundo que nos quiere hacer creer lo contrario.

Ser feliz es saber disfrutar la vida aprendiendo a convivir con los que te rodean.



Aldana Rosa Allende
Agustina Del Valle Barletta
Rocío Belén Del Prado
Martina Denis Gasparotti
Melani Ayelén Maccari

Nada peor que entrar un viernes a la siete y salir a la una de la tarde. Empezar con geografía, donde solo queremos dormir y el profesor no hace más que darnos actividades interminables.

No solo hay que soportar las actividades sino que hay que soportar los calores de fin de año, el mal humor de los profesores, no poder escuchar música, que nos saquen los celulares y –además- a los compañeros jodones. Por suerte este año me tocó un curso bastante tranquilo. Cuando queremos trabajar, se puede y cuando no queremos hacer nada, nos complotamos para no hacer nada. No hay mucha diferencia entre nosotros. Las que hay, la sabemos resolver para que el ambiente sea agradable. No tenemos quejas de los profesores hacia nosotros, somos un curso bueno y educado, pero hay profes complicados.

Por suerte, después tenemos Antropología. La profesora es bastante buena, nos deja escuchar música y así les respondemos de mejor manera. Trabajamos siempre sin ningún problema.

¡¡¡¡POR FIN LLEGÓ EL RECREOOOOO!!!!

La mayoría de mis compañeras se quedan en el aula. Al llevarnos bien, podemos pasar mucho tiempo juntas. Pero en sí, en otros cursos nunca falta la pelea. Y ahí es cuando se alborota toda la escuela. Todos los alumnos de diferentes cursos salen al pasillo y se amontonan para ver la pelea, los profes corren y tratan de pararla. Y ya es un tema de conversación para la siguiente clase.

Por suerte, entramos al aula con Biología. Aquí, la profesora es la mejor, no solo porque nos da libertad en hacer lo que queremos, siempre y cuando sea con respeto hacia ella y hacía el resto de los compañeros, sino también por la forma que tiene de enseñar, aconseja mucho y nos explica con detalles cada problemática o cada concepto de su materia o de la vida en general.

En su clase podemos sacarnos muchas dudas. Siempre nos responde con la mayor sinceridad todas las preguntas que le hacemos, siempre está dispuesta a ayudarnos en todo, en su hora la pasamos re bien y nos divertimos mucho. Esta profesora –Laura- se presta mucho para pasarla bien.

Hay algunas compañeras que le hacen preguntas a la profesora antes que nos dé las actividades, así quedan para la próxima clase y no tenemos tarea. Cuando queremos, nos complotamos muy bien para no hacer nada.

Se terminó la hora de Biología, hay un recreo de diez minutos, algunos aprovechan para ir a comprar, otros para dormir y los que quedan sólo molestan un rato.

La peor hora de los viernes, un módulo y medio en la materia Metodología. La profe es re buena, nos deja escuchar música, estar en grupo y así funcionamos mejor, pero la materia es muy densa y, más, un viernes de 10:45 hs a 13:00 hs, un módulo y medio.

Muchos de mis compañeros llaman a esta hora “la hora de la siesta”, ya que la materia es aburrida y la profesora tiene mucha paz a la hora de hablar.

Hay viernes en los que nos divertimos más que otros, tenemos compañeras que siempre hacen bromas. Por más que seamos mayoría de mujeres siempre se hacen bromas en el curso.

Las actividades de la materia son muy largas y complicadas, además la profesora siempre cambia las cosas. No es muy divertido tener que estar un módulo y medio investigando, sobre todo porque estamos todas pensando qué vamos hacer el fin de semana, qué nos vamos a poner, a cuál previa vamos a ir y qué bebida vamos a llevar. Es todo un tema esto de las últimas horas de un viernes.

No es sólo el tema del fin de semana, también estamos cansados, con hambre y tenemos muchas ganas de irnos. No queremos hacer más nada, es el último día de la semana y es el más pesado.

Por mi parte, sólo quiero escuchar música, dormir un rato y no investigar nunca más en la vida. La profesora se toma bastante bien las bromas sobre la materia, en sí es muy buena, pero es la materia lo que no nos gusta. Es la última hora de un viernes, tenemos la cabeza en cualquier parte, menos en estar investigando, sólo queremos saber qué nos vamos a poner y nada más.

Llega el recreo de 12:05, es el más largo, ahí es donde la mayoría come o duerme una siestita, para ponerle pilas al último módulo. Después de 15 minutos, volvemos a la materia, son los 40 minutos más eternos del día.

Casi todas recurrimos a la música y a charlar un poco, muy pocas trabajan el último medio módulo. Tengo la idea de que si trabajas más rápido se pasa la hora, por eso, es donde más trabajamos, la última hora, ahí nos ponemos las pilas, investigamos mucho y adelantamos por todo lo que no trabajamos en las horas anteriores y así, cuando menos te das cuenta, faltan solo diez minutos, más eternos que cualquier otros diez minutos.

Ahí se alborota el aula, todas nos desesperamos para guardar todo rápido, levantar la silla y hacer la fila al frente de la puerta. Siempre se quejan

de eso, la filita al frente de la puerta, pero nos queremos ir, por más que sabemos que no se va a pasar más rápido la hora nos ponemos ahí, es algo que nadie entiende pero lo hacemos igual.

¡¡¡AL FIN TOCÓ EL TIMBRE DE SALIDA!!!

La profesora se queja de que nunca la saludamos o de que sólo le gritamos desde las escaleras un “chau profe”, pero tenemos hambre, nos queremos ir cuanto antes.

Y así se termina la semana, aunque ya sabemos que la semana siguiente va a ser peor, cada vez la escuela es más densa.



Un viernes en nuestros zapatos

Agustín Nicolás Depetris

Ignacio Gentili

Me encontraba navegando en un crucero por el Caribe, disfrutando del paisaje, sentía la brisa en la cara, era un lindo día soleado y caluroso, cuando decidí ir hasta la pileta del barco, donde hice un nuevo amigo, su nombre era Regino, un chico algo raro y bastante feo, pero simpático. Nos hicimos amigos.

Nadamos un rato y salimos del agua. De pronto vimos que el cielo empezaba a oscurecerse, se acercaba una tormenta. Todos nos pusimos a cubierto, había muchas personas corriendo despavoridas, de proa a popa y de babor a estribor. Por alguna razón, salimos ambos a presenciar la tormenta y vimos las gigantescas olas golpeando el casco del imponente navío. El barco estaba perdiendo estabilidad, y, cuando menos nos lo esperamos, un enorme rayo del tamaño del barco partió a éste a la mitad. Caímos al agua y comenzamos a nadar para salvar nuestras vidas. Pero todo fue en vano. El barco se hundió y la presión ejercida por el agua nos succionó hacia el fondo del mar.

Yo vi cómo mi amigo perdía la conciencia y lo dejé hundirse. Yo estaba débil, y justo cuando pensé que iba a morir, oí una alarma debajo del agua. Al abrir los ojos me encontré con el techo de mi habitación. Giré mi cabeza y allí estaba mi celular con su alarma, mostrando las 6:20, de la mañana.

Era un día viernes. Los viernes son días un poco desequilibrados, ya que empezamos la mañana algo dormidos, pero debemos activarnos al instante ya que -en el primer módulo- tenemos la hora de Tecnología con Laura, una profesora bastante exigente, razón por la cual nos estresamos un poco. Pero el estrés no nos dura mucho, ya que más tarde llega la hora de la "Pato", la profesora de Lengua y Literatura, con la que, generalmente, si no estamos viendo reglas ortográficas o tipos de clasificación literaria, nos pasamos la hora escribiendo historias, con o sin una temática en particular, que más tarde nos disponemos a compartir con el resto de nuestros compañeros, y esto nos divierte mucho. Luego tenemos clases de Música con la "Tere", y es muy divertido y recreativo, porque casi siempre terminamos cantando y tocando la guitarra, o mezclando canciones en la sala de computación. Y, también, de alguna manera, los varones nos liberamos, ya que, a esa hora, los alumnos de 3ro C nos dividimos en 2 grupos, los de Música (varones, generalmente) y los

de Arte (chicas, en su mayoría), y esto nos beneficia porque podemos pasar la hora más “libres”, por así decirlo.

Sobresaltado, me senté unos 2 o 3 minutos en mi cama, esperaba reaccionar, estaba como tildado. Luego me levanté y, lentamente, avancé hasta el comedor, prendí el televisor para ver las noticias mientras desayunaba unas masitas acompañadas con café con leche. Más tarde me fui a cambiar y, acto seguido, fui al baño a peinarme y a lavarme los dientes. Después fui a mi pieza, porque había olvidado ponerme desodorante y perfume.

Eran las 6:50, y salí camino a mi escuela. En el camino me encontré con mi amigo Ignacio, más conocido como “El Nacho”. Juntos fuimos hasta la escuela, lentamente, porque no queríamos llegar temprano. Pese a nuestros esfuerzos por no llegar en horario, arribamos a las 6:58, justo a tiempo para acomodarnos en nuestra aula, porque tocó el timbre y todo el curso no salió a formar hasta que llegó nuestro preceptor, el Mauro, y nos sacó afuera.

Nos dispusimos a saludar a la bandera, y al instante estábamos rezando, con mucha pereza, para posteriormente pasar al salón de clases.

Entramos, y cómo no, ya estaba la Laura saludándonos y pidiéndonos que saquemos los documentos comerciales para completar. En ese entonces estábamos viendo los pagarés. Por lo tanto, empezamos a copiar los problemas que la profesora nos proporcionaba, para más tarde interpretarlos y completar los pagarés respectivamente.

Estábamos con el Nacho, y empezamos a completar los documentos comerciales uno a uno, debíamos completar 5. Y así terminamos, mientras conversábamos entre punto y punto, por lo que terminamos justo antes de que tocara el timbre. Nos miramos, ya que nos extrañó el hecho de que nuestra profesora nos hubiera saludado, para retirarse posteriormente, sin darnos tarea, algo muy raro. No obstante, estábamos contentos.

Faltaban 40 minutos para que sonara el timbre del recreo, cuando llegó la Pato, y nos indicó que analizáramos un texto narrativo y redactáramos otro sobre base del recibido.

Entonces pusimos manos a la obra: yo, por un lado, y el Nacho, por otro. Mi imaginación volaba mientras el lápiz escribía a su merced. Estaba por la mitad de la historia cuando tocó el timbre, así que salimos al recreo y fuimos a comprar algo para comer. Habíamos trabajado durante 2 horas muy largas. Nos quedamos conversando hasta que se terminó el recreo y volvimos al aula.

Continuamos con nuestros relatos por un buen rato, hasta que finalizamos todos, y nos quedamos leyendo en voz alta nuestras historias hasta las 10:20, hora en que toca el timbre.

El recreo se pasó volando, porque nos quedamos 5 minutos más leyendo historias y sólo restaron otros 5 minutos.

Y por fin llegó la hora que habíamos esperado durante toda la mañana. Sí. Había llegado la hora de Música. Los alumnos que habíamos elegido Música nos mudamos de aula como venía siendo habitual, y nos quedamos cantando y escuchando música hasta la hora en que se desocupa la Sala de Informática, en la cual nos quedamos editando videos musicales y, de vez en cuando jugando uno que otro juego mientras la profesora no miraba.

Y así llegó la hora de irse de la escuela. Una vez más, tocó el timbre que indicaba la hora de retirarse. Todos guardamos los útiles, y muy contentos, salimos de la institución.

Nos saludamos con el Nacho y con el resto de compañeros, y ya estaba volviendo a mi casa para almorzar, ya que después de una larga jornada escolar. No hay nada mejor que volver a casa para comer mientras miras televisión.

En definitiva, pasamos un día no muy distinto del resto, pero, de todas formas, cada día que pasamos en la escuela es especial a su manera, por el hecho de compartir experiencia con nuestros compañeros y docentes, cotidianamente.

REFLEXIONES PARA SEGUIR MEJORANDO LA ESCUELA

Y aquí concluye este camino de lectura y se abre otro de cuestiones por concretar.²⁷ El que viene es un tiempo para convertir en realidad las expectativas de futuro que –de alguna manera– han expresado quienes participaron con sus textos, y empezar a resolver los planteos que subyacen en sus palabras.

Cuando el Equipo de Investigación de Educación Secundaria Unidad Asociada CONICET, de la Facultad de Educación de la Universidad Católica de Córdoba, lanzó esta convocatoria, lo hizo teniendo presentes cinco ejes que guían sus investigaciones: **currículum, saberes y prácticas trayectoria escolar de los estudiantes trabajo y desarrollo profesional docente, ambiente y clima institucional y relaciones de la escuela con las familias y la comunidad.**

Una vez compendiados los relatos de directivos, docentes y estudiantes, se escuchó etnográficamente la palabra proveniente de las escuelas y se identificaron las recurrencias que aparecen en los textos. También se determinaron los aspectos destacables a los efectos de que puedan ser incentivados, fortalecidos o re-trabajados en los ámbitos competentes.

Los relatos aportan elementos para un debate profundo que tiene que contribuir a la producción de propuestas de mejora. Si bien en las narrativas priman los escenarios afectivos que pueblan la escuela, el contenido habilita la mirada hacia las condiciones materiales –recursos, infraestructura, etc.–, las cuestiones organizativas –eventos, actos, proyectos...– y las formas de trabajo alternativas.

En los textos leídos, aparecen sombras y contrastes. Esto devela rasgos que arrojan luz sobre las problemáticas que complejizan el día a día de la institución, a la vez que invitan a profundizar el análisis de una serie de recurrencias, entre las que se pueden señalar:

- Las **relaciones** entre los distintos actores: una primera lectura habla de vínculos positivos en general (*lo bueno* de estar un día en la escuela por encima de *la falta de*). Sin embargo, de a poco, van aflorando algunas sombras (el *bullying*, los problemas de convivencia, las burlas...),

²⁷ Estas reflexiones han sido elaboradas por: Blanas, Georgia Estela; Bonetti, Olga Concepción; Bono, Laura Cecilia; Eberle, María Jacinta; Ferreyra, Horacio Ademar; Fontana, Marta; Kowadlo, Marta Judith; Lerda, María Cristina, Marta Ester Pasut y Rosales, Marcela Alejandra.

situaciones conflictivas propias de los vínculos interpersonales que no pueden soslayarse.

- La **violencia** de afuera y de adentro de la escuela: la pelea, las amenazas, los robos, el fantasma de la droga, etc.
- El **desarrollo profesional docente**, que aparece de modo optimista como “compromiso de reinventarnos cada día para que la escuela sea el lugar donde logremos pensar...” Pero también está en el que “espera que llueva y no haya clases” y que -al finalizar su relato- agradece “que no haya llovido” y en el que describe las “múltiples tareas del directivo” o en el que está a la “búsqueda de respuestas a preguntas”. Además, este aspecto se hace evidente en el que se queja de “la falta de interés de los estudiantes” en el docente que cuenta orgulloso las actividades que realizó con ellos en *Ciudadanía y Participación* y en el que se preocupa y se cuestiona sobre el uso del celular o el que sabe “que juegan al counter strije” en su clase o en el que “tendrá que presionarlos para llevar a cabo el proyecto”. Y hasta en las expresiones subjetivas del docente que describe su vida cotidiana con la tensión entre la dedicación a su labor y el cuidado/atención de su familia. Todo esto -y mucho más- da cuenta de una preocupación genuina por la escuela secundaria que tenemos hoy, con sus fortalezas y sus debilidades... Y apuesta por ella porque cree que es posible y vale la pena **hacerse preguntas**... En definitiva, se está apuntando a una docencia- vocación-profesión no considerada una utopía sino una concreción.
- La **inclusión/exclusión**: “este alumno se va porque tiene el máximo de inasistencias (50)”, el “incluir chicos con discapacidad” o estudiantes extranjeros en condiciones de intercambio, las “etiquetas” para el peor del curso, el desafío de garantizar las trayectorias de algunos estudiantes rebeldes, etc. Convicciones docentes que hacen cobrar vida a lo que implica la inclusión a través de acciones concretas que revierten lo naturalizado por el estudiante al decir “-por lo bajo y con tristeza (...) Y sí, yo no sirvo para esto...” la reflexión y movilización que para un docente significa contribuir a la posibilidad de otro destino diferente del ya aceptado como válido. Y -desde allí- el profundo y humano trabajo de desarmar y deconstruir para comenzar de nuevo, desde la inclusión que dignifica.

De los relatos se desprenden aspectos relacionados con el **currículum, los saberes y las prácticas** que constituyen puntos de partida para distintos análisis:

- La evaluación sólo como calificación vs evaluación formativa (cómo hacer entender a los estudiantes -y a algunos profesores- el valor de una evaluación formativa y no sólo de la calificación) y la evaluación como instancia de aprendizaje.
- La necesidad de fomentar la lectura con diferentes propósitos (entre ellos, el de la recreación).
- La escuela entendida como lugar de aprendizaje de todos los actores.
- El desarrollo de experiencias de simulación para aprender.
- La consideración de los espacios públicos como otro sitio de aprendizajes.

En muchos de los textos sobrevuelan cuestiones referidas al **clima institucional** que buscan ser analizadas y trabajadas en profundidad, tales como:

- Cuestionamiento al listado de estudiantes separados por sexo y no por orden alfabético²⁸.
- Referencia a las llegadas tarde de los estudiantes a la escuela (¿se ignora la causa?, ¿a quién le corresponde investigar?, ¿y las llegadas tardes de los docentes?).
- La relación entre la norma escrita y la norma vivenciada con respecto al uso de los celulares, tema que implica pensar soluciones con acciones programadas en colectivo.
- Conflictos ocasionados por peleas entre estudiantes, robo de celulares, drogadicción. Tratamiento del embarazo adolescente.
- Necesidad de trabajar la autoestima de los estudiantes.
- Discontinuidad pedagógica relacionada con repuestas a trabajos institucionales solicitados por las autoridades, o por el cúmulo de días sin clase que proyecta el calendario anual, o relacionadas con carpetas médicas de los docentes

²⁸ Esta contradicción que aún acontece en los registros de asistencia comienza a diluirse fuera de las aulas: en las votaciones ya se unifican los géneros con mesas únicas para varones y mujeres.

En los diferentes relatos de directivos y profesores se muestra que el inicio de la actividad diaria en la escuela, lejos de ser concebido como tedioso, aburrido y/o rutinario, es asumido con satisfacción. ¿Qué produce esa satisfacción? Por un lado, **el reconocimiento del otro**. Conforme se avanza en la lectura, se observa la importancia que reviste el otro para cada persona. Es que en la escuela el otro no es individuo sin rostro, anónimo, un código o un número. Es, por el contrario, una persona a quien se conoce e identifica.

A esto se agrega **el devenir de lo no previsto**. Directivos y profesores ponen de manifiesto que las actividades programadas pueden alterarse por situaciones imprevistas, algunas de las cuales no solo producen asombro, sino que también pueden generar otros conocimientos y diseñar nuevos procesos de implicancia y motivación. Y, sobre todo, **la importancia de enseñar y permitir en los jóvenes, el fortalecimiento de su condición de estudiantes y de sus roles fuera del ámbito escolar**.

Otro aspecto en el que directivos y docentes ponen el acento es el de las cuestiones relativas a la **trayectoria** escolar de los estudiantes. Sin embargo, es escasa la referencia a estrategias institucionales que permitan reconocer cómo se aborda y qué acciones se implementan para revertir las situaciones de abandono y repitencia, tarea realmente compleja.

Se pueden señalar, al respecto, dos tipos de explicaciones causales: aquellas que ponen el foco en los estudiantes -ya sea porque no estudian, porque no hacen la tarea, por cuestiones relativas a la escasa o nula posibilidad de encontrar un lugar silencioso en sus casas para hacerlo, por la pérdida de noción del tiempo cuando están conectados, por la profesora tal que se apura o el profesor que falta y después no repasa, etc.-. Y, paralelamente, las que devienen de las ausencias docentes: jornadas institucionales, capacitaciones obligatorias, y -lo más preocupante desde lo humano y lo pedagógico- afonías, disfonías, malestares ocasionales de profesores que obligan a interrumpir el proceso.

Los relatos ponen de manifiesto, asimismo, tensiones entre **escuela/comunidad/familias** y convocan a realizar un enfoque más integral. Incitan a atreverse a pensar una escuela en condiciones organizativas ¿diferentes de las actuales? y acercan algunos interrogantes tales como ¿de qué modo “romper” con esa estructura organizativa? ¿Cómo propiciar contribuciones para garantizar una escuela inclusiva? ¿Qué estrategias diferenciales hay que implementar para superar las existentes? ¿De qué manera puede incorporarse a la familia a la vida cotidiana de la escuela? Cabe preguntarse, también, si la escuela está en sintonía con las familias, con el contexto... ¿qué hacer cuando son diferentes los valores que priman? ¿Cómo establecer lazos posibles entre la escuela, las familias, la comunidad?

Interrogantes estos que permanecen sin una respuesta concreta, “poniendo en evidencia problemas que aún persisten (...) con escasos modelos sociales que incentiven la formulación de proyectos de vida, basados en valores socialmente legitimados” (SañudoGuerra y Ferreyra, 2014, pp. 178-179) ¿Será que tenemos que reducirnos a enseñarles a separar los ámbitos, a decirles la forma en que debemos actuar en la escuela?

En muchos de los textos se pone de manifiesto la existencia de una escuela abierta a la participación de las familias y la comunidad, mientras que en otros, se observa que éstas no participan de y con la escuela. De esto se infiere lo complejo que resulta establecer una relación dinámica, permanente y proactiva entre escuela, comunidad y familias. Si bien esta cuestión no es novedosa, permite interrogarnos sobre qué acciones es necesario implementar para construir una triada en la que escuela, familias y comunidad se reconozcan implicadas en un proceso democrático y de retroalimentación, a fin de que cada una de ellas se constituya en actor clave para dotar a la escuela de la sostenibilidad y el sentido que están en cuestión.

Se busca humanizar la escuela a partir de pequeñas grandes acciones que hacen que el compromiso se renueve día a día. La escuela debe ser el lugar que permita a los estudiantes tener experiencias que sólo se vivencian en la institución.

Por su parte, los relatos de los **estudiantes** constituyen un verdadero desafío para los adultos que pueblan la escuela. De su lectura se infieren múltiples interrogantes por ejemplo, qué es lo que acontece en y con la escuela secundaria para que ellos pongan su acento en la necesidad de salir de ella para no regresar.

Abundan los relatos en los que la idea de controlar y castigar atraviesa el discurso. Y algunos que refieren a lo tedioso que resulta aceptar y compartir ciertos rituales.

Hay estudiantes que:

- pese a debatirse entre “estar” en la escuela o “irse” (“nos matamos para salir de la escuela pero no para entrar”), hablar de “la hora interminable de inglés”, referirse a “los últimos tan esperados cuarenta minutos del día”...terminan agradeciendo estar en ella (“yo digo gracias a todos los educadores por educarnos a nosotros”)
- identifican a su escuela “como el lugar *de encierro habitado por esclavos y superiores*”, sienten que “estamos cada vez más acostumbrados a recibir órdenes de nuestros superiores que ya casi no recordamos lo que es tener un deseo” y se

refieren al uniforme como “patéticas vestimentas para quitarnos la personalidad”

- revelan que en el aula se “piensa solo en dormir”
- nos hablan entusiasmados y emocionados de su viaje a Buenos Aires, de la inolvidable experiencia que vivieron y del hermoso evento que fue la “Semana de la juventud” organizada en su escuela
- describen ¡poéticamente! el aula “transformer” en la que trabajan: un aula sin vidrios, un pizarrón poco estable y la ranita que los acompaña
- no quieren “bajar a formar” e “izar la bandera”
- cuentan que “lo normal es que estén peleando, agarrándose a trompadas”
- hablan de “la rutina” que desespera, de la “falta de sentido a tener que cumplir con horarios y deberes”
- dicen que la escuela es “densa”.

De los relatos de los jóvenes, pueden derivarse las siguientes consideraciones positivas:

- Se aprecia la percepción de una escuela que asume el desafío de ampliar los horizontes culturales de los estudiantes, generando para ellos y con ellos experiencias educativas que les permitan abrir sus miradas a otros universos y les habilitan nuevas posibilidades de participación.
- Se exponen definiciones de aprendizajes que involucran diversidad de contenidos (conocimientos, lenguajes, valores, prácticas culturales, procedimientos, actitudes), en pos de una formación integral de adolescentes y jóvenes, con sentido para ellos.
- Se percibe una valoración positiva del desarrollo de estrategias de readecuación de la organización institucional y pedagógica para incorporar contenidos nuevos, de relevancia social, y más próximos a las problemáticas de los jóvenes, y nuevos actores que acompañen las trayectorias de los estudiantes (Dussel, 2010).
- Refieren a climas institucionales donde se advierten vínculos de calidad interpersonal, de amistad y confianza (Cornejo y Redondo, 2001).
- Se estiman las experiencias fuera del ámbito escolar. Pareciera que son las que más se recuerdan y quizás las que permiten identificar qué se aprendió.

- Se valoran los vínculos que se establecen con los docentes y suelen ser los que influyen directamente en las “ganas” o no de aprender.
- Se reconocen espacios como los CAJ²⁹: “Interrumpe la clase el coordinador del C.A.J, quien presenta los resultados del concurso del logotipo del C.A.J institucional. Ese espacio para conocer, crear, fortalecer vínculos y valores ya tiene su propia identidad”.
- Se rescata el valor de lo lúdico.
- Se comentan experiencias que se desarrollan fuera de la escuela, que se disfrutan y que requieren de aprendizajes vinculados a lo que la institución escolar debe enseñar, aunque parecería que no se tienen en cuenta los intereses de los estudiantes, sino los de otros que eligen por ellos.
- Finalmente, se advierte la promoción de la autovaloración y el reconocimiento del otro fortaleciendo el sentido de pertenencia a la educación secundaria y el querer estar en la escuela. Es decir, se reconoce a la escuela como un espacio único, especial e irremplazable. **Su** lugar.

Como consecuencia, corresponde a la escuela y sus integrantes:

- Considerar educación de calidad a la que “permite que todos aprendan lo que necesitan aprender, en el momento oportuno de sus vidas y de sus sociedades, y en felicidad” (Braslavsky, 2006, p. 88).
- Hacerse cargo de que, en algunos relatos, aparece la idea de un currículum ajeno y distante para los estudiantes, con escasas posibilidades de generar motivación.
- Visibilizar las trayectorias reales de los estudiantes, los recorridos que efectivamente ellos realizan dentro del sistema, los itinerarios situados.
- Considerar el desarrollo profesional de los docentes como herramienta imprescindible para la mejora escolar.
- Incorporar nuevos formatos de enseñanza que permitan un trabajo conjunto con los estudiantes generando -de este modo- una implicancia mayor con el proceso de aprendizaje

En definitiva, estos relatos juveniles cargados de agradecimientos, reclamos, críticas, pedidos... muestran el norte a seguir. Ellos están ahí, son los actores

²⁹ CAJ: Centros de Actividades Juveniles.

que habitan y transitan uno de los niveles más críticos y complejos del sistema educativo argentino y es necesario escucharlos.

Como corolario, de la lectura realizada, se infiere una serie de cuestiones que tienen que ser –más que una ocupación– una preocupación de quienes conformamos las escuelas. Especialmente las que muestran flancos débiles de las instituciones. Por eso, las afirmaciones que siguen merecen ser tenidas en cuenta:

- La evaluación como calificación es considerada meta indiscutible y muchas veces se vincula sólo a la búsqueda de resultados sin tener presente los procesos. Es un espacio que infunde miedos y que excluye. Sirve para categorizar y pareciera ser uno de los ejes más importantes en la escuela³⁰.
- Es necesario insistir en una formación docente más profunda, en relación estrecha con los cambios paradigmáticos, curriculares y acordes a las particularidades de los jóvenes de hoy.
- Las tecnologías han venido para quedarse y todos los docentes tienen que asumirlas sin miedo, conocerlas, manejarlas e incorporarlas en sus prácticas.
- El centro educativo no es uno frente a los otros, sino un conjunto trabajando.
- Los formatos que propician trabajos colaborativos tienen que convertirse en una realidad en las instituciones. Los estudiantes viven en sociedad, la escuela debe ser capaz de promover estrategias tendientes a revertir el individualismo y promover acciones múltiples, en las que el grupo es y constituye una instancia de intercambio dialógico y aprendizaje mutuo y compartido.

Pero lo verdaderamente positivo de esta experiencia es que, a través de todos los relatos, se insinúa la mirada puesta en los jóvenes como clave de futuro y el compromiso con su formación, traducido como esperanza. La escuela secundaria sigue siendo valorada socialmente y considerada un espacio

³⁰Gardner (1993) en relación con experiencias que los estudiantes viven en la escuela, dice que éstas pueden ser potenciadoras de proyectos personales y ambiciones de vida (cristalizantes) o pueden obstaculizar las perspectivas futuras e impiden admitir posibilidades de superación (paralizantes). Sin duda, la evaluación y la manera en que se plantea y proyecta puede hacer que –para algunos estudiantes– se convierta en un obstáculo importante de sus trayectorias escolares.

importante en el tránsito de la adolescencia a la juventud, porque trasciende sus paredes. Lo que sucede afuera también sucede adentro. Las experiencias que se proponen a los estudiantes son fundamentales para abrir sus horizontes. Son oportunidades. El desafío consiste, de ahora en más, en profundizar esta relación y seguir dándoles la palabra.

APÉNDICE 1

Miembros del Jurado

Acosta, Mariano Oscar; Blanas, Georgia Estela; Bonetti, Olga Concepción; Bono, Laura Cecilia; Cardona, Teresa; Castro Medina, Caridad Julia; Caturelli Kuran, María Sofía; Del Bono, Cecilia; Di Francesco, Adriana Carlota; Duro, Elena; Eberle, María Jacinta; Felice, María Silvina; Ferreyra, Horacio Ademar; Fontana, Marta; Ibarlín, Andrea Paola; Kowadlo, Marta Judith; Lerda, María Cristina; Martín, Lucia; Masjoan, María Celia; Miranda García, Nora Leticia; Ochoa Villanueva, Eurídice Minerva; Omodei, Fernando Humberto; Rivera Moran, Guillermina; Rojas, Adriana; Rosales, Marcela Alejandra; Scarano Tessadri, Juan Gabriel Daniel; Trocello, Paula Luciana; Vergara Fregoso, Martha y Vidales, Silvia Noemí.

APÉNDICE 2

Procedencia institucional de los relatos seleccionados

Bachillerato Humanista Moderno "Mons. Dr. Roberto J. Tavella" Concordia (Entre Ríos); Colegio "Castro Barros" Lucas González (Entre Ríos); Escuela Normal Superior "Dr. Nicolás Avellaneda" San Francisco (Córdoba); Escuela "Dr. Enrique Carbó", obra de Don Bosco. Paraná (Entre Ríos); Escuela Experimental Ciudad de Córdoba (Córdoba); Escuela Normal Superior "José F. Alcorta" Bell Ville (Córdoba); Escuela Normal Superior "Dalmacio Vélez Sársfield" Villa Dolores (Córdoba); Escuela Normal Superior "Maestros Argentinos" Corral de Bustos-Ifflinger (Córdoba); Escuela Normal Superior Alta Gracia (Córdoba); Escuela Secundaria Nro. 11 "Agustín de la Tijera" Costa Grande (Entre Ríos); Escuela: Normal Superior "Gral. Manuel Belgrano" Marcos Juárez (Córdoba); I.P.E. "Miguel Cané". Tránsito (Córdoba); I.P.E.M N° 304 "Juan Carlos Ferrero" Colonia Almada (Córdoba); Instituto "Manuel Belgrano" Sacanta (Córdoba); Instituto "Pablo VI" San Francisco (Córdoba); Instituto "José Manuel Estrada" Corral de Bustos-Ifflinger (Córdoba); Instituto Secundario "General San Martín" Ciudad de Córdoba. (Córdoba); I.P.E.M N° 332 Santa Cruz del Lago (Córdoba); I.P.E.M N° 350 Villa Allende (Córdoba); I.P.E.M N° 278 "Malvinas Argentinas" Laboulaye (Córdoba); IPEM N° 175 "Padre Grenón" Ciudad de Córdoba (Córdoba); IPEMyT N° 286 Morteros (Córdoba) e IPETyM N° 257 "Dr. René Favalaro" Laboulaye (Córdoba).

Referencias bibliográficas

Braslavsky, C. (2006). Diez factores para una educación de calidad para todos en el Siglo XXI. En *REICE -Revista Electrónica Iberoamericana sobre calidad, eficacia y cambio en educación*. Vol. 4, N° 2, 84-101. Recuperado el 5 de mayo de 2015, de <http://www.rinace.net/arts/vol4num2e/art5.htm>

Cornejo, R. y Redondo, J. M. (2001). El clima escolar percibido por los alumnos de enseñanza media. Una investigación en algunos liceos de la Región Metropolitana. En *Revista Última Década*, N° 15, 11-52. Recuperado el 5 de mayo de 2015, de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=19501501>

Dussel, I. (2010). *La escuela media argentina y los desafíos de las metas 2021*. Ponencia presentada en el V Foro Latinoamericano de Educación "Metas educativas 2021: propuestas Iberoamericanas y análisis nacional". Buenos Aires: Santillana.

Gardner, H. (1993). *Inteligencias Múltiples (La teoría en la Práctica)*. Barcelona, España: Paidós.

Sañudo Guerra, L. y Ferreyra, H. (2014). *La educación secundaria en México, Argentina y Colombia. Una asignatura pendiente*. Red de Posgrados en Educación, Jalisco México.

